Ana

Giuliana Costarelli

Capítulo 1

Capítulo 1

Pensó en cuando era chica, en todas esas veces que había vivenciado la hipocresía y había tenido que hacer como si nada. Las imágenes pasaban por su mente rápidamente, iba tan distraída que por poco pasó sobre un pozo enorme que había en la ruta, de esos tan comunes en su querido país. Giró los ojos para sí.

-Eso hubiera sido desastroso ¿No, señora? - dijo girando un poco la cabeza al asiento de atrás, donde una mujer de unos 50 años, atada y amordazada, lloraba con la cara hinchada- imagínese que pasaba algo y nos dábamos vuelta ¡Lo loco que hubiera sido que la vieran así!- soltó una carcajada- hubiera sido algo cómico, pero sería la burla en la cárcel. Aunque claro, no hubiera pasado demasiado tiempo allí y cuando saliera iría a buscarla de nuevo para terminar nuestro encuentro- la miró por el espejo- ¡Pero que seriedad! Usted que ama tanto hablar de otras personas y ahora tan calladita… es una verdadera pena- Prendió un cigarrillo, no lo llevó a sus labios durante varios minutos, hasta que se dio cuenta y lo hizo. No le resultaba realmente placentero fumar, pero de todos modos lo hacía.

Eran las 10 de la mañana, no le preocupaba en absoluto que alguien sospechara que algo malo podía estar sucediendo dentro del Gol blanco que manejaba con tanto ánimo, después de todo, ella no era más que Ana López, una chica completamente normal.

Estacionó el auto y bajó, la mujer dentro no le preocupó, se iba a dormir en unos minutos por el cloroformo del trapo que tenía en la boca, era impresionante la cantidad de cosas útiles que uno podía comprar por internet sin levantar sospechas.

Los vidrios eran polarizados y completamente oscuros así que nadie iba a ver nada a simple vista, tampoco iba a llamar la atención, por lo que se bajó del auto despreocupadamente, cerrando con llave y asegurando cada puerta.

Miró el auto con cierto orgullo, ella había ahorrado todo ese tiempo para comprarlo y finalmente era suyo. Le echó una última mirada antes de entrar al edificio para buscar el aula.

La mañana transcurrió completamente normal, repasó cuarenta minutos antes de entrar al final. Aprobó lengua y cultura griegas con un ocho cincuenta, su último examen y su última materia.

Llegó al Gol con suma confianza y entró. Miró al asiento trasero para asegurarse de que todo siguiera bien, sonrió con suficiencia y prendió el auto. La mujer seguía durmiendo, eso la tomó un poco por sorpresa, no se suponía que durmiera tanto, pero supuso que de tanto llorar se le habrían cansado los ojos

Manejó sin apuro, incluso paró para comprar algo en el supermercado, cuando vio que la mujer comenzaba a moverse volvió a sonreír. Giró la ruedita de la radio sin encenderla, se aseguró de ponerla al tope y prendió, la música sonó a todo volumen haciendo que la mujer se moviera y golpeara contra la puerta del auto fuertemente. Ana rio con ganas y bajó el volumen para que fuera soportable, bailaba con la cabeza al ritmo de la canción.

-Soy una gran admiradora de la música ¿Sabe señora?, lo digo porque tal vez le gustaría comentarle eso a la gente- La veía por el espejo- toda clase de música, anote- la animó levantando las cejas y riendo nuevamente- no importa el año, el género ni el artista, la música siempre me anima, por más deprimente que sea la canción- Acto seguido apretó un botón y la radio cambió, Beethoven inundó el auto- sonata 17, esa es muy buena- el sonido del piano la acompañó hasta su destino.

Tardó 20 minutos en llegar a su departamento. No era bonito, tenía sólo dos habitaciones y un baño, todo estaba pintado de gris, con grandes manchas circulares en los techos y las paredes; iba a tener que hacer algo para solucionar los problemas de humedad. Era un departamento aburrido, sin nada que lo caracterizara, un departamento barato en un edificio barato, una casa normal, para una persona corriente.

Prendió la computadora, había puesto mucha resistencia a comprarla, le había costado gran parte de su sueldo y todavía la estaba pagando. Al final resultó ser una buena inversión, conectó la computadora con su teléfono a través del cable, tardó al menos 10 minutos en lograr pasar los archivos, no se llevaba bien con la tecnología y tampoco pretendía hacerlo.

Vació la mochila con cuadernos sobre la cama, hasta dejarla completamente vacía. La llenó con lo que realmente necesitaba. Se sintió como un pintor guardando sus pinceles, como un fotógrafo preparando su cámara, como un artista alistándose para hacer una gran obra. El vientre le cosquilleó de emoción y nervios cuando sintió el ruido del cierre, volvió al auto.

Manejó durante un rato largo, la mujer se había vuelto a dormir. Pasó por el peaje, pero nadie asomó la cabeza para ver lo que había en el asiento de atrás.

Eran las cinco cuando por fin estacionó, le dolían los brazos por tenerlos extendidos, todavía faltaban 45 minutos, pero no le pareció mala idea tomar un descanso, nada iba a pasar si llegaba un poco tarde.

Cerca de 40 minutos después la mujer despertó, quiso gritar, pero enseguida recibió un golpe.

-Muy inoportuno por su parte- dijo. Cualquiera que hubiera visto la escena habría pensado que era otra persona, ¿Cómo alguien tan ordinaria era capaz de algo así? Pero era la misma Ana indignada por la hipocresía en el mundo, la misma que había decidido que ella, la persona más normal de un pueblo normal de un mundo normal, iba a dar una lección.

Ella, una persona tan común que ni siquiera tenía un nombre especial, era un punto, un punto en una hoja de papel, con muchos puntos alrededor, y junto a esos, había más puntos, y más, y más, era un insignificante punto hecho con un lápiz en una hoja barata, pero aun así sabía, que iba a hacer historia.

Y con ese pensamiento inundando su mente, con la imagen de una Ana López diferente, especial, con la sonrisa propia y característica de un asesino, sacó el cuchillo de cocina que esperaba en la mochila gris y lo clavó en la mano de la mujer.

Capítulo 2

Capítulo 3

La mujer gritó, su voz enseguida fue tapada por la mano de Ana, quien la observaba con cierta fascinación, como quien ve su obra brillar. La sangre brotaba de a chorros, había una línea de unos 6 centímetros allí donde la había atravesado con suma facilidad el cuchillo. Había atravesado el tapizado del auto, no le importó, sería un bonito recuerdo.

Le puso varias cintas en la boca, seguía moviéndose, sujetándose la muñeca de la mano lastimada, las lágrimas de dolor le hinchaban la cara, haciéndola un espectáculo bastante desagradable de ver. Se la quedó viendo unos minutos, mientras regulaba un cilindro de metal y se preguntaba si las manchas de sangre serían difíciles de limpiar.

Cuando decidió que la pérdida de sangre era suficiente acercó un fósforo al cilindro y éste hizo asomar una llama azul, la mujer comenzó a llorar más fuerte, ya no por dolor si no por miedo.

Lo hizo rápido, no había necesidad de atrasar lo divertido de aquella obra; acercó la llama a la herida que, después de unos segundos dejó de sangrar. El olor no era desagradable pero aun así no le gustó.

Eran las seis, hora de retomar el camino. Miró a la mujer, lloraba mientras veía su mano chamuscada. Al menos ya no sangraba, debería agradecerle.

-Si gritás, la que sigue es la derecha- y señaló la mano sana con los ojos. La mujer asintió, secándose la nariz con la mano sana- No se tu nombre, si vamos a hacer esto hay que ser cortés ¿no?

-Le… ticia.

-Bueno, señora- dijo poniendo en marcha el auto- es usted una mujer muy hipócrita ¿Lo sabía?- no respondió.

No la escuchó durante el resto del viaje, tal vez se había dormido, o tal vez se había desmayado, o tal vez simplemente se quedó callada esperando que ese no fuera su final.

80 kilómetros después dobló por una calle de tierra casi invisible. Paró cuando se encontró con la tranquera, estaba en lo que la gente normal denominaría “su hogar”, para ella no lo era. Era la quinta donde había pasado gran parte de su infancia sí, pero todos esos buenos recuerdos siempre se interrumpían por uno malo, como si cada vez que tratara de

escribir una carta el tintero se cayera sobre el papel.

Se bajó del auto con un manojo de llaves, tardó algunos minutos en encontrar la correspondiente al candado y finalmente abrió.

Era una casa grande, de un solo piso pero con muchas habitaciones, no había cable ni internet, tampoco señal por lo que era bastante desapercibida. Estacionó debajo de un pino cercano a la casa, varios años atrás ese pino no medía un metro y ella lo decoraba para navidad, casi sintió la nostalgia pero la tinta volvió a manchar lo escrito.

Abrió la puerta de la casa, era de madera robusta, que se había arruinado por la falta de cuidado y el abandono de todos esos años, se había hinchado por la humedad y desprendía un olor desagradable. Apretó el interruptor de la luz pero no pasó nada, los focos estaría probablemente quemados, tal vez incluso toda la red eléctrica de la casa. Le quedaba poco más de una hora de luz natural. Aprovechó para preparar todo, la televisión andaba, era vieja, grande y cuadrada, estaba cubierta por una densa capa de polvo. La prendió, produjo un ruido estático y miles de puntos blancos negros y grises aparecieron. En honor a su niña interior acercó su antebrazo a la pantalla, los vellos se pegaron a ésta, causándole un cosquilleo. Tuvo la misma sensación de haber manchado sus recuerdos.

Puso una silla frente al televisor y conectó el reproductor de DvD. Recordó lo valioso que era ese aparato en su infancia y cómo había quedado en el olvido. Hizo caminar a la mujer hasta la casa, no pensaba arrastrarla y no tenía a donde correr tampoco, sin mencionar que no estaba en condiciones de escapar. La mujer entró a la casa, se sentó obedientemente en la silla. Ana consideró atarla pero no lo creyó necesario. Se sentó junto a ella después de verificar que todas las salidas estaban cerradas. Conectó su teléfono al aparato con el mismo cable, no eran compatibles.

Se sonrojó, no había pensado en eso. Abrió rápidamente la mochila y sacó la computadora, conectó el Usb y pasó rápidamente el archivo, aún acalorada por su error de hacía unos minutos. Conectó el Usb al reproductor y apretó el botón de comenzar.

-Soy una buena persona- decía la entonces un poco más joven Leticia- voy a la iglesia todos los domingos, doy a la caridad, ayudo en cuanto puedo, no entiendo por qué la gente dice estas cosas… Yo soy buena y- apagó el televisor.

-No es agradable ¿Verdad que no, Leticia? Que hablen así de algo que no saben si es cierto… ¿no robó de la limosna de la iglesia ese día verdad,

Leticia?- la mujer negó con la cabeza- pero no le creyeron ¿Verdad que no, Leticia?- negó nuevamente- Bueno, yo le creo ¿Sabe por qué, Leticia?- no esperó respuesta y continuó- Porque yo llamé a la periodista ese día y le dije eso- se le quedó mirando, entre confundida y terriblemente ofendida- la gente es muy terca ¿Sabe, Leticia? Muy muy terca, en especial los hipócritas como usted.

La miró, como esperando una respuesta que nunca llegó.

-Uno trata de mandarles un mensaje de la forma menos violenta posible y simplemente la pasan por alto, ¿O acaso usted paró de hablar mentiras sobre la gente a escondidas cuando salió en las noticias?- aquello lo dijo tan rápido que se quedó sin aire, aspiró con fuerza y siguió- ¿por qué no, Leticia? Si le mostré como era ser injustamente acusado de algo, ¿Por qué seguirlo haciendo?- la mujer se miró las manos- Es algo muy hipócrita de su parte Leticia, y sabe, soy una persona muy paciente- la vio a los ojos- pero no soporto la hipocresía- y un segundo después un martillo golpeó la sien de la mujer, matándola al instante.

La sangre le manchó la cara, la ropa y el suelo. Miró a la mujer frente a ella, ya sin vida, y no sintió ni la más mínima culpa. El silencio era casi absoluto, exceptuando el televisor, que seguía prendido, con la noticia repitiéndose una y otra vez.

-Y Dios lo sabe- decía Leticia antes de alejarse de la cámara sumamente ofendida.

Tardó bastante, la sangre era sumamente difícil de limpiar, fue particularmente difícil limpiar la cabeza del martillo. La mujer no paraba de sangrar, le sorprendió como incluso muerta era terriblemente insoportable.

Cuando finalmente pareció vaciarse, la recostó en el suelo, llevaba una camisa a flores horrible, la quitó con cuidado y colocó el cuerpo de espaldas. Estaba llena de arrugas y pecas, hizo un corte pequeño y atravesó el cuchillo hasta que la punta apareció a unos dos centímetros del primer corte, hizo lo mismo en la esquina opuesta y lo repitió dos veces más debajo.

Metió el cuerpo nuevamente en el auto, esta vez en el baúl y esperó frente al reloj en la pared a que se hicieran las doce, apenas había anochecido hacía una hora. Se preguntó si aquello serviría de algo, si alguien entraría en razón al ver lo que les pasaba a los hipócritas.

-No- se respondió a si misma- los hipócritas son muy tercos y todos son hipócritas así que es probable que no entiendan el mensaje-miró al techo

como esperando que alguien le dijera que estaba equivocada, era algo que solía pasarle- pero ya lo hice así que tengo que terminar ¿No?- y cuando las dos agujas del reloj se posaron en el 12, Subió nuevamente al auto, sintiéndose verdaderamente satisfecha con su trabajo.

Lo bueno de vivir en Argentina para un homicida, era que había muy pocas cámaras, y las que había normalmente no funcionaban. De todos modos nadie sospechaba de alguien tan común y corriente con un nombre tan ordinario como Ana López. Manejó durante un par de horas, acercándose a la ciudad, buscando un lugar adecuado donde dejar su obra.

Se decidió finalmente por el puente, era sumamente dramático. El lugar era normalmente ocupado por indigentes pero en una noche tan tranquila como esa, habían decidido ir a otra parte. Tardó un rato en pensar como bajar a la mujer por el matorral empinado que había para llegar abajo del puente. Decidió arrastrarla por los pies, boca abajo para no arruinar su gran obra. Al llegar abajó vio su cara, estaba raspada y manchada de sangre por haber sido arrastrada, tenía tierra bajo los ojos y el lado derecho de la cabeza muy hinchado, había una gran marca allí donde la golpeó el martillo. Dejó a la mujer boca abajo, en la misma posición que cuando hizo los cortes, con la diferencia de que encajó dos fotos entre ellos, una que mostraba a la mujer siendo entrevistada por una periodista y otra, más abajo, que la mostraba hablando animadamente en un café con dos mujeres más.

Se alejó viendo por última vez su obra, no le costó nada volver a subir, paró de golpe antes de entrar al auto, buscando alguna señal de remordimiento; ésta no apareció.

Capítulo 3

Capítulo 4

-¿Cómo te sentís hoy?- preguntó la mujer.

-Igual que ayer.

-¿Y cómo te sentías ayer?

-Como hoy.

La mujer anotó algo en una libreta, era una oficina completamente blanca, con un escritorio de madera.

-No te va a servir de nada esto que estás haciendo ¿Lo sabes no? Igual me vas a seguir viendo todas las semanas, Ana.

-No me digas Ana- respondió, cambiando súbitamente de posición en la silla frente al escritorio. La doctora volvió a anotar en su libreta.

-¿Y cómo te puedo decir? Si tu nombre es Ana.

-Como se te canten las pelotas pero no Ana- respondió, enseguida se arrepintió, no le gustaba hablar así- Disculpá- agregó y se quedó callada.

-¿Y por qué?- dijo la psiquiatra- ¿Por qué no te gusta tu nombre?

Era una pregunta difícil ¿A quién le gustaba su nombre? Todo el mundo soñaba con tener un nombre diferente, era de lo más común. Y ella era Ana López, tal vez la persona más común que se podía conocer.

Se quedó callada un buen rato, pensando en la respuesta que no iba a dar. Consideró hablar con la doctora, era la única mujer cuerda que había en el lugar, sería agradable. Pero no podía. No le gustaba nada la idea de que la analizaran, la desarmaran y la volvieran a armar ¿Qué iba a pasar entonces? ¿Qué iba a pasar si esa mujer, sentada frente a ella, que tomaba nota de hasta lo que no decía, decidía que ella estaba completamente cuerda? Podían pasar muchas cosas, y ninguna de esas era buena.

-¿Te vas a quedar callada toda la sesión?- preguntó, volviendo a anotar.

-Sólo los últimos 59 minutos- Dijo ella cruzándose de brazos

-No estabas tan callada en el juicio- Soltó la mujer sonriendo con algo que Ana no fue capaz de identificar ¿diversión quizá?- Al contrario, no tuviste

ningún problema en hablar, y explicar muy detalladamente lo que "las voces"- dijo con énfasis doblando los dedos índice y medio dos veces-te habían pedido hacer.

-Es muy rara ¿Sabía? ¿Qué clase de psiquiatra es?- respondió, ésta vez con más interés.

-Una no muy convencional- dijo y sonrió, más para ella que para su paciente.

La sorprendió, no se parecía nada al psicólogo con el que había hablado durante el juicio, no se parecía definitivamente a nadie que hubiera conocido. Decidió que se había ganado cierto respeto.

-¿Qué sugiere, doctora?- dijo, suavizando ligeramente su tono de voz, cosa que la mujer no pasó por alto y anotó en su cuaderno.

-Sugiero-levantó las cejas- que mentiste- respondió tajante- y cuando se está en un hospital psiquiátrico, no conviene mentir. Porque aunque creas que tenés el control de todo, lamentablemente la que da las recetas de tus medicamentos soy yo- hizo una pausa y dio un trago al vaso de agua que había en el escritorio- y te podés imaginar la cantidad de drogas que tendrías que tomar si yo te hiciera caso y dijera que escuchas voces, lo que sugiere una esquizofrenia… Ana- agregó al final en tono más grave- no te conviene tener tantas drogas innecesarias en tu sistema, creeme, soy médica- dijo cerrando su libreta, todavía faltaban 45 minutos- llevás más de 10 sesiones sin ninguna clase de progreso, ni conmigo ni con nadie, Ana. Te negás a tomar cualquier pastilla, molestas a los demás pacientes, no haces ninguna de las actividades que te proponen y no hablás con nadie- dijo, la cara de Ana se había puesto ligeramente rosada- ¿Querés saber que pienso?- Ana no respondió- te lo voy a decir igual, creo que algo te llevó a hacer lo que hiciste, creo que mentiste en el juicio para zafarte de la cárcel pero que realmente necesitas ayuda, y creo, que si no cooperas voy a tener que recetarte las drogas correspondientes al trastorno que aseguras tener y las consecuencias son bastante malas.

No hubo respuesta. Se paró y golpeó la pila de papeles que tenía junto con el cuaderno contra el escritorio para acomodarlos y caminó a la puerta.

-Todavía faltan 40 minutos.

-Tengo más pacientes y no voy a perder el tiempo en una sesión en silencio- dijo y abrió la puerta, salió y trató de cerrar. Una mano se había interpuesto entre la puerta y el marco.

-Hablemos- dijo y volvió a su silla. La mujer sonrió con suficiencia y se sentó también.

-Me atendieron muchos especialistas, doctora. Todos los que trabajan acá tuvieron el privilegio- dijo- y nadie me había hablado así.

-Tengo experiencia con chicos caprichosos-Ana procuró no ofenderse, o al menos no demostrarlo. Sólo sonrió.

-Dispare.

-Disparo-dijo sonriendo sutilmente- empecemos por lo básico ¿No? ¿Por qué crees que estás acá?

Capítulo 4

Capítulo 5

-Me cago en todo- fue lo primero que dijo Felippo Bianchi cuando lo llamaron para informarle que se había encontrado un cadáver.

Era un hombre de mal carácter, tenía 52 años pero parecía de más de 60, tenía la frente arrugada y ojeras que no desaparecían nunca. Llevaba 30 años como policía, a él le gustaba llamarla "una auténtica mierda de profesión", había sido muy diferente en su juventud, tenía una foto de él mismo a sus 22 años en su escritorio, había sido tomada por su entonces prometida en su primer día. En ella se podía apreciar a un hombre alto, corpulento y de muy buen físico, resultado de los seis meses de entrenamiento que había tenido antes de entrar al cuerpo policial. La veía todos los días y se preguntaba por qué, entre tantas cosas, había elegido ser policía.

Había pensado que se trataría de persecuciones en auto, redadas y atrapar criminales peligrosos, se había imaginado recibiendo alguna insignia por encarcelar a alguien, siendo un héroe. Pero vaya que se había equivocado. En sus treinta años de profesión casi no había habido incidentes, tuvo su tan esperada persecución cuando daba vueltas en la patrulla por los barrios pobres, había visto a un hombre con un arma robar a una mujer y decidió que ese era el momento de convertirse en el héroe que estaba destinado a ser. Llevaba 10 años en la policía en ese entonces.

Le había gritado al hombre que se detuviera pero éste no lo hizo, comenzó a correr, Sánchez lo siguió, como buen policía, dobló la esquina y recibió un tiro en el abdomen y otro en el pecho. Nunca encontraron a quien le había disparado, no había cámaras y la mujer robada no apareció tampoco. No volvió a ser el mismo desde ese día, ya nunca lo enviaron a la calle después de eso. Se había encargado del trabajo de oficina, atender llamadas y buscar adolescentes desaparecidos que resultaban estar desmayados en algún parque público.

Se había convencido de que era trabajo tranquilo, aunque le amargaba la existencia. Había escalado puestos en sus 20 años siguientes, era el jefe.

Recibió la llamada a las 11 de la mañana en su auto, se había quedado atascado en el tráfico por un choque, cosa común en Buenos Aires, habían encontrado el cadáver de una mujer con ciertas peculiaridades.

Tardó dos horas en llegar a la escena, intentando recordar todo sobre los cursos de criminología que había tomado hacía 13 años, se preguntaba si

no sería otro suicidio y estaría haciendo todo eso por nada.

Felippo Bianchi tendía a comenzar de muy mal modo sus días, ese no era la excepción, cayó por el pequeño risco que había para bajar, los jeans y el saco se llenaron de barro seco y los demás policías que ya estaban ahí se dieron vuelta para ocultar las sonrisas, Felippo Bianchi no era necesariamente un compañero agradable. Tenía mala fama, se había convertido en la clásica imagen del policía inútil que a los medios les encantaba mostrar.

-Bueno a ver- dijo sacudiéndose la tierra del pantalón- dejen de rascarse las pelotas y explíquenme qué carajo hacemos acá abajo.

Un policía de unos 40 años lo condujo hasta el cuerpo de la mujer, aun no identificada, comentándole que había sido una llamada anónima de una mujer la que los había conducido hasta allí.

-Al principio pensamos que era una broma- dijo poniéndose los pulgares en el cinturón, como demostrando su masculinidad, desafiándolo- hay cada pelotudo en este país…- hizo una pausa esperando una respuesta que no llegó- bueno, la chica sonaba joven, nada alterada como uno esperaría que esté alguien cuando encuentran un cadáver, pensamos que era un juego de esos que hacen cuando toman alcohol- hizo otra pausa, más prolongada, el jefe no mostró ningún cambio de emoción, tenía los ojos cansados y la boca estirada- Vinimos por las dudas y la vimos, fue hace como dos horas y media, llamamos de vuelta y pedimos que contactaran al jefe.

-pensamos, pedimos, llamamos, hablás en plural nene ¿Vos y quién más?- el policía más joven se sonrojó a lo que no supo reconocer como insulto, se llevó dos dedos a la boca y le silvó a un hombre aún más joven que charlaba con otros dos.

-Gonza…-dijo y se interrumpió al ver la cara de Bianchi- Billis- se dio vuelta- venga- el hombre medio caminó medio trotó hasta donde estaban los otros dos, le ofreció una mano al viejo que rápidamente negó con la cabeza.

-Bueno perfecto, ya estamos los tres- dijo- bueno se ve que vamos a hacer como en la guardería, yo soy Felippo Bianchi, me dicen como se les cantes las pelotas- miró a los otros esperando la presentación.

-Billis y Sánchez- dijo Billis señalándose y señalando a su compañero con el pulgar- le decimos sancho- agregó para romper el hielo, que se mantenía firme entre ellos.

-Bueno, perfecto ¿Cuánto va a tardar en llegar la PFA?- dijo. Billis y Sánchez de miraron- ¿No llamaron a la policía federal?- se llevó una cara

a la mano con impaciencia- la tiene que ver un forense, muchachos, es un ho-mi-ci-dio- se alejó un par de pasos hablando en voz baja- Ya no les enseñan un carajo a estos pibes- se dio media vuelta- Billis consiga un forense capacitado por favor, explique que estamos apurados, Sánchez empiece a sacar fotos antes de que algún pelotudo mueva algo.

Esa era la tan esperada aventura policial, había llegado tarde, más de 20 años tarde, cuando él ya tenía un mal estado físico y un humor peor. Quizá al fin y al cabo le darían una medalla, quizá ese día volvería a la casa, después de dos horas de manejar en hora pico, y podría hablar con su mujer, quizá la haría reír y quizá esa noche dormirían en la misma cama. Quizá, después de todo, aquello podía ser algo bueno en su pequeña e insignificante vida.

Capítulo 5

Capítulo 6

Despertó de golpe, con una fuerte sensación de inseguridad. El corazón le latía fuerte y rápido, tan rápido que era imperceptible, se incorporó ágilmente y miró por la ventana, esperando ver patrullas frente a la puerta del edificio. Pero no las había.

La había despertado el siseante sonido de las llamas del fuego, alimentándose de todo lo que había a su paso, consumiendo el oxígeno, produciendo el humo que invadía agresivamente sus pulmones. Despertaba con esa sensación seguidamente, con la imagen de su yo pequeña, de su Ana niña, corriendo instintivamente del fuego, tosiendo fuertemente por el humo, arrinconándose esperando lo peor. Era algo normal en su rutina, despertaba recordando ese momento, el momento en que la despojaban de su infancia, cuando le arrebataban su inocencia y saqueaban su pequeño corazón hasta vaciarlo.

Abrió la ventana para ver el cielo, estaba nublado, cosa común en Buenos Aires, inhaló el aire, cargado del olor invasivo a contaminación, la tranquilizó no sentir la madera quemada. Llenó sus pulmones del aire exterior y salió de la cama. Prendió la radio de pilas que había en reemplazo de la lámpara sobre la mesa de noche.

Oyó la voz de un hombre rezando la misa del domingo, hablaba sobre el amor y los distintos tipos que había, explicaba por qué el amor entre personas del mismo sexo no era posible e invitaba a todos los homosexuales a acudir a las confesiones de la siguiente semana. Cambió de estación girando la perilla, un hombre diciendo el clima, volvió a girar, las noticias de la semana, giró de nuevo y Vivaldi inundó sus oídos. Cerró los ojos para apreciar mejor el sonido del primer violín de la orquesta que tocaba invierno, de las cuatro estaciones. Acompañó la música con sus manos, girándolas como si fuera ella quien dirigía a los artistas, el sonido crujiente del fuego sobre la madera se disipó lentamente.

Subió el volumen a tope y se llevó la radio consigo a la cocina. No había demasiado que desayunar, había descuidado su rutina alimenticia en las últimas semanas, no había tiempo de comprar cuando se planeaban una serie de homicidios. El pan se había puesto duro, lo puso 30 segundos en el microondas mientras buscaba algo con lo que darle sabor, sabía que había algo pero era demasiado delicioso como para mezclarlo con pan viejo. Buscó a tientas en las repisas encima de la mesada hasta que encontró el frasco, estaba frío y cubierto de polvo, lo limpió con un trapo y lo miró, no tenía etiqueta, sin embargo sabía perfectamente lo que era.

Era su último frasco de dulce casero, el último de tantos que habían cocinado a fuego lento durante horas en la cocina de la quinta, la nostalgia llegó desapercibida como una pluma que cae sobre el agua, enseguida la reemplazó por disgusto, giró la tapa del frasco con dificultad hasta que al fin se destapó. El olor de los damascos llegó a su nariz, sus fosas natales de dilataron de placer, se atrevió a probar una cucharada, de niña la habrían golpeado con la cuchara de madera pero allí no había quien le prohibiera comerse el dulce a cucharadas. Puso el dulce sobre el pan y lo guardó. Bailó trazando círculos deformes sobre el piso mientras sentía aquel sabor de su infancia, tal como lo hacía cuando la abuela tarareaba revolviendo la olla del dulce.

La música se interrumpió para que dieran las noticias. Se sentó a la mesa a escuchar, dibujando con su dedo sobre la madera. La voz de un hombre comenzó a relatar.

-Domingo 15 de Octubre, 22 grados centígrados, humedad 60%, cielo totalmente nublado, y pasamos a las noticias de la semana- el narrador se apuró- la inflación sigue aumentando, a casi el doble que el año pasado; la venta de diarios disminuye otro 10%; manifestantes prenden fuego los basureros de la calle; robo a mano armada a banco de la capital, los asaltantes malhirieron a un empleado y huyeron con el dinero; se encontró fallecida a la mujer reportada como desaparecida el martes, se sospecha de un homicidio premeditado, las autoridades agradecen cualquier tipo de información- se detuvo en seco, dejando por la mitad la flor invisible que dibujaba con su dedo en la mesa- la nueva película argentina sigue siendo furor en toda Latinoamérica; científicos aseguran que el uso concurrido de aparatos electrónicos aumenta las probabilidades de tener cáncer- apagó la radio de un golpe.

La habían encontrado, ¿Habría sido el mismo día en que la dejó allí o la policía había hecho caso nulo a su llamado? Sonrió con suficiencia y siguió con su flor invisible.

Se alejó de todo, dirigiendo su mente a la tranquilidad de su aún en desarrollo palacio de la memoria, no tenía demasiadas habitaciones, su palacio se parecía a la casa de la quinta solo que limpio y reluciente, como lo había sido mientras vivía allí. Vivaldi seguía sonando dentro de su palacio, mientras recorría sus paredes con las yemas de los dedos, la cocina se inundaba de olor a dulce de damasco cada vez que entraba, daba vueltas tarareando como lo hacía su abuela y dibujando curvas con sus dedos en las paredes.

No había relojes en su palacio, aun así un tic-tac le avisó que era momento de regresar a la realidad, a su realidad.

Abrió los ojos, permitiéndole a su mente regresar lentamente. La música se desvanecía junto con los olores, hasta llegar a nada. Abrió la

computadora sobre la mesa y comenzó a escribir, ya que el título de asesina no la eximía de sus tareas como estudiante.

De vez en cuando se descubría intentando escapar nuevamente a su palacio, cuando la música se internaba silenciosamente dentro de su cabeza, cuando esto sucedía se devolvía a sí misma al mundo real con alguna pregunta sobre la materia.

Después de horas de intentos de escribir su tesis decidió abandonar la tarea para enfocarse en algo más. Tomó un papel y un lápiz y trazó una línea horizontal. En la parte izquierda de la hoja escribió “Domingo 15 de Octubre” y debajo, un nombre “Francisco Roce”.

Capítulo 6

Capítulo 7

Las paredes eran amarillas, no un amarillo fuerte y pigmentado que diera esa sensación de felicidad, eran colores suaves y pasteles que no pudieran afectar negativamente a ningún paciente. No le gustaba el amarillo, recordaba las paredes grises de su departamento, las extrañaba con todo y sus manchas de humedad, recordaba las paredes de ladrillo visto de la quinta de su niñez, recordaba todo.

Miró el reloj que había en su muñeca, en la derecha porque detestaba cualquier insinuación a los zurdos. Eran las nueve, miró por la ventana, el sol estaba ya a unos tres dedos sobre el antepecho de la ventana, los árboles no tenían hojas y desde dentro se sentía el olor a humedad sobre las hojas caídas, olor a otoño le llamaba ella.

Recordaba el olor a otoño desde pequeña, un olor mucho más presente en su quinta. Su estación preferida, o al menos lo era, era la estación en la que el frío y el calor se mezclaban y creaban ese clima templado que apenas duraba unas semanas, la estación en que podía ver por la ventana cada día y ver cuántas hojas habían caído en la noche, la estación en la que podía pasar horas trabajando sin darse cuenta, cuando barría todas las hojas del patio para hacer su montón. En otoño la tierra se humedecía con las hojas y producía su característico olor, ese olor que ahora ella sentía tan lejos de los buenos recuerdos.

Se miró las manos, quedaban pequeñas cicatrices imperceptibles, invisibles a cualquiera que no fuera ella, las cicatrices de los otoños en los que iban a buscar leña para el invierno, y cicatrices de todas las quemaduras de cuando echaba otro tronco a la estufa. Media hora después golpearon la puerta, igual que todos los días.

Era una habitación pequeña, había una cama, un armario y una mesa de noche, a aquella habitación de 2x2 se había reducido su vida, a aquella habitación igual que todas las demás habitaciones del hospital, miró nuevamente el reloj para confirmar que el tiempo siguiera pasando como en el mundo real. Trató de escapar a su palacio pero no lo logró, era difícil imaginar un lugar tan perfecto con tantas drogas recorriendo su cuerpo.

Se preguntó si alguna vez saldría, si alguna vez volvería a ver su amada quinta y a sentir el verdadero olor del otoño. La doctora la esperaba, lo sabía, podía imaginarla sentada en su escritorio mirando su reloj mientras garabateaba en su cuaderno de notas, preguntándose por qué entre tantas profesiones había escogido esa. Golpearon la puerta nuevamente,

se levantó para que no abrieran.

-Cinco minutos- dijo la enfermera y se fue, sin entrar. Escuchó sus tacones gruesos dar pasos rápidos hasta doblar en el pasillo. Nunca la había visto, aun así sabía que tenía tobillos gordos y que probablemente usara zapatos rosados para no llamar la atención a sus pies.

El piso del pasillo era blanco y negro, como un tablero de ajedrez, se preguntó que pieza sería ella en una partida de ajedrez, no le expresó su duda a la doctora cuando le preguntó en que pensaba.

-Llegaste tarde- dijo- es raro llegar tarde cuando estamos en el mismo edificio, ¿No te parece?

-Para decir que algo es raro tenemos que decir primero qué es normal, ¿No le parece, doctora?- la mujer sonrió cálidamente, como si se tratara de una conversación en un café y no de un hospital psiquiátrico.

-¿y qué es normal? ¿Qué es lo común según vos?-no respondió.

-Hoy usas un labial diferente- se limitó a decir- más oscuro y con olor mucho más fuerte- la mujer la miró impávida, tal vez actuando su tranquilidad- ¿Alguna ocasión especial o se arregló para mí?- se sorprendió a sí misma por decir aquello pero mantuvo el gesto.

-¿Y cómo sabes que no se me acabó mi otro labial y por eso uso este?- le sostuvo la mirada, desafiante, Ana paseó la lengua sobre sus dientes, se sintió dominante después de mucho tiempo.

-Porque- dijo y se levantó de la silla, harta de estar sentada- ese labial no tiene grumos, ni uno, no falta pigmento en ningún lugar, doctora, ese labial tiene poliisobuteno hidrogenado y usted es alérgica a dicha sustancia. Por eso tiene los labios más hinchados de lo normal, su labial de costumbre es difícil de conseguir porque tiene que ser libre del químico, seguramente sólo lo consigue por internet, ¿Me equivoco?- la mujer no respondió- No preguntó lo que tenía el labial porque estaba apurada y lo usó sin pensar, su alergia es leve así que no importaba, ¿Verdad?- siguió callada- entonces, doctora, siendo alérgica a un aditivo que se encuentra en casi todos los cosméticos, y teniendo que comprar por internet su maquillaje, voy a suponer que compra un labial de repuesto por si el suyo se llegara a acabar.

La mujer permaneció callada unos segundos, asimilando todo lo que acababa de escuchar.

-¿Todo eso porque no tiene grumos?

-El poliisobuteno hidrogenado uniforma la dispersión de los pigmentos y previene la formación de grumos- sonrió- y es impermeable- señaló con los ojos al vaso de agua en el que no había ni una mínima marca de labial.

La mujer escribió en su libreta y Ana sonrió, había almacenado toda esa información en su palacio de memoria, lo había leído en una revista de cosmetología cuando esperaba que empezara su audiencia judicial.

-¿Entonces, doctora?, ¿Se puso ese labial tan bonito para mí?

-¿Cómo te sentiste al decir todo eso?, volver a ser la persona más lista de la habitación de nuevo, ¿Se sintió bien?

-¿Volver a ser la persona más lista de la habitación?- alzó levemente la ceja izquierda.

-Ajá.

-Doctora- dijo acercándose al escritorio. Apoyó los codos sobre el escritorio, inclinándose hacia la mujer, se acercó a su oído y susurró- yo nunca dejé de serlo.

Capítulo 7

Capítulo 8

El olor a menta le subía por las fosas nasales y parecía llegarle hasta el cerebro, se sentía intoxicado, había una palabra para describir cómo se sentía en aquel momento pero no la recordaba.

-Felippo- dijo el forense mirándolo fijo- ¿Todo bien?- agachó el cuello y lo curvó, como una tortuga.

-Sí, es el vick vaporub, es muy fuerte. Quedémonos con el formal por ahora por favor, Bianchi por favor- dio una sonrisa forzada y se concentró en el cuerpo que había frente a sí.

-Se lo puede sacar si quiere, creo que es preferible al olor de un cadáver pero como prefiera- respondió el forense fuertemente ofendido e incomodado por la respuesta del hombre.

-Sigamos.

-Bueno, murió por contusión en la cabeza, seguramente fue con un martillo pero pudo ser también con un bate o capaz una piedra redonda. Algún objeto pesado. La escena la armaron, no había mucha sangre en el piso y el cadáver estaba acomodado. Los cortes de la espalda- los señaló con la mano- se hicieron con algún cuchillo fino o una navaja, entre ellos estaba esto- les pasó las dos foto envueltas en una bolsa ziploc de bordes rojos- los cortes los hizo como si fuera un marco para mostrarlas- una es una foto de una nota que dio en el noticiero y en la otra está en un bar o un café con otras dos mujeres- no había huellas en ningún lado, en esta mano- la tomó y la giró para que los tres policías la vieran bien- le clavaron algo y después la quemaron, seguro para que dejara de sangrar, no hay ningún signo de abuso sexual, hay marcas de que estuvo atada y tiene un par de marquitas de que estuvo amordazada, a mí me parece que fue por venganza pero los profesionales en esa instancia son ustedes- cruzó los brazos y miró a los policías

-La mujer tenía fama de ser medio careta- dijo el más joven, sentado en la mesada en la esquina del cuarto- ahora que está muerta todos dicen que era un amor pero decían que era una vieja hija de puta.

-Suficientes detalles, Billis, ya está bien. Lo comentaremos en un lugar más privado- dijo el viejo con un tono de disgusto y desagrado- gracias doc. Nosotros nos retiramos- no esperó respuesta y salió por la puerta, con Billis y Sánchez detrás. Una vez fuera se limpió el Vick Vaporub de

debajo de la nariz con un pañuelo y se apuró a reprender a su compañero- Billis, trate de no andar comentando un caso de homicidio abierto a todo el mundo.

-A mí me pareció que lo que dijo el forense tenía sentido, por las fotos parece venganza.

-El forense es forense, los que investigamos somos nosotros, Sánchez, no se guíe por lo que dice cualquiera para terminar rápido.

El hombre lo miró enojado y se puso las manos en los bolsillos.

-Sólo digo que parece la opción más probable, capaz hizo enojar a alguien, ¿Era casada?- miró a Billis.

-Divorciada me parece.

-¿Te parece?- Bianchi parecía a punto de perder su poca paciencia- ¿Cómo que te parece? ¿No te mandé yo a hablar con todos los conocidos?

-La mina se murió hace dos días y conocía a medio mundo.

-La mujer, pelotudo, si era una vieja- respondió el otro inmediatamente.

-¿A vos no te espera tu mujer para comer, gordo?- se empezaron a reír por algo que Bianchi no entendió, por lo que sólo se subió al auto. Los otros dos lo siguieron unos segundos después.

-Es que su mujer lo dejó el año pasado- explicó Billis al viejo- le dijo que no podía vivir con alguien que se iba de morir de diabetes antes de los 50 años- rio junto con el otro- el Sancho no fue a trabajar dos semanas- se rieron de nuevo.

-Hasta me puso a dieta, me mandó al gimnasio y todo. Pedía demasiado- Dijo dándose palmaditas en el estómago.

-Parece la mujer más decente que podría encontrar alguien como vos- comentó Bianchi y los tres continuaron el viaje en silencio.

Bajaron en el puente donde había empezado todo, Billis bajó con agilidad y los otros dos medio rodaron medio saltaron, miraron la marca de tiza contorneando el lugar donde estaba la mujer.

-El tipo que le hizo eso era realmente un enfermo- comentó Sánchez mirando la figura de tiza.

-Capaz fue porque no quería bajar de peso- Sánchez se alejó.

Miró la escena por varios minutos, pensando en quién tenía la mente tan perversa para hacer semejante cosa, se le pasaron mil cosas por la cabeza, ninguna era Ana López.

Capítulo 8

Capítulo 9

5:00, había pasado un minuto desde la última vez que había visto el reloj, llevaba viéndolo desde hacía más de una hora, la luna estaba medio llena pero iluminaba lo suficiente. Intercalaba las miradas al reloj con miradas al techo, donde una mancha de humedad se hacía cada vez más visible.

Reproducía en su mente a Bach, su propia mezcla de obras famosas, principalmente compuestas por violín, se preguntó por qué no habría aprendido a tocar un instrumento de niña, quizá de ser así se encontraría en una orquesta y no en un hospital psiquiátrico.

Sin notarlo terminó replicando a la perfección "Adagio", la reprodujo una y otra vez en su mente hasta aturdirse, mientras imaginaba los dedos de una mujer posados sobre las cuerdas de un violín de abeto rojo; observó los dedos ejercer presión sobre las cuerdas para diferir los sonidos. Imaginó al violín perfectamente limpio y brillante, tanto que las huellas de la mano de la mujer quedaban plasmadas sobre la superficie. Se preguntó de quién sería aquella mano que veía tocar dentro de su mente, el pensamiento fue interrumpido por tres golpes en la puerta, indicadores de que era la hora estipulada para despertar.

Se vistió lento, no había necesidad de apurarse, caminó por el pasillo doblando más las rodillas de lo normal, pasó frente a la puerta del comedor donde un grupo de personas cantaba "arroz con leche" mientras comía, siguió de largo en dirección a la puerta blanca. Dio un solo golpe, enseguida la perilla se giró y la doctora apareció frente a sí, sonrió solo con la boca y le indicó que pasara.

La música seguía reproduciéndose en su cabeza a un volumen bajo mientras se sentaba frente al escritorio.

-Llegaste antes- dijo acomodando su libreta para tomar notas- ¿No fuiste a desayunar? – Negó con la cabeza, no había necesidad de hablar todavía- ¿Te perdiste la comida más importante del día?- Ana sonrió, conforme de poder hacer un comentario interesante.

-Para los romanos la comida más importante era la cena- dijo sintiendo como si sus pulmones se agrandaran. La mujer sólo asintió, anotó algo en su libreta y permaneció callada algunos segundos.

-Entonces, ¿Cómo estás?- volvió a sonreír sólo con su boca.

-No sé, ¿Cómo se puede estar cuando estas en un hospital psiquiátrico?- sonrió achinando los ojos exageradamente.- me preocupa más como está

usted doctora- volvió a sonreír, esta vez enseñando los dientes.

-Yo estoy bien ¿Por qué lo decís?

No respondió de inmediato, se tomó un segundo para respirar y elegir bien las palabras para su análisis.

-Bueno, la puerta estaba cerrada, nunca está cerrada cuando estás sola; sonreíste pero tus ojos no se achicaron, no lo hiciste una vez, pasó dos, no soles dar sonrisas falsas, supongo que no querías que te preguntara. También hiciste ese comentario del desayuno como si fuera la primera vez, jamás desayuno doctora, me parece que está al tanto de eso ¿Verdad?- cruzó las piernas y entrelazó los dedos por debajo de la rodilla, esperando una reacción de sorpresa por su análisis, la mujer continuó seria.

-impresionante- dijo finalmente pero sin parecer impresionada- no, en realidad estoy cansada, nada más- puso los codos encima del escritorio- no dormí mucho anoche, me parece que vos tampoco.

-No podría desaprovechar esas únicas horas de tranquilidad- esta vez fue ella quien sonrió sin mover los ojos.

-Estas un poco… evasiva ¿No te parece?

-Sólo cuando la pregunta es absurda.

-¿Y qué la hace tan absurda? Si se puede saber- apretó el botón de la lapicera preparada para anotar.

-Que crea que sirve de algo, que algo de todo esto vaya a ayudar.

-No es un proceso rápido, Ana- sintió un escalofrío al escuchar su nombre.

-El proceso no sirve, ni va a servir.

-No, si no confias en que te ayude el proceso va a ir mucho más lento.

-¿Y cómo voy a confiar en que me ayudes si ni siquiera te ayudas a vos misma?- se quedó callada, pensativa, como analizando si quería golpearla o reír.

-Y eso lo decís porque…

-Estas tensa, defensiva y distraída- dijo enderezando la espalda sobre la silla- estas yendo a terapia- finalizó y volvió a sentir que le llegaba más

aire a los pulmones.

- ¿Y soy menos capaz de atenderte por ir a terapia?- rio, aunque Ana no pudo identificar qué clase de risa era. Se quedó callada, sintió su orgullo rebajarse levemente- observás demasiado, lo haces muy bien, pero no te miras a vos misma, ¿De qué te sirve mirar al resto si no te podes ver a vos?

-Me divierte saber que veo más que el resto- notó que acababa dar más información de la que quería, aun así prosiguió- saber que soy mejor.

-Te divierte- dijo en voz baja para sí misma- ¿Entonces dirías que sos feliz?

-Nadie lo es.

-¿No?

-No- respondió cortante y giró la cabeza.

-¿Y por qué?

-Los hombres no sucumbimos a las grandes penas ni a las grandes alegrías, y es porque esas penas y esas alegrías vienen embozadas de una inmensa niebla de pequeños incidentes. Y la vida es esto, la niebla- sonrió- Niebla, de Miguel de Unamuno.

Y ,finalmente, vio la esperada muestra de sorpresa.

Capítulo 9

Capítulo 10

Se miró las manos, cubiertas de sangre, se sentían pegajosas. Sintió como su garganta se cerraba, impidiéndole respirar, miró al techo, sintiendo como daba vueltas, el olor a madera le producía náuseas. Perdió el equilibrio y su hombro golpeó contra la pared, estaba desorientada, con la mirada nublosa y los brazos pesados. Las rodillas amenazaban con ceder al peso de su cuerpo, mientras que la sangre en sus zapatos comenzaba a endurecer.

No reconocía el lugar, era una cabaña, definitivamente. Veía el charco de sangre pero no veía cuerpo, se preguntó si la sangre no sería suya, investigó su cuerpo en busca de algún corte pero no lo había. Se preguntó si el cuerpo no seguiría con vida y hubiera huido, se dispuso a caminar por el lugar pero sus pies no se movieron. No había más que la sangre delante y sobre ella, no había pisadas ni signos de que se hubiera arrastrado, simplemente había levitado hasta desaparecer.

Las rodillas finalmente cedieron, cayó sobre el charco de sangre, salpicando levemente los costados, sus náuseas se intensificaron. Comenzó a arrastrarse hasta el baño, era una habitación blanca, con la junta de los mosaicos amarillenta, el espejo estaba alto y junto había un reloj, se preguntó por qué alguien querría un reloj en un baño pero lo ignoró.

Apoyó las palmas en el lavamanos para ayudar a levantarse, la sangre la hizo resbalar y cayó, golpeándose la sien con el inodoro; enseguida sintió como si su cabeza estuviera dentro de un globo, había palpitaciones en la zona recién golpeada y la mirada se le nublaba cada vez más.

Se incorporó con dificultas y depositó todo su peso sobre el lavamanos, abrió ambas canillas y metió la cabeza bajo el agua. Estaba helada, permaneció allí hasta que la piel se le erizó. Se miró al espejo, estaba sucio y viejo, el reflejo se veía ligeramente borroso. Había una persona pero no estaba segura de que fuera ella, le costó reconocerse pero finalmente lo hizo. Miró por varios minutos la cicatriz alrededor de su cuello, para cualquiera sería imperceptible, pero no para ella, claro que no. Comenzó a sentir el olor del humo, cada vez más fuerte, sentía como con cada inhalada sus pulmones se volvían más pequeños, no dejó de ver la cicatriz en ningún momento.

Veía de reojo entrar el humo por debajo de la puerta, gris, espeso, rodeándola con brazos endebles, pero no dejó de ver la cicatriz. El humo

le apretaba el cuerpo, le quemaba, la asfixiaba, pero la cicatriz era más importante, mucho más importante. La miró por horas, mientras el humo la nublaba, la miró hasta que su vista quedó completamente negra, fue lo último en lo que pensó antes de que la cabeza golpeara contra el piso.

Capítulo 10

Capítulo 11

Sintió un pinchazo debajo del ojo y despertó de golpe. El corazón le latía con fuerza, sentía palpitaciones en la sien, donde hacía unos segundos, su imaginación la había golpeado.

Miró al techo esperando a que su respiración volviera a la normalidad, era el único lugar del departamento en que no había manchas de humedad, aquello le desagradaba. El olor a humo llegó repentinamente a sus fosas nasales, se sobresaltó y corrió a la cocina, segura de que encontraría un incendio. No había nada, el olor desapareció.

Se masajeó el cuello pensando en su sueño, pensó en su significado y no lo encontró. Abrió la heladera, usualmente vacía, exceptuando por la cajita de metal, la tomó y sacó la manteca de adentro. Cortó un pedazo con el cuchillo incorrecto y tensó su cuello esperando la mano de su abuela reprendiéndola, ésta no llegó, se sintió ligeramente decepcionada por eso pero prosiguió. Espolvoreó azúcar sobre el pedazo de manteca y se lo llevó a la boca, dejó que se deshiciera debajo de su lengua. Esa práctica le había hecho ganarse varios golpes por parte de sus progenitores y varias visitas al médico por los parásitos que le generaba, o eso decían.

El último cristal de azúcar se deshizo y se puso en marcha. Subió al auto rogando para no tener que parar en alguna estación de servicio, giró la llave lentamente, como si temiera que hubiera una bomba en el motor, arrancó sin problemas. El tanque estaba por la mitad, le pareció suficiente.

Sentía una fuerte opresión en el pecho, quizá fueran sus nervios, o su adrenalina, no lo sabría. Paró el auto frente a una iglesia. Miró el edificio, era completamente blanco, con una cruz arriba, le pareció completamente desagradable. Aun así entró.

Adentro estaba oscuro, repleto de cruces y cuadros con escenarios trágicos y sangrientos, la hipocresía de la religión le repugnaba. No se adorrilló ni se persignó, se dirigió directamente al altar, haciendo ruido con sus zapatos sobre la alfombra roja, el lugar estaba vacío.

Apoyó la mano en el altar, estaba frío y liso, le generó escalofríos. Recorrió toda su superficie con el dedo índice hasta que chocó con una de las velas doradas, sonrió para sí y la sujetó con fuerza, imaginándose golpeando al Padre con ella. La depositó en su lugar y se dirigió a la parte trasera de la capilla. Se oía la voz de un hombre, tarareaba una canción

religiosa.

Era viejo, de mediana estatura y barba blanca, se comenzaba a notar la falta de cabello en ciertos sectores de su cabeza, estaba sentado frente a una mesa, haciendo anotaciones de la biblia en una libreta, detenía su tarareo de vez en cuando para decir en voz alta alguna de sus anotaciones.

-Mateo 14:30- dijo en voz baja mientras lo anotaba en la libreta y seguía tarareando.

-Jeremías 33:9- dijo Ana con una sonrisa complaciente al ver al hombre sobresaltado- Disculpe Padre, no lo quise asustar- dijo pero su cara demostraba lo contrario.

- La misa es mañana a las nueve, esta tarde hay confesión, no hay excepciones, Hija- se le erizó el vello de la nuca por el disgusto de oírlo llamarla hija. Procuró no demostrarlo con su rostro.

-No lo molestaría de no ser importante, Padre- El hombre se incorporó, a Ana se le hizo sumamente incómodo verlo con ropa cotidiana. Él levantó las cejas en señal de que siguiera hablando- es que en mi casa… están pasando cosas muy raras, escucho ruidos y veo cosas, casi no puedo dormir- se acercó y habló en voz baja- creo que alguien del edificio pudo invocar algo jugando a uno de esos juegos- lo abrazó únicamente para que no viera la sonrisa que comenzaba a formarse en su rostro- ya no sabía que hacer- pensó en soltar unas lágrimas pero le pareció que sería exagerar demasiado.

-Bueno- dijo dándole unas palmaditas en la espalda- siendo esa la situación mejor nos apuramos- se dirigió a un cuarto separado y volvió vestido con la sotana correspondiente.

Sonrió complacida y se dirigieron al auto. No volvió al departamento, sino que se dirigió a su quinta. No había mucho tráfico pero tardaron bastante, el hombre había intentado sacarle conversación varias veces pero ella respondió cortante.

Finalmente dobló en el desvío que llevaba a la quinta, 5 minutos después ya se hallaban en la puerta de la casa.

-Es por acá-dijo y abrió la puerta, el olor a abandono les penetró las fosas nasales, la cara del Padre se tornó un poco más preocupada, entró al lugar y se sacó una cruz del bolsillo.

-Primero vamos a rezar para ver si se van por voluntad propia- dijo y se arrodilló, cerró los ojos, juntó las manos alrededor de la cruz y comenzó a

rezar en voz baja.

Ella ya tenía su arma detrás de la espalda, la sujetaba con fuerza, mientras esperaba a que el hombre callara, después de unos minutos finalmente lo hizo, se dispuso a levantarse pero ella puso una mano en su hombro, indicándole que se quedara en su lugar.

-Tengo que confesarle algo, Padre- dijo ampliando su sonrisa al máximo. El hombre se tensó, habló con la voz ligeramente quebradiza.

-Te escucho, querida- la sonrisa se le borró al oír la última palabra pero continuó hablando, sosteniéndole el hombro por detrás.

-Es que en realidad- levantó la maza, hasta entonces detrás de su espalda- soy atea- dijo y lo golpeó en el centro de la columna, se oyó un crujido y posteriormente el grito del hombre, cayó de cara al piso sujetándose la espalda- era mi pequeño secreto- dijo recuperando su sonrisa, dejando caer la maza sobre las costillas del Padre, éste jadeó e intentó gritar pero le faltó el aire.

Apoyó su zapato sobre el cuello del hombre, haciendo presión sobre su garganta, lo miró a los ojos hasta que se cerraron y perdió el conocimiento.

Capítulo 11

Capítulo 12

El consultorio se sentía más ajeno que nunca, parecía que ninguna de las dos estaría realmente presente en esa sesión.

-¿Ana?- dijo la voz de la doctora, se oía lejos, como en una burbuja. Salió de su ensimismamiento para concentrarse en la mujer. Estaba menos arreglada que de costumbre.

-¿A qué viene el cambio?- soltó. Ella había entendido perfectamente a qué se refería pero le permitió hacer su papel.

-¿Cuál cambio?- Ana sonrió en inhaló profundo.

-Estas desarreglada. No te planchaste el pelo, tu base está mal esparcida, tenés las pestañas enredadas y mucho rubor, puedo verte las ojeras abajo del corrector- la miró sin sorpresa así que prosiguió- además se te salió el esmalte de la punta de las uñas y no lo retocaste, tenés los labios secos abajo del labial. Y las flores,- apuntó con el dedo al florero sin mirarlo- están descuidadas. Así que pregunto, doctora, ¿A qué viene su descuido tan repentino?- cruzó una pierna y entrelazó los dedos.

-Estaba cansada, resfriada, y hoy casi no tengo pacientes- dijo firme, pero sin darle importancia al asunto.

-Entonces nosotros, tus pocos pacientes de hoy, no nos merecemos que te arregles- levantó la ceja y sacó los labios, más argentina que nunca, haciendo cara de “mirá vos”- La doctora se cruzó de brazos y piernas y sonrió con suficiencia.

-¿Qué, te creías especial?- Ana se sumó también al cruce de brazos y a la sonrió desafiante.

-¿Acaso no lo soy?- La doctora levantó las cejas.

-¿Por qué lo serías?

-Dudo que en tu vida conocieras a alguien como yo, con mis… cualidades.

-Te sorprenderías de la gente que conozco.

Permanecieron viéndose, completamente en silencio, por uno o dos minutos, fue la doctora la que rompió el silencio, acomodándose en su

silla, detrás del escritorio, como si hubiera recordado qué comportamiento tenía que tener en su consultorio.

-¿Y cómo estás?- Ana la miró frunciendo las cejas.

-Me tomas el pelo ¿No?

-No, para nada.

-Y no sé… ¿Cómo te parece que puede estar una persona recluida en un hospital psiquiátrico en contra de su voluntad, por tiempo indefinido, que encima está en Córdoba así que está rodeada de cordobeses con tonada totalmente exagerada?

-¿De verdad tu preocupación en estos momentos es la tonada de las personas que te rodean?

-Sí.

-Entonces ¿No te gusta Córdoba, los cordobeses, o la tonada?

-Ninguna de las tres- la mujer anotó en su cuaderno.

-¿Y por qué?

-Lo hablaremos en otra ocasión- dijo. Entrelazó los dedos debajo de la rodilla y miró por la ventana, no se veían árboles en ese lado del edificio.

-Está bien, entonces, ¿Cómo estás? No me respondiste- La miró, aun sin saber si le tomaba el pelo.

-Si te digo que bien, te miento, y si te digo que mal, te miento también.

-Entonces ¿Cómo estás?- repitió reprimiendo una sonrisa.

-Viva- anotó de nuevo en su cuaderno.

La doctora abrió un cajón, Ana se asomó, alcanzó a ver dibujos hechos con fibras, eran personas sumamente deformes, medio peladas y con muñones como manos, con 5 palos sobresaliendo. La sonrisa le llegaba hasta la altura de los ojos, que eran dos puntos negros.

Sacó un lápiz, una goma y un papel en blanco. Cerró el cajón con cierta agresividad cuando vio como miraba los dibujos.

-Esos no son de ninguno de tus pacientes- dijo Ana sonriendo,

mordiéndose el labio inferior, como burlándose- esos los hizo un niño.

-No te incumbe- respondió evasiva y le pasó la hoja. Ana sonrió con suficiencia- ¿Querés dibujar?- sonrió.

-Esa fue la sonrisa más falsa que hiciste en tu vida- dijo con cara de disgusto.

-¿Querés o no?- empezaba a perder la paciencia.

-¿Quiero o no?- dijo sonriendo, esperando verla perder la compostura. La doctora la miró a los ojos, intentando no darle lo que quería. Estaba tensando la mandíbula y respiraba profundo. Espero una respuesta por casi un minuto, Ana no dijo nada.

-Bueno- dijo agarrando el papel, bastante enojada, dispuesta a guardarlo de nuevo. Ella se apuró y se lo sacó rápidamente de la mano.

-Dame acá- dijo y alisó la parte arrugada de la hoja, escribió su nombre en letra cursiva desprolija en el reverso de la hoja- me gusta cuando te enojas- dijo mientras ponía el acento en “López”- casi hasta pareces normal- La mujer la ignoró, miraba con atención como escribía- ¿Qué dibujo?

-Un árbol- dijo sonriendo, sintiendo que por primera vez ganaba algo contra esa chica.

Capítulo 12

Capítulo 13

Lo miró de arriba abajo con sumo desprecio, como si tuviera en frente a un ser asqueroso, técnicamente lo era, aunque claro que no lo parecía.

Estaba tirado en el piso, con los ojos cerrados y la boca abierta, aunque extrañamente respiraba por la nariz. De vez en cuando daba una gran bocanada de aire como si fuera a despertar, y entonces seguía durmiendo. No sabía cuánto tiempo permanecería así, quizá lo más prudente era darle un tranquilizante hasta que todo estuviera listo pero se negaba a hacer cualquier cosa que disminuyera el dolor del hombre.

Pensó en si debía atarlo antes de salir de la casa, descartó la idea. Después de recibir múltiples mazazos en la espalda, nadie correría.

Llevaba un cuarto de hora sentada en la mesa viéndolo, pensado en todo lo retorcido que pudiera haberle hecho mientras seguía consciente. Tomó un sorbo de la copa de vino que tenía en la mano, realmente le desagradaba el sabor peor se sentía mucho más dramático así.

Miró la botella a su lado, había estado guardada por varios años en la despensa de la casa de la quinta, seguía empolvada, con la huella de su mano en el centro. La tomó por la parte superior y la llevó a la cocina, vació el contenido en la pileta y lo vio irse por el desagüe, se tomó lo que quedaba en la copa de un trago y la dejó también.

Salió por la puerta principal y caminó levantando las rodillas por el pasto alto de la entrada. Se dirigía al galpón que estaba varios metros alejado de la casa para no molestar con los ruidos. La puerta era de hierro, pesada; nunca había podido abrirla por su cuenta. Giró la llave, sintiendo su pulso acelerarse ligeramente, sintió un click, bajó la manija y apoyó todo su cuerpo contra la puerta, que se abrió con un sonoro chirrido. No había ventanas que se abrieran, las luces del techo no funcionaban, la iluminación era casi nula pero suficiente para lo que buscaba, escuchaba a las ratas correr pero no le interesó, de momento su mayor preocupación era que no hubieran mordido los cables.

Buscó las herramientas necesarias y las dejó sobre la mesa de trabajo, no eran demasiadas, un soplete, un martillo, un molde, pinzas y un taladro con mecha para metales. Y claramente un pedazo de metal de considerable grosor.

Prendió el soplete sin dificultad, sonrió ante el recuerdo de su último uso, se puso los guantes adecuados y tomó el metal con las pinzas, comenzó a calentarlo sobre el molde con forma semicilíndrica. El metal comenzaba a

tomar un color anaranjado, lo golpeó con el martillo hasta que replicó la forma del molde a la perfección, lo llevó al balde para enfriarlo. No estaba segura de qué mezcla de líquidos hubiera dentro pero había funcionado, ya podía tocarlo sin guantes ni pinzas. Colocó su pieza nuevamente sobre la mesa, era como una pulsera a medio hacer, con dos alas rectangulares a los costados, sonrió satisfecha y comenzó a agujerear las alas. La mecha se resbalaba y tardó 10 minutos en hacer los agujeros, midió el tornillo para asegurarse de que fuera la medida correcta y se dispuso a salir.

Llevaba el martillo, la pieza, dos tornillos y un clavo y un destornillador de punta Phillips, dejó la puerta abierta al salir. Tarareaba la canción que pasaban en la radio cuando manejaba a la capilla. Entró a la casa, el hombre seguía inconsciente; dejó sus materiales en la mesa e intentó levantarlo, era mucho más pesado de lo que parecía, usó toda la fuerza que tenía en las piernas para posicionarlo sobre la mesa, dudó si girarlo pero finalmente lo dejó boca abajo.

Tomó su brazo y comenzó a medir, lo colocó de manera que los nudillos sobresalieran de la mesa, puso la palma mirando al techo y colocó el metal sobre su muñeca, calzaba perfecto. Lo atornilló a la mesa a toda prisa e hizo todas las pruebas, tiró del brazo para asegurarse de que no pudiera sacarlo ni que pudiera de algún modo levantar el metal, todo estaba en orden. Sacó todo de la mesa exceptuando el martillo, y el clavo. Los sostuvo en la mano observando al hombre hasta que finalmente abrió los ojos.

El pánico se le reflejó en la cara enseguida, intentó levantarse pero su columna parecía no responder. Ana sonrió y lo posicionó de manera que pudiera ver su mano en primer plano.

-Buenas tardes, espero que hayas dormido placenteramente- sintió un dejo de orgullo, inhalo más aire del estrictamente necesario- Bueno ya esperamos demasiado, empecemos ¿No?- sonrió, el hombre no respondió, la veía con una mezcla de ira y miedo- No estará resentido conmigo ¿No, Padre? Porque creo que los dos sabemos que se merecía lo que le pasó- siguió sin responder, se sentó en la mesa junto a él, tenía que girar el cuello forzosamente para verle la cara, su otro brazo seguía a su lado- Sabe, Padre, nosotros ya nos conocíamos, ¿Se acuerda?- permaneció callado, con los ojos entrecerrados- ¿No me va a responder? No está bueno dejar a las personas hablando solas, es de mala educación, así me decía mi abuela- miró al techo, como recordando- buena gente mi abuela, era un amor- volvió a mirarlo- pero volvamos al tema. Capaz no se acuerde pero es que yo no me olvido de nadie, yo tenía unos papás bastante religiosos, tanto que hasta comulgaba todas las semanas, muchos años de mi vida desperdiciados en la religión… La cuestión es, Padre, que hay un par de cosas que yo no soporto- pareció prestar más atención a la última oración- no tranquilo, el acoso y el posible abuso que

les hacía a las demás chicas de la iglesia no.- el hombre quiso hablar pero Ana continuó- No… eso me da realmente igual, lo que no soporto es su hipocresía, Padre. La hipocresía de pararse frente a todas esas personas y leerles un libro, diciéndoles que no hagan todo lo que usted hace. Esa hipocresía de plantarles el miedo al sexo que usted mismo practica…

El hombre permaneció callado, ella se levantó de la mesa y se dispuso a seguir con lo que venía a hacer en primer lugar. Puso su mano sobre la palma del hombre, asegurándose de que no pudiera moverla y levantó el martillo.

-Qué curioso… voy a romper las herramientas con las que ejecutó sus pecados, Padre, quizá hasta se gana un lugar en el cielo con lo que sufra hoy- bajó el martillo, no golpeó nada, había cerrado los dedos, envolviendo su mano para que no pudiera golpearlos- Créame, va a ser muchísimo peor si se resiste, Padre, ¿No va a aceptar las consecuencias de sus actos?, ¿Pedirle a su Dios que con este sufrimiento lo perdone?- no respondió, comenzaba a dejar una marca en su mano, alrededor de donde apretaban los dedos. Dio un pequeño golpe sobre los dedos, simplemente para poder sacar su mano de debajo. Le mostró el clavo- Te tendremos que poner esto en la mano para que no te muevas tanto, igual que Jesús, ¿Qué irónico, no?

Puso la punta del clavo sobre la palma, estaba por bajar el martillo para clavarlo de una sola vez pero se detuvo a medio camino, corrió a la cocina. Se escuchaban ruidos de utensilios removerse, volvió con un cuchillo, el mismo que había usado con la mujer.

-Esto es más efectivo- dijo y lo clavó de golpe en su brazo, justo en el pliegue del codo, logrando su cometido, romper el tendón. La sangre salió de inmediato, junto con los gritos del hombre, se detuvo unos segundos para verlo retorcerse e intentar detener la sangre con su otra mano, el tiempo corría, no tenía soplete y no podía dejarlo morir desangrado, no sin antes terminar lo que había empezado.- Y ahora, Padre- dijo volviendo a apoyarse sobre su mano, que aún se movía pero mucho más débilmente que antes- lo que vinimos a hacer- golpeó los dedos con el martillo varias veces, se oía un crujido cada vez que golpeaba, sus dedos tenían ya un ángulo de noventa grados, se encontraban alineados con el costado de la mesa. Los gritos del hombre eran cada vez más inhumanos, que ya no identificaba dolores, se retorcía a pesar de las varias roturas en su espalda y manchaba la sotana con sangre. Hizo un intento sin resultados de mover los dedos rotos- Ni trates, tenés las articulaciones interfalángicas rotas.- Pretendía verlo retorcerse y gritar de dolor hasta que muriera, cosa que debía pasar rápido. El ruido comenzó a hartarla y en cuestión de segundos perdió la paciencia, clavó el cuchillo ya ensangrentado en el cuello del hombre, entró cruzado y salió cerca de su garganta, el ruido cesó de inmediato y la sangre sobre la mesa se multiplicó. Pronto el único sonido que se escuchaba eran las gotas de sangre que caían de la mesa

golpeando el piso.

Sonrió y comenzó a reír, se recostó de espaldas sobre la mesa, junto al cadáver y rio con más fuerza, dejando que la sangre del hombre impregnara su ropa.

Capítulo 13

Capítulo 14

Soltó una carcajada, fuerte, sarcástica, llena de orgullo y burla. Miró a la mujer de arriba abajo y se miró las uñas mientras decía

-Doctora- se inclinó sobre el escritorio sosteniéndose la barbilla con la mano, sonreía con burla- ¿De verdad vas a desarmarme con un árbol?- rio, más forzadamente que la última vez.

-Te sorprenderías de lo efectivo que es ese test- respondió con paciencia, sosteniéndose la barbilla con las manos también, quedaron a unos cuantos centímetros de distancia, la incomodidad casi era imperceptible.

-Lo dudo mucho doctora, se está quedando sin ideas, que decepcionante, le tenía bastante fe.

-¿Entonces vas a dibujar?- Se enderezó y miró a la mujer, como analizando la situación, se quedó pensativa un rato y finalmente respondió.

-No, realmente no tengo ganas.

-¿Te da miedo?- sacó sutilmente una lapicera del cajón, preparándose para anotar la respuesta.

-Miedo- repitió, estiró la cara con falsa sorpresa, como diciendo "de lo que uno se entera"-yo vi cómo me quebraban 3 dedos de la mano, mientras me asfixiaba con humo ¿De verdad crees que me puede dar miedo tu jueguito de mierda?

La mujer se le quedó mirando, impávida, inmóvil, pensativa. Abrió la boca varias veces para decir algo pero no habló, simplemente anotó en su libreta, un texto extenso, que ocupó casi toda la hoja. Tenía caligrafía curva, prolija pero ininteligible, escribía toda la palabra completa antes de ponerle el punto a la i o la raya a la t. Escribía yéndose ligeramente hacia arriba, haciendo una mínima curva cada vez que terminaba de escribir una palabra, como si quisiera darle un toque artístico, hacía la primera letra de cada palabra en mayúsculas, y se detenía de vez en cuando para encontrar la palabra adecuada o para resaltar alguna oración importante. Finalizó con un punto, apretó la lapicera con fuerza y hundió ligeramente la hoja, o estaba enojada o entusiasmada; Ana no logró identificar la emoción.

Se le quedó mirando, sonreía internamente, lo sabía, aunque no lo

expresara en su rostro. Giraba lentamente la lapicera entre sus dedos.

-¿Me podes hablar de eso?- dijo, inclinando ligeramente la cabeza hacia la derecha. Ana la observó, intentando decidir si había o no cometido un error al decir lo que había dicho. Se quedó callada unos minutos, se sintió vulnerada, como si a una tortuga se le metiera una piedrita entre la piel y el caparazón, se sentía débil, expuesta, era una sensación extraña. No estaba segura de si eso le desagradaba.

-Sí, puedo.- respondió, la mano se le movió involuntariamente.

-¿Y lo vas a hacer?

-Quiero leer eso- señaló la libreta. La doctora la miró, miró la libreta, la volvió a mirar y miró nuevamente la libreta, soltó un largo y sonoro suspiro.

-Sos todo un caso- le entregó el cuaderno y se sentó de piernas cruzadas mirando al techo.

Su cerebro se detuvo por un momento, intentando procesar lo que acababa de pasar, sin motivo aparente, mandó a su cuerpo a que sonrojara las mejillas, Ana se auto recriminó por ese acto tal infantil. Comenzó a leer, o a intentarlo.

La desilusión se le marcó en el rostro casi de inmediato, miró a la mujer a los ojos.

-No entiendo tu letra- ella levantó los hombros intentando disimular lo más posible su diversión.

-Eso ya se me va de las manos- devolvió el cuaderno con cierta brusquedad, no se preocupó en disimular el enojo- ¿Entonces si me contás?- hizo una sonrisa cálida, que a Ana le pareció perversa, fruto de su frustración.

-No pretenderás- hizo una pausa larga- que yo te cuente mis traumas sin obtener nada a cambio ¿No?- cruzó los dedos sobre la rodilla, retomando el control de ella misma y de la situación.

-Lleguemos a un acuerdo- imitó su posición como un espejo.

-Ya empezamos a hablar en el mismo idioma- sonrió con suficiencia, elaborando rápidamente en su cabeza todas las posibles situaciones y sus consecuencias.

Capítulo 14

Capítulo 15

El olor a sangre le desagradaba, ¿Cuánto tiempo llevaría acostada empapándose de la sangre del hombre? No lo sabía, y tampoco le interesaba, repetía las imágenes de las roturas de dedos en su mente y su sonrisa se ampliaba con cada una que pasaba.

Se levantó de la mesa, sentía como la espalda le goteaba y como la sangre comenzaba a secársele en la piel. Observó al ahora cadáver y sonrió complacida, como un artista que ve su obra finalizada. Pasó la mano por la mesa, volcando la sangre sobre el piso, manchándose las zapatillas.

Tardó más de dos horas en limpiar el lugar, el olor a lavandina le entraba por la nariz y parecía llegarle a la cabeza, miró al hombre, yacía vacío, atado a una silla para mantenerlo sentado. Su cuello amenazaba con abandonar el resto del cuerpo, la punta del cuchillo todavía le sobresalía por la garganta.

Era un hombre sumamente pesado, lo arrastró por la habitación hasta llegar al pasillo, había varias puertas pero entró a la primera, la despensa.

Se acercó al congelador, que ya debía tener su buena edad, rogando que todavía funcionara, tanteó el piso hasta encontrar el cable y lo enchufó en la pared. Abrió la puerta pero la luz no se encendió, no servía, se arrepintió de no haber tenido en cuenta los posibles fallos de su plan. Miró nuevamente al hombre, odiándolo más que nunca, y se llevó las manos a la cabeza para ayudarse a pensar. Entró a su palacio mental buscando cualquier información sobre conservación de cadáveres, no encontró nada. Se arrodilló en el suelo, junto al cadáver, pensando en qué hacer, lo miró de arriba abajo, con desprecio, y se detuvo a observar su mano con detenimiento.

La sostuvo y observó uno por uno sus dedos rotos, cada uno estaba en una posición diferente, como si las conexiones entre sus huesos fueran inexistentes. Los rozó uno por uno con el pulgar, recordando cuando sus propios dedos eran los que estaban rotos.

Durante menos de un segundo le pareció ver que su propia mano estaba rota. Miró sus dedos, aún torcidos ligeramente por la falta de atención médica cuando se quebraron. Las imágenes de los recuerdos amenazaban con volverle a la mente, no lo permitió y se paró enseguida, mirando a su

alrededor.

Sus ojos se depositaron en los más de 20 frascos guardados simétricamente debajo de las estanterías, la idea inmediatamente reemplazó los recuerdos. Levantó al hombre depositando todo su peso y su fuerza en sus piernas, lo tiró adentro del congelador sin ningún tipo de cuidado, dejando que el agujero en su cuello se expandiera ligeramente más, lo acomodó para optimizar el espacio y se dispuso a buscar los frascos.

Debían pesar unos 4 Kilos cada uno, los levantó uno por uno y dejó que el contenido se vaciara sobre el hombre lentamente, mientras el olor a miel le inundaba las fosas nasales. Recordaba cuantas abejas les habían picado para conseguir esa miel, recordó como su abuela le había prohibido comerla en cualquier época que no fuera invierno.

Los recuerdos de los dedos rotos amenazaron con volver nuevamente cuando vació el último frasco, que había tapado el último pedazo de nariz que asomaba. Estaba por anochecer, se sentó en la ventana y vio como el sol se volvía cada vez más anaranjado y más pequeño a medida que se metía detrás del horizonte. La piel se le erizaba por el frío pero no se movió, siguió observando. El cielo se volvió naranja y las nubes rosadas, mientras la luz se iba haciendo más tenue, las imágenes de los acontecimientos sucedidos en Septiembre le aparecían en la mente.

Capítulo 15

Capítulo 16

Septiembre, tenía un olor especial, se decía mientras apoyaba por enésima vez la cabeza entre los barrotes de la terraza.

Inhalo, dilatando sus fosas nasales, dejando que la invadiera el olor a jazmín, que había florecido antes de tiempo, como consecuencia de las altas temperaturas. Se acercó a la flor blanca y hundió la nariz en ella, enrojeciendo de placer por el aroma; o por las alergias, podía ser también.

Era una terraza de menos de 3 metros, estaba rodeada de flores, de jazmines mayormente, aunque había algunas otras flores para dar color. Se recostó en el piso, sintiendo el cemento caliente tocándole la piel. Miraba la flor, su flor, su pequeño paraíso verde en medio de la jungla de cemento que era Buenos Aires.

Detrás de ella, la voz encapsulada de su madre le hablaba. Ana no escuchaba, entonaba dentro de su cabeza una canción que había escuchado en la televisión. No recordaba la letra, pero la inventó a medida que la melodía se reproducía internamente.

-Aaaaanaaaaa- la llamó suavemente de nuevo, moviendo la mano como saludándola. Finalmente, la miró- Ya son las cuatro- le informó con una sonrisa- ¿Vamos?- Una Ana que entonces no tendría 9 años asintió y se levantó, sacudiéndose los pantalones.

Vivía en el tercer piso de un edificio, en un departamento bastante chico, para el alquiler que pagaban, ella no lo entendía, pero escuchaba a sus papás hablar de eso seguido. Generalmente a la mañana, cuando se daban las malas noticias, así para la noche ya estaban olvidadas.

Había sido el caso del sábado pasado, mientras los tres estaban sentados en la mesa circular, desayunando. Ellos tomaban mate y ella matecocido, que era lo mismo pero para chicos, le habían explicado.

La tele yacía frente a ellos, apagada, no se veía tele los fines de semana. Sus padres hablaban de cosas de adultos; impuestos, trabajos, noticias, cosas que para una niña, inclusive esa niña, eran de poca importancia.

Sorbía de la taza haciendo ruido, para llamar la atención y que la incluyeran en la conversación, pero no daba muchos resultados. Veía a su madre atenta, extrañada de que no fuera al revés, que ella esperara atenta a que se distrajera para encajar un chorro de leche en el matecocido. “Los chicos tienen que tomar leche” decía y la obligaba a

tomarse todo, la leche no le gustaba, nunca tomaba y todos estaban de acuerdo con eso, hasta que el pediatra les dijo que iba a tener los huesos frágiles si no tomaba algo de calcio. Ana estaba segura de que había mentido para parecer inteligente, el pediatra no le gustaba, los doctores no le gustaban.

Su madre hablaba con la bombilla a unos centímetros de la boca, como si se hubiera olvidado de que tenía el mate en la mano, su padre respondía pero sin mirarla, hojeando el diario, interrumpiendo la conversación de vez en cuando para comentarle a su mujer algo de lo que estaba leyendo.

Ana esperaba paciente, con el matecocido enfriándosele en la taza, a que alguno le preguntara qué había soñado o cómo había dormido, o a que se terminaran de leer el diario, para darle la parte de los chistes y los juegos, que nunca ganaba pero igual intentaba.

-Volvió a subir el morrón ¿Sabías?- decía su mamá y tomaba.

-¿Te sorprende? Todo sube en este país, nos estamos yendo al carajo- respondía, y miraba a su hija para ver como se tapaba la boca para no sonreír ante la mala palabra. Le guiñaba el ojo y volvía a su lectura- ya vas a ver como el tipo ese nos vuelve a subir el alquiler.

Y entonces seguían hablando de cosas de adultos, hasta que él se percataba del aburrimiento de su hija y separaba del diario la parte del crucigrama para dársela. Era una buena persona, se decía Ana mientras lo veía, marcando con un círculo rojo palabras importantes de las noticias, se las mostraba a sus alumnos y los hacía reflexionar sobre eso, le había explicado una vez cuando le preguntó para qué lo hacía.

Su madre también decía que él era una buena persona, se limpiaba la nariz con un pañuelo mientras lo decía, cuando ella preguntaba respondía que eran las alergias. Siempre le había extrañado que sus alergias fueran siempre después de que se pelearan y él se fuera enojado.

-Es que tiene un trabajo muy estresante, ser profesor es difícil, Ana- le decía cada vez que ella preguntaba- pero papá es una buena persona ¿No?- entonces la miraba y empezaban las alergias. Al otro día siempre estaba hinchada y con la nariz tapada, pero eran las alergias le decía siempre, que le afectaban mucho.

-Andá al doctor- le respondía ella, sin entender por qué la alergia siempre le dejaba la cara mojada- así te cura- le insistía, viéndola mientras ella se pasaba un hielo por toda la cara, para reducir la hinchazón.

-Soy enfermera, no necesito ir al doctor- y antes de que pudiera reprochar la agarraba de la mano y salía trotando porque llegaban tarde a la

escuela, aunque esos días siempre era la primera en llegar.

Se acordaba de las alergias mientras caminaba de la mano de su madre, cruzando por las líneas blancas, con cuidado de no tocar nada que no fuera blanco, pegando saltos y dándole tirones al brazo de su madre, que sonreía sin objetar.

Iban al supermercado y después a la plaza, hasta la tarde-noche, cuando volvían. Ese día, iban a comprar pre mezcla para hacer torta de limón, Ana se subió al carrito, aunque el cajero le había dicho que era para chicos más chicos. Iba sentada mientras su mamá le pasaba las cosas para que las sostuviera. No hizo berrinches cuando pasaron por el pasillo de las golosinas, así que le compraron gomitas como premio, eran de las baratas, las que no le gustaban, pero no se quejó.

Llevaba su frasco en la mano, con dos agujeros en la tapa, preparado para guardar una mariposa amarilla, para que fuera a ver sus jazmines. Su madre llevaba las bolsas de las compras en una mano y la agarraba a ella con la otra, cruzaron de nuevo la calle por las líneas blancas, esta vez no saltó, por miedo a que se le cayera el frasco.

La plaza era grande, con varios juegos que a ella no le gustaban, su único interés aquel día era encontrar una mariposa. Habían improvisado una red con una remera vieja, que había fallado al primer intento de caza, de una mariposa anaranjada, con detalles negros, que era bonita, pero no amarilla. Tardó quince minutos pero finalmente agarró una, la metió con cuidado en el frasco y corrió a mostrarle a su mamá, que esperaba paciente en el borde del cantero.

Paró en seco a medio camino, una señora con una caja en la mano la había llamado, miró a su mamá, esperando a que viniera a socorrerla de una posible secuestradora de niños, ella no se había dado cuenta.

La mujer de la caja la llamó de nuevo, se acercó despacio, acordándose de todo lo que le habían enseñado sobre los desconocidos, el pensamiento se fue automáticamente cuando miró adentro de la caja; eran gatos, gatitos, minúsculos, que cabían fácilmente en una mano. Había seis.

-¿Querés uno?- le dijo la desconocida, Ana miró nerviosamente a donde estaba su madre, que miraba a la calle, a la vidriera de en frente- Te lo regalo si querés, elegí el que quieras.

Ana agarró el que parecía más tranquilo, era blanco con manchas negras, la desconocida se estaba parando, le dio miedo así que corrió donde estaba su madre, que al ver que no traía únicamente una mariposa dejó de sonreír.

-¿De dónde sacaste eso?

-Me lo regalaron- respondió orgullosa- la señora de allá- apuntó al banco donde estaba la mujer de la caja pero ya no había nadie.

Su madre había permanecido callada medio camino de vuelta, la otra mitad le había dicho lo mal que estaba lo que acababa de hacer, que tenía que pedir permiso y que no podía dejar que le enchufaran gatos, que era chica pero que tenía que prestar atención y que no sabía dónde iban a meter al gato si vivían en una casa que parecía una tapa de gaseosa.

Ana no escuchaba, le rascaba la panza al gato para hacerlo ronronear, seguía callado, sin moverse, se arrepintió de haber elegido al más aburrido.

-A tu papá le va a dar un infarto- dijo, dramatizando la situación, exagerando, actuando su papel de madre. A ella no le importó, seguía pensando en que tendría que haber elegido otro gato- es alérgico ¿Sabías? Ahora va a estar de mal humor todo el día porque le va a picar la nariz.

-Lo escondemos abajo de la cama y no se va a dar cuenta- sonrió intentando hacerla reírse, pero no lo hizo.

En la mente de su madre, la preocupación crecía, mientras se repetía “es una buena persona, papá es una buena persona”, sospechando que en un par de años, o incluso meses, ya no podría echarle la culpa a la alergia.

Capítulo 16

Capítulo 17

Escuchó un vidrio romperse, se tapó las orejas con las manos, apretando fuerte, para sofocar los ruidos del exterior, el gato finalmente ronroneaba, entre sus tobillos. La Ana adulta quizá habría reído por la ironía de aquel ronroneo, pero no aquella Ana, ella sólo podía pensar en cómo cesar los gritos de su padre y el llanto de su madre.

-Es una buena persona- le dijo al gato, agarrándolo de los brazos, haciéndolo colgar- es que el trabajo de profesor es muy estresante, Vaquita- lo había llamado así porque estaba gordo, tanto que le costaba caminar. Eran los parásitos, le había explicado su mamá, había que llevarlo al veterinario. A ella le gustaba que el gato fuera gordo porque entonces el nombre le quedaba, en caso de que bajara de peso, diría que el nombre era por el pelo blanco con manchas negras, como una vaca lechera; como esas que la habían llevado a ver cuando estaba en el jardín.

Se escuchó otro vidrio romperse, seguido de más gritos, no golpes, él nunca había golpeado a nadie, porque era una buena persona. El ruido paró después como de una hora, cuando ya no aguantó las ganas de ir al baño y tuvo que salir del cuarto, pasó por la cocina sin ver a ninguno de los dos, que estaban enfrentados con la mesa en medio, como barrera por si alguno se pasaba de la raya, el piso estaba pegajoso, lleno de dulce, los vidrios rotos eran en realidad frascos rotos; frascos de dulces caseros que ella y su mamá habían cocinado, en ese momento no le importaba, quería llegar al baño.

Cuando volvió a salir, los dos estaban limpiando el piso, callados, disculpándose sin decir una palabra.

-Perdón- dijo ella parándose en medio de los dos y volvió a jugar con el gato, que ya era menos aburrido.

Media hora después no había más que silencio. Salió del cuarto, la cocina estaba desierta exceptuando por su madre, que tomaba té, sola en el comedor.

-Me estoy por ir a trabajar- dijo, sin mirarla, seguía pensando en la pelea reciente- hoy tenemos guardia así que no me esperes para comer ¿Si?- Ana asintió, aunque ella no la veía- tu papá se acostó a dormir, no lo despiertes. Si te da hambre buscas algo en la heladera ¿Si?- volvió a asentir. Se sentó en la mesa con ella, estuvieron calladas por cinco

minutos hasta que se levantó, besó la cabeza de su hija a modo de despedida y salió por la puerta, con la chaquetilla azul en la mano.

Una dolencia en la muñeca la obligó a parar, miró la mezcla frente a ella y resopló estresada, había batido por 10 minutos y la mezcla todavía no llegaba al punto letra. Se frotó la muñeca con la otra mano y continuó batiendo, con dos tenedores como le habían enseñado. Cinco minutos después estaba lista, desprendía olor a limón, se resistió a meter el dedo en la mezcla para probarla, la volcó en un molde cuadrado y la metió al horno. Se quemó con el fósforo cuando lo prendió; miró su obra desde la puerta de la cocina, se sintió orgullosa, no había nada que no arreglara una torta de limón, se dijo mientras acercaba una silla del comedor.

Tardó unos cuantos minutos en encontrar la olla perfecta para hacer el caramelo. La subió a la cocina y se paró en la silla, prendió el fuego con una mano temblorosa, era su parte menos favorita, puso el azúcar y el agua a calentar, mientras lo revolvía con la cuchara de madera, el olor le dilataba las fosas nasales, mientras se imaginaba el sabor en la boca.

El caramelo comenzaba a tomar un color marrón cuando escuchó el inconfundible sonido de un vidrio rompiéndose. Se paralizó por unos segundos, temiendo que el ruido hubiera venido del cuarto de sus padres. Bajó rápidamente de la silla, dejando el repasador para agarrar la manija caliente al lado de la olla, no apagó el fuego. L a llama de la hornalla se movía enérgicamente acercándose a la tela, como si supiera lo que estaba por provocar.

Corrió a su propia habitación a ver qué había pasado, durante una fracción de segundo sintió que el corazón le dejaba de latir; de ira, o frustración, todavía era muy chica para diferenciar las emociones, sintió el sabor amargo del arrepentimiento a los costados de la lengua.

Miró al gato, que la veía con cara inocente, parado frente al frasco roto donde había guardado su mariposa, “yo no fui” parecía decirle mientras amasaba con las garras el piso, satisfecho. Se arrodilló para juntar los vidrios rotos, la mariposa había salido por la ventana.

Tiró los vidrios a la basura adentro de una botella de plástico, miró al gato con auténtico desprecio, que se esfumó automáticamente cuando lo escuchó ronronear. Se acercó a acariciarlo cuando su nariz se dilató nuevamente, esta vez no con olor a limón, ni a caramelo, ni a jazmín, sino olor a humo.

Salió a toda prisa del cuarto con el gato aun en la mano, vio con horror el fuego, que se extendía desde la hornalla, al repasador, había trepado por las cortinas y se extendía por el resto de la casa, el humo le hizo picar la garganta, escuchó una puerta abriéndose de golpe, con un portazo. Cerró los ojos, temiendo lo peor, mientras se repetía "es una buena persona, papá es una buena persona", lo repitió 2 veces hasta que sintió el tirón de pelo.

Cayó al piso de espaldas, con el gato apretado en el pecho, él estaba parado frente a ella, más enojado que nunca, vociferando cosas que en su mente infantil no tenían sentido. Trató de hablar pero no pudo ni siquiera abrir la boca, recibió un golpe, con la mano al revés, para impactar con los nudillos. Volvió a caerse de espaldas, agarrándose el cachete con la mano, todavía no lloraba, casi nunca lloraba.

-¿Qué pasó?- le gritó, levantando la mano para golpearla nuevamente, se la quedó mirando con los ojos achinados por la cara de enojo. Ana no respondió, pensaba en el dolor palpitante y creciente en su mejilla, apretaba al gato con fuerza- todo por tus caprichos- había dicho, y esas fueron las últimas palabras que había escuchado salir de la boca de su padre.

Volvió a tumbarla al piso y le sacó al gato de las manos, la miró e intentó decir algo que ella no logró escuchar, sus ojos pasaban de su padre al gato y del gato al fuego que crecía alrededor suyo. El humo se hacía cada vez más denso, comenzó a toser, sintiendo la falta de oxígeno.

Es una buena persona, se repetía una y otra vez, es el estés, pero es una buena persona. Recibió otro golpe, esta vez en la mejilla opuesta, lo miró a los ojos con auténtico miedo, considerando por primera vez en su vida que él podía no ser una buena persona.

La consideración se volvió realidad cuando tiró al gato contra la mesa, podía haber gritado o no, no lo había escuchado o no lo recordaba, miraba al gato con horror, que había golpeado contra la esquina de la mesa y había caído al suelo. Se acercó a buscarlo cuando sintió otro tirón de pelo, su padre ahora estaba arrodillada frente a ella. Era su turno.

Agarró ambas muñecas y las sostuvo con una mano, él hablaba pero ella no escuchaba, se esforzaba por girar la cabeza en dirección a la mesa. Le estrujó la mano, con toda la fuerza que parecía tener, le torció los dedos, uno por uno hasta que quedaron en posiciones anormales, tres de ellos estaban rotos. Ana lo veía con horror, al mismo hombre que le daba los chistes y los crucigramas del diario, que ahora le quebraba los dedos de la mano. El dolor le trepaba por el brazo, no recordaba nada igual, aun así pensaba en el gato, en si se habría lastimado.

Él pareció leerle la mente y fue a buscar al gato, que se retorcía debajo de la mesa, se lo puso frente a los ojos y lo apretó, con la misma fuerza con la que le había apretado la mano, el animal se retorció aún más intentando zafarse, se escuchó un ruido, como si varias ramas se quebraran y dejó de moverse, lo dejó caer al piso, a los pies de Ana, que lo miraba con los ojos bien abiertos. Fue entonces cuando comenzó a llorar, no paró mientras sentía como algo se le enrollaba en el cuello, una cortina, le habían dicho que había sido en el hospital; no dejó de llorar cuando perdió el conocimiento, asfixiándose, por el humo o por la sábana, no lo sabía.

Tampoco dejó de llorar cuando llegaron los bomberos y la separaron de su padre, ni cuando despertó en el hospital. No dejó de llorar cuando hablaba con la policía, ni cuando la enfermera le vendaba la mano. No dejó de llorar cuando la subieron a la patrulla, ni cuando miró por última vez a su madre por la ventana del auto, no paró tampoco cuando la bajaron del auto, ni cuando la abrazaron sus abuelos. No paró de llorar hasta que la sentaron en la ventana a mirar como se hacía de noche.

Sintió un escalofrío, la luz había desaparecido por completo, ya no se veía el límite entre el cielo y la tierra, se miró la mano, aún con los dedos ligeramente torcidos por la mala soldadura de sus huesos. Habían sido contadas las veces que se había sentado allí, llorando, a esperar que el silencio la calmara.

Se levantó de golpe, diciéndose que no era momento para recuerdos sentimentales. Salió por la puerta principal, procurando cerrar con llave, se subió al gol y manejó en silencio. No prendió la radio en ningún momento, ni bajó las ventanas, manejó completamente callada, hablando únicamente dentro de su mente

Capítulo 17

Capítulo 18

Su cabeza reproducía alguna melodía que no llegaba a reconocer, inconscientemente movía ligeramente la cabeza en son de la canción.

El cielo se volvía anaranjado a medida que el sol empezaba a salir, más tarde que antes, por la llegada del invierno.

Por la ventana abierta le llegaba el olor del pasto mojado de rocío, el olor le habría producido cierto placer cualquier otro día, pero no ese. Miró el calendario que colgaba en la puerta, el 31 de agosto ya se había tachado, era primero de septiembre.

La amenaza del recuerdo parecía golpear la puerta de su memoria, exigiendo entrar, sin lograrlo. Se concentró en la melodía, debía ser Bach, se dijo, pero ningún nombre se le venía a la mente.

El estómago le hizo ruido, exigiendo comida, que Ana no estaba dispuesta a darle. Eran las 8, y no estaba dispuesta a compartir tiempo con la gente que pudiera estar presente en el comedor. Se concentró en la música.

Pasó media hora repasando todos sus conocimientos de música clásica, sin ningún éxito; había entrado al palacio de su mente y lo había recorrido de arriba abajo, haciendo especial detenimiento en su biblioteca y su sala de música, pero no había rastros del nombre o el autor de dicha canción.

Rindiéndose, siguió recorriendo su palacio, más como una distracción que otra cosa. Era un lugar grande, lo suficiente para almacenar todos los conocimientos que creyera necesarios, la mayoría de los cuales guardaba en su biblioteca, el salón más grande y en el que más tiempo pasaba. En ella había grandes estanterías de libros, los recordaba todos y la posición de cada uno, ordenados alfabéticamente, por género y utilidad.

Recorrió las estanterías con un dedo rozando los lomos de los libros de cuero, estaba en su sección favorita, sin poder evitarlo detuvo su dedo en uno de los libros, lo tomó con sumo cuidado, aunque fuera imposible que se rompiera.

Lo abrió por la mitad y se lo llevó a la nariz, aspiró el olor de las hojas avejentadas y sonrió, podía recordar perfectamente el aroma. De pronto sintió un golpecito en el pecho, de anhelo, añoranza y quizá arrepentimiento, no había vuelto a tocar un libro desde que había entrado

al hospital.

Dejó el libro en su lugar y siguió su camino, pensando por primera vez en las consecuencias de sus actos, aunque sin lamentar lo que había hecho.

La melodía que había resonado en su cabeza se vio interrumpida por la insistencia de los golpes en la puerta.

-López- dijo alguna enfermera, tenía la voz gruesa, hablaba con impaciencia- van a ser las diez menos cuarto, o te levantas o te levanto yo- dijo y se fue con paso firme, procurando hacer ruido con los zapatos para hacerse notar tras las puertas.

Se levantó sin mucho ánimo y marcó una cruz en el calendario, salió por la puerta al momento en que la enfermera volvía para levantarla, no se molestó en saludar. Caminó a paso lento por el pasillo de paredes blancas, pasó frente al comedor y el estómago volvió a expresar su disgusto, siguió de largo hasta la puerta, que volvía a encontrarse cerrada.

Golpeó con los nudillos tres veces, no hubo respuesta, solo el ruido de los pasos acelerados de la mujer en zapatos altos, abrió la puerta con una sonrisa, los lentes se le bajaron hasta la punta de la nariz. No saludó y entró directamente, se sentó en la silla con gesto indiferente.

-Cuando sonreís así- comenzó a decir Ana para empezar su sesión con la incomodidad acostumbrada- pareces una psicópata- la doctora la ignoró, se sentó en la silla con las piernas cruzadas.

-Hoy estamos de mal humor veo- dijo sonriendo con cierta burla- ¿Alguna razón en particular o es tu antipatía de costumbre pero intensificada?

-No soy psiquiatra- comenzó a decir, inclinándose hacia adelante- pero estoy muy segura de que en la facultad te dijeron que insultar a tus pacientes no es buen método para que te hablen.

-Me lo comentaron alguna vez, no habré prestado atención suficiente- volvió a sonreír y se miró las manos- pero solo insulto a quienes creo que lo pueden soportar.

-Pero que pícaras que estamos hoy che- alzó las cejas exageradamente- estás de muy buen humor, veo- La doctora alzó los hombros con actitud sobrada- a veces me sorprende lo que el sexo les causa a ustedes las personas ordinarias- el rostro se le endureció, intentó disimularlo pero Ana ya lo había notado, sonrió internamente y siguió- son tan simples… dales un orgasmo y van a sonreír por una semana- cruzó las piernas y se miró las manos, copiando la actitud de la mujer de hacía unos minutos.

Hubo un silencio corto, en el que las dos pensaban su próxima jugada, la doctora la miró a los ojos, esperando a que siguiera hablando, retándola a que tratara de ofenderla. Ana no produjo sonido.

-Que silencio- dijo mirándola con mayor profundidad- ¿Será que te quedaste sin palabras?

-¿Te incomoda mi silencio?

-Para nada, pero prefiero que me hables- fue Ana la que rompió el contacto visual, arrepintiéndose internamente de hacerlo, volvió a mirarse las manos.

-El silencio solo les incomoda a los que no saben escuchar sus propios pensamientos- sonrió, esta vez de manera inconsciente- o no los quieren escuchar.

Una especie de nostalgia cegadora la golpeó, esa era una frase de su padre, se la decía cuando se le enrojecía la cara por pasar un almuerzo sin intercambiar palabra.

Permaneció en el recuerdo más tiempo del estipulado, la doctora la miraba atenta, con la lapicera en la mano, lista para anotar.

Los cachetes amenazaron con enrojecérsele pero no lo permitió, la miró a los ojos, endureciendo y volviendo a ponerse seria.

-Es una frase muy cierta- dijo, alzando ligeramente las cejas sin darse cuenta-¿De quién es?

El corazón le comenzó a latir con fuerza, sentía que el ruido de las palpitaciones se escuchaba incluso del otro lado de la puerta. Sintió un sabor agrio debajo de la lengua.

-Mía- no identificó si le había temblado la voz- claramente- la mentira se sintió como un ácido caliente bajándole por la garganta. La mujer anotaba a toda velocidad, con auténtica letra de médica, ilegible.

-A mí no me podes mentir, Ana- dijo completamente calmada, como si le hablara a un niño- además no te sale- sonrió- me podes contar, no te voy a juzgar- le esquivó la mirada.

-No gano nada contándote.

-Ganas sacártelo de encima

-No es algo que me genere peso.

-Me parece que te genera más peso del que querés admitir.

-Y a mí me parece que no te voy a contar- respondió tajante.

-¿Por qué?- Ana la miró con auténtica frustración, como si tuviera que explicarle a un adulto como sumar.

-Porque no es un tema que tenga que discutir con vos- los ojos se le achicaron ligeramente- ni con nadie.

-¿Nunca me vas a hacer mi trabajo un poquito más fácil?

-No- sonrió.

-Bueno- dijo haciendo girar la lapicera entre sus dedos, simulando pensar- y si te doy algo a cambio ¿Me contás?

-Depende.

-¿Depende de qué?

-De lo que me ofrezcas.

-¿Qué te gustaría que te ofreciera?

-Mi título- dijo, sonó más firme de lo que en realidad pretendía, estaba segura, dispuesta a conseguir lo que buscaba.

-¿Qué título?- estaba auténticamente sorprendida, Ana también se sorprendió de su sorpresa.

-El que me llevó más de cuatro años de estudio, doctora. Mi licenciatura, quiero mi licenciatura- anotó algo en el cuaderno y la miró cruzando las manos.

-No me habías contado eso.

-Hasta ahora no tenía por qué.

-¿Y qué le pasó a tu título?

-La policía, eso le pasó- al ver la cara de la mujer prosiguió a explicarle- Nunca pude mandar mi tesis- la doctora asintió y volvió a anotar- letras- agregó Ana- estudié letras- e inconscientemente volvió a la biblioteca de

su mente, y se encontró recorriendo los libros con el dedo, con nostalgia.

-Si consigo que la manden ¿Me vas a contar lo que quiero saber?- su voz la sacó de su ensimismamiento.

-Sí conseguís que la manden, podría estar dispuesta a contarte cosas que en otras circunstancias no diría- la mujer extendió la mano sobre el escritorio, Ana la tomó.

-¿Tenemos un trato?- dudó por unos segundos, finalmente respondió, volviendo a escuchar la melodía en su cabeza.

-Tenemos un trato, doctora.

Capítulo 18

Capítulo 19

Manejó durante varias horas, no supo cuántas exactamente. Veía únicamente al frente, sin prestar demasiada atención, su mente maquinaba a toda potencia.

Esquivó los peajes, como excelente argentina que era, pasando por rutas alternas, más largas, que la hacían gastar más combustible de lo que salía cruzar el peaje. Ana lo sabía, pero no le importaba, se convencía de que era mejor gastar en combustible que darle esa plata al gobierno.

Tenía ambas manos en el volante, lo agarraba con fuerza, como si temiera que se le fuera a escapar de las manos. Miraba la autopista pero no veía, todo estaba completamente nublado por las imágenes que le enviaba su mente.

El recuerdo se reproducía una y otra vez, como un video, agitaba la cabeza con cada reproducción, en un vago intento por sacárselo de la cabeza, el intento siempre fracasaba, y el video volvía a empezar.

Sacó las dos manos del volante y lo sostuvo con las rodillas, pensó en que jamás habría hecho eso en otra situación.

Prendió un cigarrillo con las manos, ahora libres, y se lo llevó a los labios. No tenía intención de fumarlo, pero la sensación la tranquilizaba. Mordió la punta con los dientes, sin una razón específica, se sintió un bebé mordiendo un chupete y enseguida lo soltó. Se concentró en el camino, aunque no estaba segura de a dónde se dirigía.

Varias veces se olvidó del cigarrillo y la ceniza se le cayó encima. Prendió la radio pero sólo se escuchaba interferencia, intentó reproducir alguna melodía en su mente pero lo único que se oía allí era fuego.

El fuego tenía un sonido particular, que para cualquiera podría pasar desapercibido, cualquiera excepto Ana, el fuego consumía todo a su alrededor, haciendo ruido, un ruido consistente y constante, interrumpido de vez en cuando por un sonido parecido al que hace una ramita al romperse.

Pensó en cuánto tiempo llevaría sin dormir, demasiado, recordó las charlas que le habían dado en la adolescencia sobre las consecuencias de manejar cansado, alcoholizado y drogado. Paró abajo del único árbol y apagó el auto.

El sol estaba exactamente encima de su cabeza, hacía calor, bajó la ventanilla. Se sentía exhausta, aunque no tenía sueño. Inclinó el asiento y se acostó mirando el techo, las imágenes que se le cruzaban en el camino se volvieron más nítidas, no hizo ningún esfuerzo por evitar que el recuerdo la tragara por completo. Cerró los ojos, reencontrándose con su cuerpo de la niñez, en una casa ardiendo, el primer día de Septiembre.

En la quinta o sexta repetición del recuerdo se durmió, dando paso a los demás recuerdos, más felices, y más reprimidos.

Despertó por la sensación de sofocamiento llevándose una mano al cuello. Los dedos recorrieron instintivamente la cicatriz casi invisible que llevaba en su piel desde hacía años. La ahogó un sentimiento sin nombre, uno parecido a la culpa, a la ira o a la conmoción, no estaba segura. No era una sensación agradable y pensó en qué nombre podría llevar esta nueva emoción. Puso en marcha el auto nuevamente, volviendo a la ruta, mucho más concurrida que antes.

Estaba cerca, lo presentía por el malestar que aumentaba con cada kilómetro recorrido. Las imágenes dejaron de reproducirse en su mente, se obligó a concentrarse. Dejó de ver el camino hasta que llegó a un cruce y entró en una ciudad, su ciudad.

La recorrió a oscuras, sin preocuparse de que la robaran. La luz de los semáforos la hacía tener tonos de piel extraños. Miró el reloj depositado en su muñeca, en la derecha, como le había enseñado su abuelo mientras veían televisión en algún momento de 2003. Era una práctica poco usual en ella, mirar su reloj, ni siquiera recordaba si funcionaba, esperó que sí. Las agujas estaban posicionadas como una L invertida, eran las Nueve y media, pensó mientras paraba en un semáforo que acababa de ponerse en amarillo. Sintió un bocinazo detrás suyo y la piel del cuello se le erizó.

-¡Avanzá! Si está en verde- gritó un hombre sacando el brazo por la ventana para hacerle alguna seña que Ana no se molestó en ver. Sonrió para sus adentros, no tenía ningún apuro, permaneció frente al semáforo incluso después de que volviera a ponerse en rojo. Sonrió más ampliamente al volver a escuchar la bocina.

El auto de atrás la pasó por la derecha y volvió a tocar la bocina, Ana miró al hombre satisfecha y de la nada sintió frío el corazón.

-Conchuda- le gritó el hombre antes de acelerar a fondo haciendo chirriar las ruedas.

Se quedó ligeramente petrificada, como es normal cuando las cosas se salen de control, como cuando uno hace una fila de maderitas de Jenga y calcula mal un ángulo que arruina la cadena de caídas y tiene que volver a

empezar. Ese momento era la madera mal calculada.

Vio como las luces del auto de Felippo Bianchi se hacían cada vez más chicas hasta que dobló en alguna calle y desaparecieron. Repasó varias veces más lo sucedido en su mente, intentando identificar alguna diferencia entre el hombre que acababa de ver con el de las fotos del diario, no había ninguna.

Capítulo 19

Capítulo 20

Se quedó frente al semáforo un par de minutos, hasta que el cambio de las luces la sacó de su ensimismamiento.

Se llevó ambas manos a la cabeza y las enredó en su cabello, pensando, odiándose por lo que acababa de ocurrir. Sintió la incertidumbre adentrarse a cada rincón de su cuerpo, la recorría como un río de agua helada. Por primera vez en años se le presentaba un problema que no podía resolver.

Casi mecánicamente puso en marcha el auto, no pensaba ni veía lo que hacía, su mente estaba en blanco. Manejó silenciosamente hasta una calle de tierra, no sabía dónde estaba ni si el lugar era seguro, se dijo que un robo era el menor de sus problemas en ese momento.

Se preguntó qué pasaría si muriera ahí, quién reclamaría el cuerpo, si es que lo hacían, quien se quedaría con su monótono departamento, quien heredaría la quinta. Se imaginó personas sin rostro entrando al que podía considerar su único hogar y llevándose una sorpresa al abrir el congelador. Se preguntó cuánto tardaría la policía en atar los cabos sueltos.

Dio un cabezazo al volante y se llevó las manos a la cara, sintió como si estuviera rodeada de humo, como si algo, o alguien, la asfixiara lentamente dentro de su cabeza. Se miró las manos, que eran su mayor y casi púnica fuente de recuerdos, pensó en su familia y se dio cuenta de que ninguna melodía se reproducía en segundo plano en su cabeza, estaba en silencio absoluto.

- El silencio solo les incomoda a los que no saben escuchar sus propios pensamientos- dijo en voz alta- o no los quieren escuchar- agregó y no estuvo segura de si fue en voz alta.

Quiso pensar y no pudo, intentó escuchar algo, lo que fuera que estuviera al alcance de su memoria, pero no recordó nada. La sensación asfixiante la envolvía, sintió miedo, no por lo que podía ocurrir sino por lo que podía no ocurrir.

Podía ser su fin, estaba claro, decidió correr el riesgo. Puso en marcha el auto y salió en reversa sin mirar atrás, bajó la velocidad cuando pasó por el semáforo, miró con atención a todas las esquinas, no parecía haber cámaras. Dio una bocanada de aire y dobló, quince cuadras después paró el auto, dejó las manos en el volante un segundo, preguntándose si estaba segura de lo que iba a hacer, dio una respuesta afirmativa

mirándose en el espejo lateral y bajó del auto.

Las luces de dentro de la casa estaban apagadas, todas excepto una, miró con atención la silueta que se movía detrás de la cortina. Giró la muñeca y se la acercó para ver la hora, era tarde pero había tiempo; golpeó la puerta tres veces con los nudillos y esperó, metiendo una mano en el bolsillo donde descansaban las pastillas. Vio la silueta de la mujer pasar frente a la ventana y correr el cerrojo de la puerta, era una mujer de cincuenta y pocos años pero se veía mucho más joven, miró a Ana como pidiendo una explicación de su aparición a esas horas, sonrió a modo de respuesta y ladeó la cabeza a la izquierda.

-¿Me extrañaste?- dijo cruzándose de brazos, la mujer pareció no entender- Mamá.

Capítulo 20

Capítulo 21

La mujer abrió los ojos abruptamente y la miró de arriba abajo, atónita, Ana volvió a sonreír forzosamente y entró a la casa sin esperar invitación. La mujer parecía querer protestar o decir algo pero las palabras no parecían brotarle de la boca.

-Ana- dijo mirándola con las manos en los bolsillos- así me llamo, por si no te acordabas- cerró la puerta con suavidad y se adentró en la casa, recorriéndola y mirando con atención los detalles.

La seguía mirando con los ojos abiertos, Ana la veía con el ceño arrugado, como cuando se ve a un niño vomitar, Caminó abiertamente por el comedor; era una casa de dos pisos, la puerta estaba justo frente a la escalera, a su derecha se encontraba el comedor y a la izquierda un salón con dos sillones. Ana colocó un dedo sobre la mesa y la recorrió con su tacto, no estaba rugosa, eso le desagradó. Volvió a mirar a la que biológicamente era su madre y se dirigió al salón, tomó asiento en uno de los sillones e invitó a la mujer a sentarse en el otro, ésta lo hizo sin oponer mucha resistencia. Finalmente habló.

-Ana- dijo, más como una pregunta que como una afirmación, asentía levemente mientras hablaba- no pensaba en vos desde hacía tanto tiempo- miró al techo como queriendo acordarse de cuando había sido la última vez en que le había preocupado su hija- ¿Querés café?- dijo, más como una formalidad que como un ofrecimiento real.

-Sí, me imagino que sí ¿Cuándo habrá sido? ¿Inmediatamente después de que me dejaras o cuando volviste con el tipo que casi me mata? Me inclino más por la segunda- la mujer la miraba con expresión indescifrable, quizá por dentro hubiera querido golpearla por su falta de educación- Y sí, me gustaría una taza de café, si vas a tomar también- sonrió.

No respondió, se limitó a levantarse sacudiéndose la impecable falda y caminó a la cocina. Ana cruzó las piernas y sacó la caja de cigarrillos del bolsillo de la campera, se llevó uno a la boca a pesar de que no sentía necesidad de fumar, lo prendió y quedó abandonado entre sus dedos.

Se entretuvo viendo las delgadas líneas de humo subir por la punta del cigarrillo y desaparecer en el aire, la mujer apareció con una bandeja y dos tazas llenas de un líquido negro. La depositó en la mesita frente a ella y señaló la de la izquierda con la mano, Ana la agarró con la mano libre y se la llevó a los labios, el olor del café le inundó las fosas nasales.

Sujetó el cigarrillo con los dientes mientras echaba el azúcar al café. Se llevó la taza a los labios y disfrutó el sabor del café caro, un gusto que alguien como ella rara vez podía darse, miró a la mujer a los ojos, la mano que sostenía la taza le temblaba ligeramente y se sentía el olor a whiskey que salía de su taza. No se había ofrecido a agregar alcohol al café de Ana pero no le importó, vio como daba un largo trago, esquivándole la mirada. Finalmente bajó la taza y habló.

-¿Necesitás plata?- Ana negó con la cabeza, una vocecita en su cabeza rio por la mentira. Si la necesito, pensó, pero no la quiero- Sé perfectamente que no viniste a ver como estaba- dijo poniéndose seria- decime qué querés y veo si te lo puedo dar.

La miró con suficiencia, tomando otro sorbo de café. Se enderezó y dejó la taza a medio tomar en la mesita, dejando un círculo del líquido alrededor, casi pudo oír a la mujer retarla, pero no lo hizo.

-Quiero mi frasco-dijo, la miró fijamente a los ojos, con odio real, intentó que no se notara en su voz- no te mereces tenerlo- la mujer se puso tensa y asintió, dejó su taza junto a la de Ana, sólo que encima de la bandeja para no ensuciar la mesa. Se levantó y se pasó las manos por la falda, como había hecho cada vez que se paraba de un asiento desde que tenía memoria. La escuchó subir la escalera a pasos rápidos.

Sacó las pastillas del bolsillo y echó dos al café de la mujer, rezando porque se disolvieran antes de que bajara. Se concentró en las fotos de la pared, eran de ella y un hombre, su segundo esposo, el cual al parecer no se encontraba en la casa, no había niños.

Recordó las fotos de su casa, eran en gran parte suyas, en el zoológico, en el primer día de clases, en el suelo jugando con sus muñecas, en la plaza arriba de un tobogán. Habían pocas fotos de sus padres juntos y sólo un par donde estaban los tres, volvió en sí cuando escuchó nuevamente los pasos en la escalera, más lentos que cuando subía.

-¿Y tu marido dónde está?- preguntó, aunque no estaba segura de que le interesara la respuesta. La mujer no dijo nada, se sentó nuevamente en el sillón y se tomó lo que quedaba de café, como le hacían hacer a ella cuando tenía que tomar un remedio.

Dejó el frasco en la mesa, tenía varias líneas, de marcas de pegamento en un intento de arreglarlo, más por su significado sentimental que por otra cosa. Ana lo agarró y lo inspeccionó, habían hecho un excelente trabajo pegándolo, no había nada fuera de lugar, terminó el café también.

La mujer levantó la taza y caminó a la cocina, pasándose de nuevo las manos por la falda. Ana la siguió y la vio lavar las tazas, secarlas y

guardarlas.

-¿Entonces? ¿Mi padrastro?- aguantó una risa al pronunciar la última palabra.

-En Rosario, tuvo que ir unos días a trabajar- respondió fría.

-¿Y vos te crees eso?- Rio pero ella permaneció seria- ¿Sabe de mi existencia o para él eras una solterona buena nomás?- Notó como la mujer tensaba la mandíbula.

-No, no sabe- las fosas nasales se le agrandaban cada vez más con cada inhalada de aire- Ni va a saber tampoco- dijo casi en tono de amenaza-

-No te preocupes, soy una tumba- No dijo nada más, se limitó a caminar a la puerta, tambaleándose. Giró la manija pero la puerta no se abrió, tenía puesto el seguro, levantó el brazo para sacarlo pero no pareció tener fuerzas para llegar. La miró a los ojos- Es que estás drogada- explicó Ana- ya estás entrando a un estado de sumisión absoluta- sonrió y miró el reloj, apoyando el hombro en la puerta.

-Escopolamina- dijo la mujer, a Ana no le sorprendió que lo supiera, después de todo era en cierto modo su especialidad. La recordó con su uniforme de enfermera, alejó el recuerdo de su mente. Caminó lentamente al salón y agarró el frasco, lo examinó con detenimiento mientras esperaba a que el sistema parasimpático de su madre comenzara a inhibirse. Regresó junto a ella y comprobó que sus pupilas se hubieran dilatado. Sintió un pequeño cambio en el ritmo de su corazón, podía ser el nerviosismo, la emoción; o la culpa.

La agarró de la muñeca y corrió el cerrojo, miró a ambos lados de la vereda antes de salir y cerrar la puerta, la sentó en el asiento del copiloto y le puso el cinturón. Miró una última vez la casa antes de arrancar el auto y salir del lugar.

Capítulo 21

Capítulo 22

Le administró otra pastilla cuando llegaron a la quinta, como último acto compasivo antes de acabar con su vida. La encerró en el baño, comenzó a recobrar el sentido de voluntad varias horas más tarde, cuando ya había salido el sol.

Justo había clickeado el botón de “comprar” cuando se comenzaron a escuchar los primeros gritos y golpes en la puerta del baño, se preguntó cuándo habría sido la última vez que lo había limpiado, no lo recordó; sonrió al imaginarse la capa de polvo que debía haber sobre el piso.

-Conocés la casa- dijo a la mujer a través de la puerta- sabés que no vas a poder salir- le pareció escuchar llanto, aunque era difícil de distinguir entre los gritos y los golpes a la puerta. Puso los ojos en blanco, le parecía que la mujer exageraba, pensó que sus anteriores víctimas tenían motivos para gritar así, ella no.

Caminó hasta el comedor, se detuvo unos segundos frente a la mesa, le pareció oír un goteo familiar y casi le pareció ver el cuerpo sin vida del Padre, su última víctima. Sonrió con la mitad de su rostro y caminó hasta la cocina, abrió las puertas de la mesada, el olor a humedad le hizo arrugar la nariz. Corrió las botellas con cuidado, vinos y aceites que nunca habían consumido y que probablemente no se iban a consumir tampoco, finalmente tanteó lo que buscaba, sacó la caja de metal y la sopló para sacarle el polvo, sonrió al ver que seguía intacta.

La abrió con cuidado sobre la mesa, el interior se mantenía igual que cuando había sido guardada. Tocó con la yema del dedo índice todo lo que había dentro, haciendo caso omiso a los gritos provenientes del pasillo. Sonrió una vez más al ver el botiquín, recordó la pelea que habían tenido sus padres el día que lo armaron.

Extrajo con cuidado cada objeto del interior de la caja, todo era robado del hospital, “por si acaso” había dicho su madre mientras le enseñaba a encontrar una vena. Recordó las indicaciones mientras preparaba la aguja y la introducía en el frasquito de la onlanzapina, llenó la jeringa con el líquido sin diluir, contra las indicaciones que traía la parte trasera del frasco, se preguntó qué tipo de interés podía llegar a tener su madre en un antipsicótico, se respondió que daba igual.

Caminó sin hacer ruido hasta la puerta del baño, donde los gritos habían cesado, se preguntó qué pasaría si inyectaba el líquido por intravenosa, descartó la idea. Giró la llave procurando no hacer ruido y abrió la puerta de golpe, sin dar tiempo a la mujer de girar por completo, clavó la aguja

en el brazo derecho y vació el contenido de la inyección con rapidez, se oyó un grito pero la puerta ya se había vuelto a cerrar.

Volvió a guardar el botiquín debajo de la mesada y optó por llevarse la aguja y la jeringa para desecharlas lejos. Procuró cerrar todas las puertas y las ventanas antes de subir al auto y abandonar el lugar, rogando que la sobredosis de drogas no la matara antes de volver.

Prendió la radio mientras manejaba de vuelta a la ciudad, silbó una canción que no conocía mientras pagaba el peaje, que no se molestó en esquivar. Maldijo a unos cuantos autos que no avanzaban en los semáforos al llegar, paró en un estacionamiento que era demasiado caro para su posición no tan cercana al centro, pagó con mala cara y caminó hasta su destino.

Miró por la ventana del local, observó las bicicletas y caminadoras exhibidas, ninguna era la que había comprado recientemente. Abrió la puerta y sonó una campana, un hombre de unos cuarenta años se le acercó.

-¿En qué te puedo ayudar?- no parecía muy feliz de trabajar ese día, Ana respondió con el mismo entusiasmo.

-Vengo a retirar un pedido que hice hace un rato por internet-el hombre no dijo nada, se quedó parado como esperando que siguiera hablando- a nombre de Ana López- agregó. El hombre se dio media vuelta sin decir nada, volvió cargando una caja.

-Adentro está el aparato y las instrucciones- le entregó una planilla con la mano libre- firma, aclaración y DNI- dijo mostrando las líneas puntuadas, Ana anotó todo lo indicado por el hombre y agarró la caja, era más pesada de lo que parecía- no te puedo ayudar a llevarla porque tengo que seguir atendiendo- dijo y se fue detrás del mostrador, junto con otros dos hombres. Aguantó una risa indignada al girar y ver el lugar vacío, decidió que su orgullo era mayor que su indignación y cargó la caja hasta el auto.

No prendió la radio en el camino de vuelta, se concentró en escuchar algo dentro de su cabeza, sonrió al oír que la melodía eran las variaciones Goldberg, de Bach. Al llegar volvió a sonreír, al comprobar que la mujer seguía encerrada en el baño, y que todavía tenía pulso.

Se sentó en el suelo a armar el aparato, tuvo que desarmarlo varias veces debido que al final se encontraba con una pieza de más que no parecía tener un lugar, tardó más de tres horas en armarlo, ya eran las cuatro de la tarde cuando finalmente terminó y comprobó que la caminadora

funcionaba.

Se sentó en el sillón, agotada, preguntándose hacía cuánto no dormía, la respuesta no llegó a su mente, cerró los ojos para intentar recordar con más detalle y sin notarlo terminó dormida.

Capítulo 22

Capítulo 23

Pasó por lo menos cuatro horas más limpiando, sentía la nariz llena de polvo y cada tanto estornudaba, todo había quedado impecable, todo hasta llegar a las cuatro puertas del pasillo, que permanecían cerradas.

Se acostó sobre la mesa, igual que como lo había hecho cuando goteaba sangre, sonrió y sacó el paquete de cigarrillos del bolsillo, miró el único cilindro solitario que yacía adentro, lo había comprado hacía varios meses y lo había terminado en un par de semanas, incluso días, se preguntó si estaría comenzando a desarrollar una adicción.

Prendió el cigarrillo y miró al techo, se entretuvo viendo los nudos de la madera hasta que la luz natural fue casi nula. Reparó en que no había fumado el cigarrillo y volvió a sonreír, lo tiró a la basura junto con la caja al tiempo en que la mujer en el baño comenzaba a recobrar la conciencia. Escuchó un golpe conocido, el que hace un cuerpo cuando la persona se intenta parar y las rodillas no responden. Caminó sin prisa hasta la primera puerta del pasillo y la abrió, entró a la despensa y se dirigió directamente al congelador, lo abrió y sonrió al ver que el cuerpo no sufría la menor complicación.

-Tranquilo- dijo apoyando la mano sobre la miel y llevándose un dedo a la boca- no vas a estar4 solo por mucho más- rio para sí y salió cerrando con llave.

Se dirigió a la puerta de en frente, al abrirla la mujer cayó a sus pies, apenas moviéndose. No perdió tiempo y la agarró del cuello, como a un perro agresivo, metió la pastilla lo más cercana a su garganta posible y colocó la cabeza a 45°, como había leído en algún libro alguna vez. La mujer se resistió pero finalmente tragó la pastilla, la misma que había tomado horas antes en su café.

Pensó que sería inútil convencerla de que caminara así que la arrastró, recordándose que su cadáver sería más pesado. La sentó en el sillón, esperando a que el efecto de la Olanzapina pasara y a que la Escopolamina volviera a actuar, no estuvo segura de cuánto tiempo fue, pero ya era noche cerrada cuando la mujer pudo ponerse de pie.

Se sorprendió de que siguiera viva, o consiente, o de pie. Se preguntó si ella tendría la misma resistencia a las drogas.

Se tambaleó cuando la hizo subir a la butaca, casi parecía entender lo que pasaba, le pareció ver alguna expresión en sus ojos cuando enchufó la caminadora en el temporizador y éste en la pared, dudó cuando lo marcó

para tres horas después y volvió a dudar cuando la imaginó caer finalmente de la butaca. Sintió que escuchaba el ruido del cuello de la mujer romperse cuando le ataba las manos a la espalda y le pasaba el nudo corredizo por el cuello; se preguntó qué aspecto tendría cuando volviera a verla, no se respondió.

Colocó una silla frente a ella y se sentó, con las piernas cruzadas, la miraba a los ojos pero su mirada parecía perdida en algún espacio de su mente.

-Maté a una mujer- empezó a decir y desvió la mirada a la butaca- por su hipocresía de hablar de otros y no soportar los comentarios hacia su persona.- se miró las manos, recorrió las cicatrices de las palmas con las yemas de los dedos- Maté a un hombre, por su hipocresía de jurarle fidelidad a Dios y abusar de niñas.- sintió un temblor en los labios pero lo controló- Y ahora te voy a matar, por tu hipocresía de casarte y concebir una hija que no cuidaste- hizo una pausa para respirar- y que dejaste para que criaran otros- se sintió hipócrita por no haber dicho la verdad, se dijo que la que acababa de decir era la única verdad, se levantó y abrió la puerta que daba al exterior, la mujer la siguió con los ojos. Se detuvo en seco, reconsiderando lo que hacía.

Dio la vuelta y volvió hacia la silla, posicionando la computadora para que grabara toda la escena de en frente, puso la cámara a grabar y salió de la casa, cerrando con llave y acariciándose el cuello, casi sintiendo las cicatrices que habían quedado de hacía varios Septiembres.

Capítulo 23

Capítulo 24

Miró el reloj mientras el chico le preguntaba qué tipo de nafta iba a poner en su gol, lo dijo con media sonrisa, como si con su sueldo de empleado pudiera pagar un auto mejor, Ana decidió no sentirse ofendida por su sonrisa y le indicó llenar el tanque con el combustible más barato.

Pagó con tarjeta, sonriendo con suficiencia y estacionó frente a la despensa de la estación de servicio, bajó del auto olvidándose de cerrar con llave, como acostumbraba a hacer, faltaba una hora para que la caminadora se prendiera y arrastrara la butaca hasta el final de la cinta, faltaba una hora para que su último pariente muriera.

Se acercó a la cajera y le pidió un paquete de cigarrillos, no supo qué responder cuando le preguntó de qué tipo, dijo la primera marca que recordó y le pagó a la mujer, volvió a mirar el reloj, habían pasado dos minutos. Caminó de vuelta al auto y prendió un cigarrillo enseguida, lo fumó en menos tiempo de lo calculado y prendió otro, relajándose imaginando a la nicotina actuar en su cerebro.

Se puso en marcha veinte minutos después, llegando a su destino con veinticinco minutos de sobra, entró en el café y se sentó en la barra, procurando quedar bien visible para la cámara que reposaba en la esquina entre la pared y el techo. Era de noche así que el café era más bien un bar, agarró la carta y notó que no conocía ninguno de los tragos que mencionaban, pidió uno al azar, esperando que el alcohol actuara rápido y que su efecto terminara antes de que decidiera volver a subirse a su auto.

Rio ante la idea de morir en un accidente, se imaginó en un ascensor junto a su madre, esperando por su destino incierto, tomó del vaso y el sabor le desagradó, aunque procuró no demostrarlo, prendió otro cigarrillo, intentando no mirar el reloj, sabía que la mujer ya debía estar muerta.

Pasó más de tres horas en el lugar, había cenado dos veces y tomado tres vasos de líquidos de mal sabor, le había gritado al televisor cuando un equipo de fútbol que no conocía le metía un gol a otro equipo de fútbol que no conocía.

Volvió a pagar con tarjeta y caminó al auto, intentando averiguar si estaba en condiciones de manejar, se dijo que sí, aunque no estaba segura.

Tardó menos en volver, iba a mayor velocidad de la prudente, no había tráfico, pagó el peaje con un billete de cien y dejó caer el cambio en el asiento del copiloto, treinta minutos después estaba frente a la puerta de roble, con la mano en el picaporte, inmóvil.

Inspiró hondo y entró, la mujer yacía colgada como una lámpara, balanceándose ligeramente de un lado al otro, la caminadora seguía en movimiento, Ana la apagó y siguió observando a la mujer, cuya piel empezaba a cambiar de color.

Paró la grabación de la computadora y la miró en cámara rápida, hasta el momento en que la caminadora se ponía en funcionamiento, se escuchaban gritos y gemidos y se la veía intentando zafarse de las sogas. Finalmente la butaca caía de la cinta de la caminadora y la mujer caía. El cuello se rompía con un sonoro crujido y la cabeza quedaba en un ángulo completamente distinto al resto del cuerpo. Siguió temblando por los reflejos algunos minutos y finalmente quedó inmóvil. Eliminó el video y se acercó nuevamente al cadáver de su madre, el cuerpo estaba tenso e hinchado, las puntas de los dedos estaban amarillentas, reparó en que tenía las uñas pintadas, pensó en que nunca se las había pintado cuando vivían juntas.

Busco un cuchillo en la cocina, el mismo que había usado antes, cortó la soga y el cuerpo cayó al suelo, con un golpe sordo. Escuchó otro crujido y supuso que sería la nariz rompiéndose. Arrastró el cuerpo sujetándolo de la soga, lo llevó hasta la primera puerta y sin demasiado cuidado lo dejó con el otro cadáver. No se preocupó por taparlo con miel, no permanecería allí mucho más.

Las náuseas aparecieron cuando volvió al comedor y vio la otra mitad de la soga colgando inmóvil del techo. Se hicieron más fuertes cuando involuntariamente acudieron a su mente las imágenes de su infancia, cazando mariposas y jugando a las muñecas con su madre. Intentó buscar culpa o arrepentimiento, cualquier señal que indicara que no había disfrutado matando al ser humano que le había dado la vida, y que le había enseñado todo. No la había, la decisión había sido correcta.

Capítulo 24

Capítulo 25

Miró el reloj por tercera vez en cinco minutos, giró los ojos, pensando en la impuntualidad de la mujer. La escuchó antes de verla, caminaba a prisa y los tacones resonaban en el piso del hospital, la vio después de diez golpecitos sobre el piso, se vestía formal, igual que siempre, aunque desarreglada, Ana arrugó la nariz, pensando.

-Es tarde- dijo cuando llegó a la puerta y giró la llave en la cerradura- nunca llegás tarde.

-Está lloviendo- informó la mujer como si no supiera que existían las ventanas, abrió la puerta y se sentó en el escritorio, girando el cuello para hacerlo sonar. Hizo una seña indicando que podía pasar, Ana lo hizo, sin ninguna prisa.

-Y la lluvia ¿Te da miedo?- se sentó y cruzó piernas y brazos.

-No, me da miedo tener un accidente por no bajar la velocidad en una tormenta- tenía el maquillaje ligeramente corrido por la humedad, no sonrió, simplemente sacó la libreta y anotó la fecha.

-Así que te da miedo morir, curioso- se miró las manos- no pensé que fueras la clase de persona a la que le da miedo morirse.

-¿Y qué clase de persona creías que era?- se inclinó hacia adelante, interesada, aunque siguió sin sonreír.

-Del tipo al que solo le interesa el trabajo, no sería de extrañar siendo médica.

-Esa persona que describís no existe- dijo amagando una sonrisa que no salió.

-Yo soy esa persona.

-Si fueras esa persona no estaríamos acá hablando ahora- Ana no respondió.

-Estás de mal humor- le buscó la mirada pero se encontraba sobre la libreta-¿Es por tu hijo o por tu esposo?- la mujer dejó de escribir y Ana sonrió.

-No tengo esposo- se limitó a decir y se dispuso a seguir escribiendo- y

nunca te conté que tuviera un hijo.

-No hace falta que me lo cuentes- finalmente levantó el rostro para mirarla, pidiendo una explicación- a las personas sin hijos no suele darles miedo morirse- dijo sonriendo con suficiencia- ni tienen dibujos de personas sin manos en los cajones.

La mujer permaneció callada, dándoles espacio para que siguiera hablando. Se retrajo en la silla.

-Me imagino lo estresante que debe ser tu divorcio- cruzó los dedos sobre la rodilla- trabajar ocho horas o más en un psiquiátrico con un sueldo deficiente, y volver y encontrar todos los juguetes tirados de un chico de ¿Seis o siete años?- La mujer asintió.

-Siete.

-Siete- repitió- y por lo que veo- miró a la ventana, donde el paisaje de mediados de invierno acentuaba la frialdad de la habitación- está aprendiendo a dividir por dos cifras- miró a la mujer y su rostro indicó que estaba en lo correcto- un tema complicado para alguien de siete años, y tener que hacer todo eso sola… debe ser muy estresante- volvió a sonreír con suficiencia.

-Es agotador, no estresante. Cuando tengas hijos lo vas a entender- a Ana le desagradó la insinuación.

-Así que por eso ibas a terapia- dijo pensando en su conversación tenida hacía varias semanas- ¿Era terapia individual o en pareja? ¿Trataste de arregla tu matrimonio o fue de esas cosas que no se pueden arreglar?- la mujer inhaló profundamente antes de responder.

-No entiendo qué importancia tiene esto con tu terapia- dijo y volvió la vista a la libreta- hoy se cumplen dos años de tu estancia en el hospital- informó tratando de cambiar de tema.

-¿Tu hijo es rubio como vos o se parece más a su papá? Imaginá ver una copia de tu ex marido todos los días del resto de tu vida, no debe ser agradable.

-Es rubio y usa lentes como yo- respondió cortante- no hablamos mucho de tu infancia- dijo revisando las anotaciones de sus otras sesiones- no tomás medicación, no hablás de tu infancia, ni de cómo te sentís, ni de los homicidios, ni de nada. Llevás dos años de terapia sin ningún progreso- le informó cerrando la libreta de golpe y mirándola con expresión seria. Hubo un silencio incómodo que duró más de lo necesario, Ana miró al suelo- quizá tengamos que cambiar un poco el rumbo de la terapia- dijo esperando a que levantara la mirada de los cuadros blancos y negros del

piso- probar dándote más medicación, para que estés más relajada y dispuesta a hablar. Somníferos, así dormirías de noche en vez de pensar en lo que me vas a decir en la próxima sesión. Capaz podríamos meterte en alguna terapia de grupo, o actividades, pintura o música- Ana arrugó la nariz y se cruzó de brazos.

-No creo que sea necesario.

-Vos no sos la psiquiatra- Frunció los labios al ver que iba a tener que ceder.

-Te voy a hablar de mi infancia cuando tenga mi título.

-Ya hablé de eso, vas a tener que volver a hacer tu tesis- dijo, mirándose ahora ella las manos- vas a tener permiso de usar una computadora con internet dos horas al día. Con supervisión constante- agregó.

-Me parece bien-dijo sonriendo.

-Pero yo voy a dar el permiso para que lo puedas empezar a usar, así que- miró el reloj que colgaba en la pared, eran las diez- te queda media hora para convencerme- sonrió y cruzó una pierna sobre la otra.

-Es la primera vez que sonreís en treinta minutos- se cruzó de piernas también- dispare, doctora.

-¿Cómo te hiciste esa cicatriz?- apuntó a la línea rojiza que le rodeaba el cuello. Ana se enderezó, incómoda.

-En los informes policiales dice cómo me la hice.

-Dice que fue un incidente de cuando tenías nueve años, nunca especificaste a la policía cómo había sido.

-¿Y por qué crees que no?- ahora era ella quien empezaba a ponerse de mal humor.

-No sé, contame.

Pasó los siguientes veinte minutos hablando de los sucesos del primero de Septiembre del 2001, desde el principio, con la salida para comprar las cosas necesarias para cocinar, la parada en la plaza, el gato, los gritos, el incendio. Hizo una larga pausa antes de hablar de lo sucedido entre el humo, la voz se le volvió más baja cuando contó cómo había matado al animal y después la había intentado asfixiar enrollándole una cortina en el cuello.

-¿No lo volviste a ver después de eso?- Ana se miró los dedos torcidos, nunca habían vuelto a la normalidad después de que se los rompieran el día del incendio.

-No, me fui a vivir con mis abuelos- respondió, todavía mirándose las manos.

-¿Y tu mamá?

-No se sentía en condiciones de cuidarme- evitó subir la mirada, no quería ver su cara de lástima- se divorciaron pero después volvieron a estar juntos.

-¿Y no te volvió a contactar? ¿Ni a vos ni a tus abuelos?

-Los llamó para decirles que su hijo se había muerto, ellos me dijeron a mí para preguntarme si quería ir al velorio.

-¿Y fuiste?

-No- respondió cortante, no le gustaba para nada esa conversación. Adivinó la siguiente pregunta y respondió antes de que la psiquiatra hablara- Tuvo un accidente de auto, saliendo de un bar, tengo entendido, derrapó por la lluvia, así como te da miedo morir a vos.

-¿Y tu mamá no trató de reconciliarse después de eso?

-No, se volvió a casar. No tuvo más hijos, pero dejó de trabajar.

-¿Y tus abuelos?

-Ella falleció hace ocho años, cuando terminé el secundario, él se murió unos meses después. Me heredaron todo, con eso pagué la carrera, y el título que no me quieren dar- la doctora no hizo más preguntas, cuando el reloj de la pared marcó las diez y media en punto Ana se levantó y salió de la habitación sin decir nada.

Capítulo 25

Capítulo 26

Despertó por el dolor punzante en el cuello, había dormido mucho más de doce horas, el sol estaba apenas por encima del horizonte cuando miró por la ventana, el reloj indicaba que eran las siete de la tarde, había dormido todo el día.

Se crujió cada articulación que pudo y caminó a la despensa, sintió que el olor ya no era el mismo y maldijo internamente por quedarse dormida. El olor le volvió a producir náuseas y corrió al baño, no vomitó, no había nada más que pudiera expulsar.

Se situó frente al espejo y notó por primera vez su presencia, puso una mano en el cristal, recorriendo las facciones reflejadas. No había prestado atención a su aspecto desde hacía unos trece años, le parecía una pérdida de tiempo. Se sintió ordinaria, no era diferente de las demás mujeres que cruzaba todos los días en la calle.

Se miró el cabello, oscuro, que llegaba por debajo de los hombros, ella misma se lo cortaba sin la necesidad de verse en un espejo, era naturalmente lacio y grasoso, consecuencia del descuido. Los ojos no eran diferentes, oscuros también, rodeados de pestañas cortas, nada excepcionales. Tenía labios finos, no demasiado rosados y rotos por la sequedad de su rostro, no había demasiadas ojeras aunque sí eran notorias; tenía la piel seca y la nariz delgada, como el resto de su cuerpo, no había ni un rastro sonrosado en sus mejillas ni alguna iluminación en su sonrisa, tenía el cuello largo y pálido, como el resto del cuerpo, flaco, casi desnutrido. Lo único que parecía diferenciarla del resto de la población femenina del lugar era la línea aún rosada que le rodeaba el cuello, sonrió ligeramente al verla y notó como aparecía una arruga debajo del ojo, sonrió aún más y la arruga se acentuó. No sabía si era atractiva, no conocía el actual concepto de atractivo y tampoco le interesaba conocerlo, era común, al menos externamente; le alcanzaba por el momento.

-Pero soy la única Ana López con esta cicatriz- le dijo al reflejo y Salió de la habitación.

Permaneció recostada sobre la mesa hasta que el sol y su respectiva luz desaparecieron, cuando caminó con lentitud hacia el congelador desconectado, y sacó el cadáver de arriba. La mujer tenía mal olor y la cara espantosa, como si todo el aire que no había llegado a sus pulmones

se hubiera acumulado debajo de sus mejillas.

La arrastró con la soga por el piso, notando que le costaba más que la primera mujer, no quiso subirla a la mesa y la dejó sobre el suelo, el cuchillo estaba a su costado, junto con varias toallas, no estaba dispuesta a limpiar. Buscó las venas en el brazo izquierdo e hizo un corte desde la muñeca hasta el comienzo del codo, enterrando una considerable parte del cuchillo. La sangre brotó enseguida y manchó la toalla de rojo, tardó varios minutos en perder intensidad.

Dejó que la sangre saliera mientras buscaba al otro hombre, pensó si realmente valdría la pena limpiar la miel, si realmente eso pudiera dar un indicio de su paradero; una vocecita en su interior le dijo que no había que arriesgarse. Tardó horas en terminar de limpiar la miel del cuerpo del hombre, mucho más de lo que tardó la mujer a su lado en vaciarse.

Estrujó las toallas en el baño y vio como la sangre se iba por el desagüe, dejó las toallas en remojo con cloro, sabiendo que de todos modos las iba a quemar.

Se sintió incómoda cuando desabrochó las prendas superiores de ambos sujetos, sintió que por respeto debía poner de espaldas a la mujer, decidió cortarla a ella primero.

Abrió un cajón de la cocina y tanteó el fondo, buscando el orificio por entre los cubiertos, lo encontró y tiró de el para sacar el fondo falso, debajo quedaban carias fotos, buscó las correspondientes a cada cadáver, las sacó y volvió a poner el fondo en su lugar.

Puso la foto al revés, por algún motivo no quería verla antes de finalizar la obra, la colocó debajo de los omóplatos y midió dónde haría los cortes, hizo un punto con el cuchillo donde empezarían y donde finalizarían, dejó la imagen a un costado.

La mujer empezaba a tener la piel suelta, aun a pesar de eso le costó atravesar las capas de la piel con el cuchillo. Hizo los cuatro cortes diagonales, con el espacio suficiente como para encajar la foto y que las esquinas quedaran debajo de la piel, luego procedió a hacer lo mismo con el hombre, ninguno sangró demasiado.

Cargarlos hasta el auto fue lo más complicado, el hombre debía pesar el doble que la mujer, procuró que el cuerpo no tocara la tierra para evitar ponerse en riesgo. Amontonó los cuerpos en el baúl y la puerta apenas cerró, se aseguró de que ambas fotos estuvieran en su bolsillo cuando giró la llave del auto y salió a la autopista, donde reinaba una paz absoluta.

Manejó durante un par de horas, escuchando sólo la interferencia de la radio, sin tener claro a dónde se dirigía, esquivó las estaciones de servicio hasta donde pudo, aunque sin poder evitar pasar por alguna, llegó a un pueblo que no conocía, las calles estaban desiertas y sin iluminación, al igual que las casas y las plazas públicas, había habido un apagón en toda la zona. Ana sonrió ante su suerte.

Estacionó en una calle de tierra entre un colegio y una plaza, miró alrededor, buscando cualquier indicio de cámaras o de luces, no había nada, ni nadie. Bajó del auto y abrió el baúl, el olor le hizo arrugar la nariz; bajó los cuerpos con más facilidad que antes y los depositó uno encima del otro, como una cruz, el hombre estaba debajo, con los cortes en el pecho, y la mujer de espaldas encima, con los cortes en la espalda. Le pareció una imagen adecuada para que la policía los encontrara depositó las imágenes en sus respectivos cuerpos y retrocedió para ver la imagen, a pesar de la oscuridad sentía que distinguía todo perfectamente.

La imagen del hombre lo mostraba con un grupo de chicos de no más de diez años, todos vestidos de blanco, la había sacado de internet, del perfil de alguien cuyo hijo acababa de tomar la primera comunión, el Padre tenía la mano sobre el hombro de una chica rubia, la más bajita del grupo.

La de la mujer era distinta, no la mostraba ni a ella ni a nadie, eran palabras, era una simple imagen blanca con letras negras.

"Me comprometo solemnemente ante Dios y en presencia de esta asamblea a pasar mi vida en pureza y practicar mi profesión fielmente. Me abstendré de todo lo que sea perjudicial y travieso y no tomaré ni administraré a sabiendas ninguna droga dañina. Haré todo lo que esté en mi poder para mantener y elevar el estándar de mi profesión y mantendré en confianza todos los asuntos personales comprometidos con mi mantenimiento y todos los asuntos familiares que conozco en la práctica de mi vocación. Con lealtad me esforzaré por ayudar al médico en su trabajo y dedicarme al bienestar de aquellos comprometidos con mi cuidado."

A su madre le gustaba repetir el juramento de vez en cuando, le pareció que reflejaba exactamente su hipocresía.

Subió al auto y vio por última vez su obra, salió del lugar manejando mucho más rápido de lo que la velocidad máxima establecía. La radio funcionó todo el camino de vuelta, como si la pérdida de peso le hubiera dado señal. Llevaba las dos manos en el volante cuando escuchó una canción vagamente familiar que le recordó su niñez. La reconoció de los días de limpieza en que sus dos padres ayudaban a ordenar la casa, y ella los observaba desde el balcón. Subió el volumen mientras intentaba

recordar el nombre, ya iba a la mitad de la canción cuando las palabras aparecieron en su mente.

-Virtual Insanity- dijo en voz alta cuando el nombre apareció, subió el volumen aún más tratando de acordarse del nombre del grupo que la cantaba pero no lo logró.

Subió el volumen al máximo y prendió un cigarrillo. Sacudió la cabeza al ritmo de la música y aceleró, haciendo chirriar las ruedas en el suelo, dejando una marca en el asfalto. Procuró guardar la canción en su mente y la reprodujo hasta que llegó a la puerta de roble.

Capítulo 26

Capítulo 27

El teléfono sonó a las seis de la mañana. Consideró dejarlo sonar pero la curiosidad ganó, salió de la habitación, donde su mujer todavía dormía profundamente, y atendió.

-Billis- habló al aparato con voz ronca- ¿Qué consideraste que era tan importante como para llamarme a las seis de la mañana?-intentó sonar disgustado pero realmente no lo estaba. El otro tardó varios segundos en responder.

-Hay más-se limitó a decir.

-¿Más qué?- comenzó a irritarse nuevamente, sintió que trabajaba con gente demasiado inútil.

-El caso de la vieja, de la señora- se corrigió- Leticia, la que tenía las fotos- la imagen de la escena de la mujer muerta invadieron la mente de Bianchi, se humedeció los labios, que de pronto había empezado a sentir secos. Había pasado mucho desde la aparición del cadáver y todavía no tenían avances, había dado el caso por perdido.

-¿Más información?- había dejado a Billis y a Sánchez a cargo del caso, no tenía demasiado interés en trabajar sin obtener resultados.

-No-dudó y tardó en responder, parecía avergonzado- hay más víctimas.

No había mucho tráfico todavía, aun así tardó más de una hora y media en llegar al lugar. Era un callejón con una calle de tierra, había patrullas y policías alrededor por lo que no alcanzó a ver nada hasta que se acercó. El que conocía como Sánchez se acercó.

-Llamaron esta mañana, como a las cinco. Llamó esa mujer- señaló a una mujer llorosa que hablaba con un policía que tomaba notas- habló con la policía del lugar y ellos nos avisaron porque había similitudes con el caso que salió en las noticias- lo dirigió hasta los cadáveres, estaban depositados uno encima del otro en forma de cruz, se agachó para examinar las fotos.

-¿Y esto?- señaló la imagen de la espalda de la mujer.

-Lo busqué cuando llegamos, es la promesa de Nightingale, un juramento que hacen los enfermeros- explicó- al parecer la mujer era enfermera- el hombre parece un Sacerdote o algo así, por la foto- examinó la foto, en que se veía al hombre con varios niños en lo que parecía una iglesia.

Escuchó el paso pesado y rítmico de Billis detrás de él.

-Me parece que los identificamos- informó- al menos a él, es el Padre Jeremías, o así se hacía llamar en la iglesia, vivía no muy lejos de acá, lo reportaron desaparecido hace poco. Ella concuerda con el perfil de una mujer desaparecida desde ayer, por lo menos, lo reportó el esposo cuando llegó de Rosario y no la encontró en la casa, la llamó varias veces y nunca contestó. Está viniendo a identificarla.

-¿Hay alguna relación entre ellos dos y con la última víctima?

-No que sepamos, todavía no interrogamos a nadie además de la mujer- señaló hacia atrás, donde la mujer que hablaba con el policía seguía llorando- pero no parece haber mucha similitud en los casos.

-Los tres murieron de maneras distintas- habló Sánchez, con las manos en los bolsillos- la primera por un golpe en la cabeza, al hombre le clavaron un cuchillo en el cuello y a ella al parecer la colgaron, se rompió el cuello.

-Pero todos tienen las mismas marcas y todos tienen fotos- agregó Bianchi, paseó los ojos por toda la escena intentando descubrir algo, se le dilataron las fosas nasales, aspiró con profundidad intentando identificar el aroma.

-Parece hecho por la misma persona pero no parece haber una razón lógica- Billis hacía lo mismo que Bianchi, aunque sin éxito.

-Hay olor…- no terminó la oración porque Sánchez lo interrumpió.

-Miel-dijo y se agachó junto con los otros dos para sentir mejor el aroma- es miel.

-No tiene sentido- los tres se pararon, Bianchi se frotó las manos- llamen urgente a los últimos que los vieron, los quiero interrogar a todos en mi oficina- salió del lugar y subió al auto, sintió la necesidad de prender un cigarrillo, a pesar de que lo intentaba dejar, se detuvo al notar que la adrenalina del momento producía el mismo efecto. Aceleró, sonriendo complacido.

-Sancho- dijo Billis estirando la espalda- parece, que tenemos un asesino en serie- reprimió una sonrisa, aunque sin mucho éxito.

-Capaz, o son tres personas que hicieron enojar mucho a alguien- no sonrió, a diferencia de sus compañeros- es culpa nuestra- Billis lo miró confundido- que estén muertos, es culpa nuestra.

-No seas pelotudo, sancho- respondió girando los ojos- ¿Cómo va a ser

culpa nuestra? No podíamos saber que el tipo iba a seguir matando

-No quisimos saber, no le pusimos interés al caso, la vieja era insoportable, ya sabemos, pero ellos… no se merecían esto, él era un hombre religioso, tanto que dedicó su vida a predicar la biblia, y ella… seguro fue una pobre mujer que estaba en un mal momento en un mal lugar, una buena esposa que capaz tenía hijos. Si hubiéramos investigado más y encerrado a ese hijo de puta, no estarían muertos.

-A ver, no saquemos conclusiones, capaz eran re buena gente o capaz eran unos hijos de putas, no sabemos, y esto no es culpa nuestra, ahora vamos a hacer todo lo posible por encerrar al tipo y que no lo vuelva a hacer. Echarte la culpa no nos va a ayudar en nada.

-Sí, capaz tenés razón- se metió las manos a los bolsillos al tiempo que un hombre corría hacia donde estaban.

-¡Cecilia!- gritó y casi cayó arriba del cuerpo. Ambos policías lo agarraron por los hombros.

-Es una escena del crimen, no la puede tocar- el hombre parecía más disgustado que apenado.

-Es mi esposa- afirmó.

Cuarenta minutos después dos hombres más llegaron, identificaron al otro cadáver como el Padre Jeremías y se arrodillaron a rezar a su lado. Tardaron otros veinte minutos en convencerlos de subir al auto para ir a hablar con Bianchi y 120 minutos más en llegar al lugar.

Bianchi los hizo pasar uno por uno, empezando por el esposo de la mujer.

-¿Su nombre?- preguntó sacando una libreta.

-Alonzo Germano- escribió con una cursiva desprolija.

-¿Cuándo la vio por última vez?

-Hace una semana, antes de irme a Rosario. Cuando volví no estaba, pensé que estaría con alguna amiga pero ninguna sabía nada, ni contestaba el teléfono, a la mañana no había vuelto así que llamé a la policía.

-¿Para qué viajó?

-Fui al hospital, a presentar unos materiales quirúrgicos nuevos, vendo cosas- aclaró antes de que el detective le preguntara- invertí en eso porque a ella le emocionaba, como era enfermera…

-No parece muy apenado por el suceso- el hombre amagó a ofenderse- si me miente lo voy a saber, y se va a convertir en sospechoso- permaneció callado un momento, finalmente respondió.

-Estuve con alguien en Rosario- miró al suelo- la conocí en el hospital, es enfermera como ella, solo que más joven y enérgica- Bianchi evitó mirarlo para que no notara su rostro de repulsión- hacía tiempo que no se esforzaba, y yo tengo necesidades, estuve pensando en pedirle que nos separemos, pero creo que ya no- no supo identificar la emoción del hombre al hablar de ello.

-¿Hacía cuánto estaban casados?

-Nos conocimos en el 2003 y nos casamos en el 2006. Se iban a cumplir diez años.

-¿Y en qué momento de esos diez años se cansó de su mujer?

-Me parece que la pregunta no viene al caso.

-Responda.

-como tres años después de que nos casamos- pareció adivinar la siguiente pregunta porque siguió hablando- yo vivía de viaje, a las enfermeras les gustan los hombres con plata, y yo tengo mucha guita, no se me dificultaba conseguir pareja, nada permanente. Hasta que la conocí; me gustó, pero me gustó distinto. Seguí con ella mientras todavía viajaba, le era fiel, después nos casamos y compramos la casa- hizo una pausa larga- y ella quiso dejar de trabajar para ocuparse de eso y tener tiempo para cuidarse. No quería hijos, ni perros, ni nada, se volvió un poco fría, hablaba por teléfono todo el día, se enfermaba muy seguido y pasaba muchas horas fuera de casa. Se enojó cuando le dije que pretendía retomar mis viajes, pensó que la iba a dejar- el policía lo miraba con asco- remé mucho la relación pero este último viaje vi a esa chica y no me aguanté, no valía la pena seguir en una relación que no era mutua.

-Entiendo- se limitó a responder- ¿Nunca fue agresivo con ella?

-Jamás le levanté la mano.

-¿Y psicológicamente?

-Creo que el daño psicológico me lo provocaba ella a mí.

-¿Ella no daba señales de querer suicidarse?

-No creo, al menos nunca me di cuenta.

-Obviamente- dijo y cerró el cuaderno.

-Me parece que no es su trabajo juzgarme.

-Limítese a buscar la forma de demostrar que no estuvo presente en el momento en que la mataron- salió de la oficina, afuera se encontraban los otros dos detectives, uno hablaba por teléfono y el otro escribía en una computadora.

-¿Cómo fue?- preguntó Billis, mientras colgaba el teléfono.

-Un pelotudo, pero no parece que sea. ¿Y los otros dos?

-En la sala de espera ¿Con cuál querés hablar primero?

-Cualquiera, dudo que sea alguno de estos tres, debió ser alguien completamente externo a la situación- el teléfono volvió a sonar, Billis contestó, habló unos segundos y anotó algo en un cuaderno antes de colgar, sonrió.

-Era la policía, al parecer la mujer ya había tenido problemas- abrió la computadora y escribió un nombre.

-¿Cecilia López?- Bianchi se había acercado a la computadora.

-El anterior apellido de la mujer, ya había estado casada- volvió a sonreír, satisfecho con su trabajo, hizo click en el enlace de una noticia, Bianchi leyó en voz alta para Sánchez, que había dejado lo que estaba haciendo para prestar atención a ellos.

-Padre intenta asesinar a su hija de nueve años - era un título prometedor, pensó, arrugó la frente y comenzó a leer la noticia- tras el comienzo de un incendio en su casa, incendio que según el hombre fue iniciado por la niña, el padre intentó asfixiar a su hija, de tan solo nueve años de edad, con una cortina; dicho acto casi logra su cometido de no ser por el repentino desmayo del hombre a causa del humo. Los bomberos lograron sacarlos a ambos a salvo del lugar, ninguno tenía quemaduras graves. La madre de la niña se encontraba en el hospital cuando se enteró de lo ocurrido; no por un llamado de la policía sino cuando vio entrar a su familia en dos camillas en urgencia. Se nos informó que todos se encuentran físicamente bien, aunque la mujer se niega a dar

declaraciones.

-En los informes no aparece que tenga una hija- informó Sánchez tras escribir algo en su computadora. Billis entró a una noticia, publicada una semana después.

-Si no dio declaraciones ¿Cómo se enteraron de que la intentó matar?- preguntó Billis mientras la página de la noticia cargaba.

-Todo se filtra- respondió Bianchi y volvió a leer- Tras una semana de hospitalización, Ana López, la niña de nueve años que fue atacada por su padre, por fin sale, sin más que un par de cicatrices y unos dedos entablillados. Una noticia que nos alegra a todos, excepto a su madre, quien se ha negado a ocuparse de la niña, alegando que no fue su responsabilidad lo sucedido y que no quiere tener nada que ver con su hija. La niña fue escoltada por la policía a casa de sus abuelos, padres del agresor, que manifestaron su indignación ante el acto de su hijo y la actitud de su nuera. Han dicho que cuidarán con gusto a la niña y harán los pedidos para una adopción formal- hizo una pausa profunda, para asimilar lo leído, Billis continuó.

-El atacante, por otro lado, todavía se encuentra en el hospital, inventando dolencias para postergar lo inevitable, la cárcel. Ni la esposa ni la hija manifiestan deseos de verlo y nos han informado de peticiones para que se le dé la mayor sentencia posible. El juicio será en cuanto el hombre se encuentre en condiciones de salir del hospital. Continuamos esperando cualquier tipo de información.

-¡Qué espanto!- dijo Sánchez, enderezándose en su asiento- imaginate, vivir un trauma así y ni siquiera contar con tu mamá- se llevó una mano a la mandíbula, pensando.

-Y vos que decías que era una pobre mujer- respondió Billis.

-Cierren la boca- Bianchi sentía una mezcla de emociones, ira, tristeza y animación por el nuevo hallazgo- Quiero hablar con esa chica ¿En qué año fue esto?

-2001- dijo Billis, buscando la fecha de la noticia- unos meses antes de la crisis.

-En 2003 conoció al pelotudo con el que se casó- dijo Bianchi revisando su libreta- mucho tiempo de duelo no tuvo- puso la cara completamente seria- quiero a esa chica acá a más tardar mañana- dijo y salió en busca de los dos hombres en la sala de espera.

Capítulo 27

Capítulo 28

Ana recibió la llamada a las tres de la tarde de ese mismo día, mientras dormitaba en el sillón con una taza medio vacía en la mano. Supo de qué se trataba incluso antes de contestar.

-¿Hola?- había dicho.

-¿Ana López?- respondió la voz de un hombre joven.

-Sí, ¿Por? ¿Quién habla?- dijo con sorpresa actuada.

El hombre la había citado para un interrogatorio en una policía que no quedaba tan lejos, acordaron encontrarse a las cinco de la tarde, en seguida había entrado al baño para ponerse presentable, no había logrado un gran cambio pero había sido efectivo.

Estacionó el Gol en un estacionamiento en mal estado, divisó al policía, que la observaba desde la ventana. No sonrió ni saludó, se limitó a caminar hasta la entrada.

-Te me hacés conocida- fue lo primero que dijo el hombre.

-Lo dudo mucho- se limitó a decir y se dirigió a donde la mano del policía indicaba.

Se sentó frente al escritorio, en una silla de madera, dura e incómoda, se removió, estaba segura, aunque un atisbo de duda amenazaba con arruinar su tranquilidad.

-Señorita López, le pedí a mis compañeros que la llamaran porque- Ana lo interrumpió.

-Por favor, dígame Ana. Señor…

-Bianchi- respondió- entonces, Ana, la llamé para informarle, y para interrogarla- agregó- sobre su madre- la miró a los ojos, esperando una reacción, no parecía haberla.

-Disculpe, detective, pero no tengo mamá.

-No, me imagino que dejó de considerarla como madre después de su incidente. Lo estuve investigando, aunque quizá prefiera contarme su

versión de los hechos.

-¿Del intento de mi progenitor de matarme? No hay mucho que contar, prendí fuego mi casa por distraerme cocinando y el me intentó matar. Nada más.

-¿Qué pasó cuando se despertó en el hospital?

-Pasó hace mucho tiempo, señor Bianchi.

-Trate de acordarse, es importante.

-Les conté a los doctores lo que había pasado y ellos avisaron a la policía, me interrogaron y no los volví a ver hasta que salí del hospital. Me costaba mucho hablar, me dolía la garganta.

-¿Por qué su madre no se la llevó a casa cuando salió?

-Me culpaba por lo que pasó, creía que había incendiado la casa para hacerlo enojar. Él la maltrataba, era susceptible y fácil de manipular, supongo.´

-¿Qué tipo de maltrato?

-Supongo que en su mayoría psicológico, le tenía miedo, no la golpeaba, hubo un par de peleas graves pero no era costumbre. En su momento no lo había notado, claramente.

-Entonces se fue a vivir con sus abuelos ¿No?

-Sí, unos meses después hicimos la adopción formal, cuando lo metieron preso.

-¿Y ella no la volvió a buscar?

-No, estaba más cómoda sola.

-¿La volvió a ver a ella o a su padre?

-No, él salió de la cárcel antes de cumplir un año de sentencia. Y volvieron a estar juntos- Bianchi pareció sorprendido.

-¿Hasta cuándo?

-Él se murió como un año después, en un choque. Tengo entendida que después ella se volvió a casar.

-¿Y no la volvió a contactar en quince años?

-No, nunca- lo miró a los ojos, era cierto lo que decía, Ana la había contactado a ella.

-Debió generarle mucho rencor, que la abandonara en un momento así.

-En su momento me sentí dolida, pero me criaron bien, fui feliz lo que me quedó de niñez y adolescencia. Mis abuelos me cuidaron y hasta me pagaron la facultad, así que creo que al final fue algo bueno.

-Supongo que sí- anotó algo en la libreta.

-¿Me llamaron para esto?- el policía la miró a los ojos.

-En parte, la llamé principalmente para informarle que su madre murió- Ana subió las cejas, desinteresada- la mataron.

-¿Quién?

-No sabemos, la mataron a ella y a este hombre- le mostró una foto de la segunda víctima, reprimió una sonrisa- ¿Le resulta conocido?

-No- respondió con seguridad- no lo había visto hasta ahora.

-¿Y ella?- mostró una foto sacada semanas antes, del primer cadáver hallado.

-Me parece que es la que salió en el diario, pero tampoco la conozco ¿Por qué?

-Creemos que fue el mismo asesino- se limitó a decir y revisó su libreta- ¿Dónde estaba anoche entre las doce y las tres de la mañana?- Ana lo pensó unos segundos, respondió decidida; complacida por su actuación.

-Fui a cenar a un bar, me compré una caminadora y estuve haciendo ejercicio toda la tarde, me merecía un gusto. Le puedo dar la dirección si quiere.

-Sería muy útil. Gracias- Ana escribió la dirección en un papel y salió de la oficina, afuera habían otros dos hombres, Bianchi les dio el papel y les dio instrucciones al oído, salieron del lugar con prisa- Seguramente tengamos que hablar de nuevo, esté atenta.

-Nos vemos, señor Bianchi- Sonrió y caminó al auto- En el momento en que la vio sonreír supo de dónde se le había hecho familiar, la miró hasta

que abrió la puerta del auto.

-Pará- gritó y se acercó, abriendo la libreta nuevamente- Sí nos conocemos, estabas cerca de la casa de la mujer el día antes de que la mataran- la miró con desconfianza.

-No sé de qué me está hablando, detective, paso todos los días sentada en mi comedor tratando de redactar una tesis.

-No te hagas la pelotuda, nena- Ana se sintió sinceramente ofendida ante la falta de profesionalidad- te vi, en el semáforo, un Gol blanco que manejaba una pibita que no avanzaba.

-Le repito que no sé de qué me habla, señor.

-Te vi, vivo por ahí así que estoy seguro de que eras vos.

-Lo que haya visto y lo que pueda probar son cosas muy distintas, detective- lo miró a los ojos con media sonrisa, aunque sumamente seria- No sé de qué habla, capaz me confunda con alguien más. Es algo normal, con la edad, todo se deteriora, los ojos empiezan a fallar, nos muestran cosas que no hay. Todo falla, Bianchi, los ojos, los pulmones, los riñones, el cerebro, todo falla cuando se envejece, incluidos los órganos sexuales- el hombre la miró con atención, serio.- la virilidad se comienza a desvanecer… falla todo, nos volvemos incompetentes, incapaces, hasta de saciar las necesidades de nuestras parejas… pero eso ya lo sabía ¿No?- sonrió y giró la llave, el motor ronroneó. El policía la miraba con los ojos muy abiertos.

-No me conocés- empezó a decir.

-Es cierto, ni usted a mí, no nos conocemos, me alegra que lo entienda. Nos vemos, Detective. Suerte esta noche- guiñó un ojo y el auto salió con rapidez en reversa, en seguida se perdió entre los demás autos de la calle, Bianchi se quedó parado en el estacionamiento unos cuantos minutos. Sacó el celular del bolsillo, uno sumamente viejo, que no estaba dispuesto a cambiar, con teclas y tapa, marcó un número de memoria.

-¿Señor?- atendió Billis- estamos yendo al restaurante, estamos como a media hora- informó.

-La vi cerca de mi casa el día que desapareció la mujer- le dijo- vivo en el mismo pueblo que la víctima, la crucé en un semáforo, estoy muy seguro.

-¿Es sospechosa?

-Sí, dijo que no había tenido contacto con la mujer hacía quince años, mintió, investiguen bien la coartada y vayan al pueblo donde vivía la

víctima, busquen cualquier grabación que haya del semáforo del cruce de las calles Belgrano y Molles- dijo, imaginó al hombre anotando con rapidez todo lo que le decía- ¿Entendido?

-Sí, nos fijamos- no dijo nada más y cortó. Marcó otro número de memoria, esta vez atendió la voz de una mujer, su mujer.

-Felippo- dijo con voz nada dulce- ¿Qué pasó?

-¿Con quién hablaste?- habló con brusquedad pero en seguida entendió que la llamada no llevaría a nada, cortó y miró al cielo- Hija de puta- dijo apretando los dientes- Hija de puta.

Capítulo 28

Capítulo 29

Miró el reloj, marcaba las nueve, sabía que no era así, nunca había cambiado la zona horaria así que tendría uno o dos minutos de diferencia. Caminó deprisa, mirando las baldosas del suelo, eran blancas y negras, había veinte en total, todas dispuestas una junto a la otra intercalando los colores, agilizó el paso, con el corazón acelerado, no estaba muy segura de por qué los nervios.

Tardó casi medio minuto en llegar a su destino, todavía estaba vacío, exceptuando por la enfermera. Entró sin saludar, era una mujer joven, que mediría poco más de un metro y medio, tenía el cabello recogido y el uniforme planchado, se fijó en sus zapatos, eran planos y delgados, como ella.

La mujer limpiaba las mesas, se notaba que el trabajo le desagradaba, tenía una ceja mucho más baja que la otra y sus labios formaban una perfecta línea recta, pasaba el trapo con fuerza sobre las superficies redondas que eran las mesas para interactuar.

Entró con la cabeza abajo, como quien no quiere molestar, la mujer la siguió con la mirada pero no dejó lo que estaba haciendo. Ana caminó con paso firme a la esquina de la habitación, donde una serie de estanterías y muebles permanecían en perfecto orden; tiró de la perilla de una de las puertas del primer mueble, se abrió con un chirrido, la enfermera la miró con fastidio.

-Ninguno de esos lo vas a poder usar sola- dijo y se puso la mano en la cintura, mojando el uniforme con el líquido del trapo, pareció irritarse con Ana, aunque la culpa era exclusivamente suya.

-No planeaba hacerlo- respondió girando los ojos, se agachó para tener una mejor vista de las cajas de abajo- busco un juego- dijo sintiendo la mirada de la mujer en su espalda- que me encargó llevar hoy mi doctora- mintió.

-Los juegos no salen de acá, te tiene que haber dado un papel con firma y sello para que te autoricen- escuchó los pasos rápidos que se acercaban.

-Metiche- pensó pero no lo dijo, en lugar de eso se giró para verla a los ojos, medía casi una cabeza menos que ella.

-Me dijo que ella iba a hablar con el encargado- la miró a los ojos con fastidio, los de ella expresaban lo mismo- además, ¿Para qué me iba a

robar un juego de mesa?

Agarró una de las cajas que estaban al fondo, tenía una fina capa de polvo al frente, indicando su poco uso, el ajedrez no era de los juegos favoritos de los enfermos mentales. La mujer no parecía dispuesta a ceder, puso una mano encima de la caja e hizo un gesto que gritaba “hacé la prueba”.

-Va a ser varón ¿No?- dijo e hizo la sonrisa más creíble que pudo, el rostro de la enfermera cambió bruscamente, se llevó instintivamente una mano al vientre. Ana actuó su sorpresa- ah ¿Entonces no sabías? Disculpame, capaz preferías que fuera sorpresa.

-¿Qué mierda estás diciendo?- respondió con brusquedad, se había alejado un par de pasos de ella, Ana se llevó cautelosamente la caja de ajedrez detrás de la espalda.

-Tu embarazo- le señaló la mano- ¿Cuánto? ¿Dos? ¿Tres semanas?- volvió a sonreír, ahora con burla- no te hagás la que no sabés, lo venías sospechando ¿No? De ahí tu mal humor.

-¿Quién te dijo?- cambió de posición, llevando el peso de una pierna a la otra, a la defensiva.

-Nadie, tenés tobillos gordos y actitud de mujer embarazada- la miró de arriba abajo instalando la duda en la enfermera.

-¿Por qué tanto miedo?, los hijos son bendiciones ¿No?- soltó una carcajada, sumamente sincera, los ojos de la mujer se volvieron vidriosos, salió trotando de la habitación, probablemente fuera al baño, o a la enfermería a robar un test. Ana sonrió y cerró la puerta del mueble, caminó sin prisa a la puerta del consultorio que visitaba cada semana, sin falta.

El reloj marcaba las nueve y cuarto cuando se abrió la puerta.

-Llegaste temprano- fue lo primero que dijo, parecía sorprendida, aun así sonrió, tenía una taza en la mano.

-Soy blancas- se limitó a decir y entró sin esperar invitación, se sentó en su lugar de costumbre y comenzó a bajar todo lo que había en el escritorio al suelo. La psiquiatra no dijo nada, la observó dando pequeños sorbos a la taza, entrecerrando un poco los ojos cada vez que se quemaba la lengua, cuando todos los objetos estuvieron en el suelo, se situó en su silla; Ana ya había comenzado a preparar el tablero.

-¿Vamos a jugar al ajedrez?- preguntó la mujer cruzándose de piernas,

mirándola con atención.

-No, vamos a armar un rompecabezas- dijo con sarcasmo y rio, la doctora permanecía seria- yo ya te di mucha información mía, es justo que sea mutuo.

-La psiquiatra soy yo- respondió apoyando los codos en el escritorio, estaba de buen humor- no es mi mente la que está perturbada, ni son mis pensamientos los que importan.

-Mi mente tampoco está perturbada, y si tus pensamientos importan o no lo decido yo- colocó el último peón y la miró- y a mí sí me importan.

-Una persona cuya mente no está perturbada no mata personas, entre las que está su madre.

-O quizá- sonrió- todos quieren matar personas y a mi simplemente no me interesaron los castigos.

-Debieron importarte porque por algo los evitaste cuanto pudiste.

-Es un buen punto- dijo y movió dos cuadros el peón B.

-¿Y cómo vas a conseguir información mía jugando al ajedrez?- movió su peón a E5.

-Comés, preguntás- respondió, y movió su alfil a A3, la doctora respondió con un caballo a F6.

Ambas permanecieron en silencio unos segundos, Ana movió un casillero su peón, a B4. La mujer movió su caballo a E4, Ana sonrió, sacó otro peón, C3, el caballo de las piezas negras lo comió, la doctora apoyó los codos a los lados del tablero y cruzó los dedos con suficiencia.

-¿Cuál es tu recuerdo más feliz?- preguntó, sonriendo con suficiencia. Ana lo pensó un momento y respondió.

-Cuando le rompí los dedos- no hizo falta aclarar que hablaba del sacerdote, una sonrisa se le formó en los labios, no estaba segura de si ese era su recuerdo más feliz, pero era el único que podía recordar. La doctora asintió e hizo un gesto para que continuara con la partida; Ana comió al caballo con el suyo, C3. Se puso en la misma posición de victoria que había puesto la doctora- ¿Dónde está?- la mujer no pareció entender- Bianchi- era la primera vez que mencionaba su nombre en alto desde que había entrado al hospital.

-No estoy muy segura- respondió mientras estudiaba el tablero, se percató de que el alfil de su oponente estaba descubierto, al igual que el

suyo- ganó mucha fama gracias a vos, le pagaron muy bien por dar entrevistas y probablemente vendió por ahí fotos o archivos confidenciales… no sé, pero se compró un departamento en Bariloche así que de algún lado sacó la plata- movió su alfil y comió al contrincante, A3- dejó la policía, es detective privado ahora, no sé qué tal le irá- el rencor se hizo notorio en el rostro de Ana- ¿Por qué los mataste?- Ana la miró a los ojos, con la cara con que se mira a alguien a quien se le enseñó a sumar tres veces y sigue sin entender.

-¿No es obvio?

-Nunca respondiste la pregunta, ni en los interrogatorios, ni en los juicios, ni en la prensa, ni acá.

-Todos eran unos hipócritas- se limitó a decir.

-¿Ese fue tu único motivo?- parecía sorprendida- todo el mundo lo es.

-Es una pregunta- miró el tablero, tenía opciones limitadas- no eran buenas personas, merecían lo que les pasó- sacó el segundo caballo y lo movió a F3, tenía al peón acorralado, una pregunta asegurada. La doctora también lo notó porque sacó un peón y lo posicionó en F6. Se mordió el labio, no entendía muy bien por qué, sacó un peón a G4, la mujer respondió sacando, igualmente, otro peón, H5. Ana sonrió, el juego tomaba forma.

-¿Quién iba a decir que sabías jugar al ajedrez?- dijo y movió su alfil a H3.

-Soy una caja de sorpresas-dijo y movió, arrepintiéndose de inmediato; alfil a C1, Ana lo comió con su reina y sonrió.

-¿Quién cuida a tu hijo?

-Está en la escuela- respondió cortante, le incomodaba el tema.

-¿Y a la tarde?

-Tiene actividades toda la semana- movió su peón a G4, ganando una pregunta- ¿A qué viene el interés?

-Simplemente me da curiosidad ver cuánto tiempo le dedicas a él y a tu vida personal- movió su alfil a donde anteriormente habían comido a su peón, G4.

-¿Los fines de semana?

-Con su papá- respondió, todavía incómoda y movió su torre a H4. Ana sonrió internamente, la incomodidad no le dejaba pensar con claridad; movió su caballo a E5, comiendo al peón y ganando una pregunta. La doctora cerró los ojos, probablemente arrepentida de haber empezado a jugar- sabes que puedo dejar el juego si quiero ¿No?

-Sí, pero perderías la oportunidad de que te responda cualquier pregunta sinceramente.

-¿Cómo sé que sos sincera?

-Yo no hago trampa- la miró a los ojos, era cierto, había respondido con sinceridad hasta el momento, tomó su silencio como señal de que iba a seguir jugando- ¿Qué te provoca eso?

-¿Qué cosa?

-Ver al tipo con el que planeabas pasar toda tu vida todos los fines de semana.

-Fue un divorcio muy pacífico- respondió, se miró las manos.

-No pregunté cómo fue tu separación- le sorprendió haberse dirigido a ella así, normalmente tenían una relación bastante formal, se dijo que no importaba.

-No me genera nada, le digo hola y chau- Ana la miró exigiendo una respuesta sincera- preferiría no verlo- la respuesta le alcanzó.

-Entonces no fue tan pacífico- sonrió, sintió que la quebraba, guardaron silencio y ella comió su alfil con la torre, G4, el casillero más frecuentado hasta el momento.

-¿Qué te produjo matar a tu mamá?

-En un principio nada, tardé un poco en asimilar que ya no tenía ningún tipo de familia, después me sentí muy feliz de que esa hija de puta estuviera muerta, disfruté mucho cortarla, a ella y al Padre- no estaba segura de que fuera la respuesta correcta, le pareció que sí- y para que veas que no hago trampa- siguió- voy a dejar que te des cuenta de tu error.

Pasaron dos minutos, no parecía notar nada malo en su jugada, Ana ya había estudiado el tablero, se hartó de esperar.

-¿Cuántas piezas comiste?- preguntó.

-Cuatro, dos alfiles y dos peones- respondió, casi dudando.

-¿Y cuántas preguntas hiciste?- lo entendió al instante y pareció indignada.

-Entonces es mi turno de nuevo ¿No?- Ana asintió- ¿Los extrañás? A tus papás.

-No- respondió directa, era cierto, no los extrañaba para nada, si hubiera preguntado por sus abuelos, quizá la respuesta hubiera sido otra. Movió su caballo a G4, comiendo la torre.

-¿Y tu vestido?- ella lo entendió, aun así preguntó.

-¿Qué vestido?

-El de tu casamiento, ¿Lo quemaste?, ¿Lo tiraste?, ¿Lo vendiste?- la respuesta era completamente impredecible, la tomó por sorpresa.

-Fue un vestido caro, está guardado- Ana frunció el ceño.

-Entonces todavía tenés esperanza de recuperar tu matrimonio- la miró pero ella veía el tablero, hizo un movimiento aparentemente al azar, peón a A5- a algunos les sirve la terapia de pareja- sonrió y movió su reina a A3. Ella avanzó a A4 con su peón, esperando que Ana lo comiera, aguardando la siguiente pregunta incómoda- te estás empezando a rendir- dijo sonriendo y movió el otro caballo, que llevaba varias jugadas estático, a E4, la doctora no parecía entender lo que pasaba, estaba absorta en sus pensamientos; sacó otro peón, B6.

Ana sonrió, era una jugada arriesgada pero ya no había nada más que necesitara saber, movió su caballo a G5. Ella podía comer ese caballo con el peón, lo sabía, con ese simple movimiento arruinaría toda la jugada planeada a partir de ahí, un simple movimiento que cualquiera pudo haber hecho, pero no lo hizo. Movió un peón a C6, quizá pensando en comer su peón. Ana movió un peón al azar, E3, comprobando que ya no prestaba atención a la partida, mantenía la mirada en el tablero pero no se concentraba. Comió su peón, B5.

Ana movió su torre izquierda, hasta ahora intacta, C1, la jugada estaría clara para cualquiera excepto la doctora, quien movió su torre a A6, Ana respondió moviendo la suya a C4. Ella avanzó un cuadro, A5. Ana movió la torre dos casilleros, a E4, faltaba un movimiento. La doctora hizo un último movimiento fallido, caballo a A6, justo detrás de la torre. Ana hizo el movimiento final, caballo a F6, comiendo al peón, la pregunta ya no importaba, el juego había acabado.

-Jaque mate- levantó la cabeza, la doctora ya la estaba mirando, con una sonrisa. La satisfacción desapareció del rostro de Ana- me dejaste ganar- dijo con espanto.

-Tal vez, tal vez no- sonrió nuevamente y guardó las piezas y el tablero en la caja- terminó nuestra sesión, gracias por el juego, terminó siendo muy útil, en realidad.

Ana la veía perpleja, sin poder reaccionar, se sintió estafada, salió de la habitación lo más rápido que pudo.

Miró el reloj, eran las diez, respiró, con cierta dificultad, dejando que el rencor por la psiquiatra tomara lugar mentalmente en su cajón de venganzas, donde hasta ahora, sólo había tres nombres.Capítulo 29

Miró el reloj, marcaba las nueve, sabía que no era así, nunca había cambiado la zona horaria así que tendría uno o dos minutos de diferencia. Caminó deprisa, mirando las baldosas del suelo, eran blancas y negras, había veinte en total, todas dispuestas una junto a la otra intercalando los colores, agilizó el paso, con el corazón acelerado, no estaba muy segura de por qué los nervios.

Tardó casi medio minuto en llegar a su destino, todavía estaba vacío, exceptuando por la enfermera. Entró sin saludar, era una mujer joven, que mediría poco más de un metro y medio, tenía el cabello recogido y el uniforme planchado, se fijó en sus zapatos, eran planos y delgados, como ella.

La mujer limpiaba las mesas, se notaba que el trabajo le desagradaba, tenía una ceja mucho más baja que la otra y sus labios formaban una perfecta línea recta, pasaba el trapo con fuerza sobre las superficies redondas que eran las mesas para interactuar.

Entró con la cabeza abajo, como quien no quiere molestar, la mujer la siguió con la mirada pero no dejó lo que estaba haciendo. Ana caminó con paso firme a la esquina de la habitación, donde una serie de estanterías y muebles permanecían en perfecto orden; tiró de la perilla de una de las puertas del primer mueble, se abrió con un chirrido, la enfermera la miró con fastidio.

-Ninguno de esos lo vas a poder usar sola- dijo y se puso la mano en la cintura, mojando el uniforme con el líquido del trapo, pareció irritarse con Ana, aunque la culpa era exclusivamente suya.

-No planeaba hacerlo- respondió girando los ojos, se agachó para tener una mejor vista de las cajas de abajo- busco un juego- dijo sintiendo la mirada de la mujer en su espalda- que me encargó llevar hoy mi doctora-

mintió.

-Los juegos no salen de acá, te tiene que haber dado un papel con firma y sello para que te autoricen- escuchó los pasos rápidos que se acercaban.

-Metiche- pensó pero no lo dijo, en lugar de eso se giró para verla a los ojos, medía casi una cabeza menos que ella.

-Me dijo que ella iba a hablar con el encargado- la miró a los ojos con fastidio, los de ella expresaban lo mismo- además, ¿Para qué me iba a robar un juego de mesa?

Agarró una de las cajas que estaban al fondo, tenía una fina capa de polvo al frente, indicando su poco uso, el ajedrez no era de los juegos favoritos de los enfermos mentales. La mujer no parecía dispuesta a ceder, puso una mano encima de la caja e hizo un gesto que gritaba "hacé la prueba".

-Va a ser varón ¿No?- dijo e hizo la sonrisa más creíble que pudo, el rostro de la enfermera cambió bruscamente, se llevó instintivamente una mano al vientre. Ana actuó su sorpresa- ah ¿Entonces no sabías? Disculpame, capaz preferías que fuera sorpresa.

-¿Qué mierda estás diciendo?- respondió con brusquedad, se había alejado un par de pasos de ella, Ana se llevó cautelosamente la caja de ajedrez detrás de la espalda.

-Tu embarazo- le señaló la mano- ¿Cuánto? ¿Dos? ¿Tres semanas?- volvió a sonreír, ahora con burla- no te hagás la que no sabés, lo venías sospechando ¿No? De ahí tu mal humor.

-¿Quién te dijo?- cambió de posición, llevando el peso de una pierna a la otra, a la defensiva.

-Nadie, tenés tobillos gordos y actitud de mujer embarazada- la miró de arriba abajo instalando la duda en la enfermera.

-¿Por qué tanto miedo?, los hijos son bendiciones ¿No?- soltó una carcajada, sumamente sincera, los ojos de la mujer se volvieron vidriosos, salió trotando de la habitación, probablemente fuera al baño, o a la enfermería a robar un test. Ana sonrió y cerró la puerta del mueble, caminó sin prisa a la puerta del consultorio que visitaba cada semana, sin falta.

El reloj marcaba las nueve y cuarto cuando se abrió la puerta.

-Llegaste temprano- fue lo primero que dijo, parecía sorprendida, aun así

sonrió, tenía una taza en la mano.

-Soy blancas- se limitó a decir y entró sin esperar invitación, se sentó en su lugar de costumbre y comenzó a bajar todo lo que había en el escritorio al suelo. La psiquiatra no dijo nada, la observó dando pequeños sorbos a la taza, entrecerrando un poco los ojos cada vez que se quemaba la lengua, cuando todos los objetos estuvieron en el suelo, se situó en su silla; Ana ya había comenzado a preparar el tablero.

-¿Vamos a jugar al ajedrez?- preguntó la mujer cruzándose de piernas, mirándola con atención.

-No, vamos a armar un rompecabezas- dijo con sarcasmo y rio, la doctora permanecía seria- yo ya te di mucha información mía, es justo que sea mutuo.

-La psiquiatra soy yo- respondió apoyando los codos en el escritorio, estaba de buen humor- no es mi mente la que está perturbada, ni son mis pensamientos los que importan.

-Mi mente tampoco está perturbada, y si tus pensamientos importan o no lo decido yo- colocó el último peón y la miró- y a mí sí me importan.

-Una persona cuya mente no está perturbada no mata personas, entre las que está su madre.

-O quizá- sonrió- todos quieren matar personas y a mi simplemente no me interesaron los castigos.

-Debieron importarte porque por algo los evitaste cuanto pudiste.

-Es un buen punto- dijo y movió dos cuadros el peón B.

-¿Y cómo vas a conseguir información mía jugando al ajedrez?- movió su peón a E5.

-Comés, preguntás- respondió, y movió su alfil a A3, la doctora respondió con un caballo a F6.

Ambas permanecieron en silencio unos segundos, Ana movió un casillero su peón, a B4. La mujer movió su caballo a E4, Ana sonrió, sacó otro peón, C3, el caballo de las piezas negras lo comió, la doctora apoyó los codos a los lados del tablero y cruzó los dedos con suficiencia.

-¿Cuál es tu recuerdo más feliz?- preguntó, sonriendo con suficiencia. Ana lo pensó un momento y respondió.

-Cuando le rompí los dedos- no hizo falta aclarar que hablaba del sacerdote, una sonrisa se le formó en los labios, no estaba segura de si ese era su recuerdo más feliz, pero era el único que podía recordar. La doctora asintió e hizo un gesto para que continuara con la partida; Ana comió al caballo con el suyo, C3. Se puso en la misma posición de victoria que había puesto la doctora- ¿Dónde está?- la mujer no pareció entender- Bianchi- era la primera vez que mencionaba su nombre en alto desde que había entrado al hospital.

-No estoy muy segura- respondió mientras estudiaba el tablero, se percató de que el alfil de su oponente estaba descubierto, al igual que el suyo- ganó mucha fama gracias a vos, le pagaron muy bien por dar entrevistas y probablemente vendió por ahí fotos o archivos confidenciales… no sé, pero se compró un departamento en Bariloche así que de algún lado sacó la plata- movió su alfil y comió al contrincante, A3- dejó la policía, es detective privado ahora, no sé qué tal le irá- el rencor se hizo notorio en el rostro de Ana- ¿Por qué los mataste?- Ana la miró a los ojos, con la cara con que se mira a alguien a quien se le enseñó a sumar tres veces y sigue sin entender.

-¿No es obvio?

-Nunca respondiste la pregunta, ni en los interrogatorios, ni en los juicios, ni en la prensa, ni acá.

-Todos eran unos hipócritas- se limitó a decir.

-¿Ese fue tu único motivo?- parecía sorprendida- todo el mundo lo es.

-Es una pregunta- miró el tablero, tenía opciones limitadas- no eran buenas personas, merecían lo que les pasó- sacó el segundo caballo y lo movió a F3, tenía al peón acorralado, una pregunta asegurada. La doctora también lo notó porque sacó un peón y lo posicionó en F6. Se mordió el labio, no entendía muy bien por qué, sacó un peón a G4, la mujer respondió sacando, igualmente, otro peón, H5. Ana sonrió, el juego tomaba forma.

-¿Quién iba a decir que sabías jugar al ajedrez?- dijo y movió su alfil a H3.

-Soy una caja de sorpresas-dijo y movió, arrepintiéndose de inmediato; alfil a C1, Ana lo comió con su reina y sonrió.

-¿Quién cuida a tu hijo?

-Está en la escuela- respondió cortante, le incomodaba el tema.

-¿Y a la tarde?

-Tiene actividades toda la semana- movió su peón a G4, ganando una pregunta- ¿A qué viene el interés?

-Simplemente me da curiosidad ver cuánto tiempo le dedicas a él y a tu vida personal- movió su alfil a donde anteriormente habían comido a su peón, G4.

-¿Los fines de semana?

-Con su papá- respondió, todavía incómoda y movió su torre a H4. Ana sonrió internamente, la incomodidad no le dejaba pensar con claridad; movió su caballo a E5, comiendo al peón y ganando una pregunta. La doctora cerró los ojos, probablemente arrepentida de haber empezado a jugar- sabes que puedo dejar el juego si quiero ¿No?

-Sí, pero perderías la oportunidad de que te responda cualquier pregunta sinceramente.

-¿Cómo sé que sos sincera?

-Yo no hago trampa- la miró a los ojos, era cierto, había respondido con sinceridad hasta el momento, tomó su silencio como señal de que iba a seguir jugando- ¿Qué te provoca eso?

-¿Qué cosa?

-Ver al tipo con el que planeabas pasar toda tu vida todos los fines de semana.

-Fue un divorcio muy pacífico- respondió, se miró las manos.

-No pregunté cómo fue tu separación- le sorprendió haberse dirigido a ella así, normalmente tenían una relación bastante formal, se dijo que no importaba.

-No me genera nada, le digo hola y chau- Ana la miró exigiendo una respuesta sincera- preferiría no verlo- la respuesta le alcanzó.

-Entonces no fue tan pacífico- sonrió, sintió que la quebraba, guardaron silencio y ella comió su alfil con la torre, G4, el casillero más frecuentado hasta el momento.

-¿Qué te produjo matar a tu mamá?

-En un principio nada, tardé un poco en asimilar que ya no tenía ningún tipo de familia, después me sentí muy feliz de que esa hija de puta

estuviera muerta, disfruté mucho cortarla, a ella y al Padre- no estaba segura de que fuera la respuesta correcta, le pareció que sí- y para que veas que no hago trampa- siguió- voy a dejar que te des cuenta de tu error.

Pasaron dos minutos, no parecía notar nada malo en su jugada, Ana ya había estudiado el tablero, se hartó de esperar.

-¿Cuántas piezas comiste?- preguntó.

-Cuatro, dos alfiles y dos peones- respondió, casi dudando.

-¿Y cuántas preguntas hiciste?- lo entendió al instante y pareció indignada.

-Entonces es mi turno de nuevo ¿No?- Ana asintió- ¿Los extrañás? A tus papás.

-No- respondió directa, era cierto, no los extrañaba para nada, si hubiera preguntado por sus abuelos, quizá la respuesta hubiera sido otra. Movió su caballo a G4, comiendo la torre.

-¿Y tu vestido?- ella lo entendió, aun así preguntó.

-¿Qué vestido?

-El de tu casamiento, ¿Lo quemaste?, ¿Lo tiraste?, ¿Lo vendiste?- la respuesta era completamente impredecible, la tomó por sorpresa.

-Fue un vestido caro, está guardado- Ana frunció el ceño.

-Entonces todavía tenés esperanza de recuperar tu matrimonio- la miró pero ella veía el tablero, hizo un movimiento aparentemente al azar, peón a A5- a algunos les sirve la terapia de pareja- sonrió y movió su reina a A3. Ella avanzó a A4 con su peón, esperando que Ana lo comiera, aguardando la siguiente pregunta incómoda- te estás empezando a rendir- dijo sonriendo y movió el otro caballo, que llevaba varias jugadas estático, a E4, la doctora no parecía entender lo que pasaba, estaba absorta en sus pensamientos; sacó otro peón, B6.

Ana sonrió, era una jugada arriesgada pero ya no había nada más que necesitara saber, movió su caballo a G5. Ella podía comer ese caballo con el peón, lo sabía, con ese simple movimiento arruinaría toda la jugada planeada a partir de ahí, un simple movimiento que cualquiera pudo haber hecho, pero no lo hizo. Movió un peón a C6, quizá pensando en comer su peón. Ana movió un peón al azar, E3, comprobando que ya no prestaba atención a la partida, mantenía la mirada en el tablero pero no se

concentraba. Comió su peón, B5.

Ana movió su torre izquierda, hasta ahora intacta, C1, la jugada estaría clara para cualquiera excepto la doctora, quien movió su torre a A6, Ana respondió moviendo la suya a C4. Ella avanzó un cuadro, A5. Ana movió la torre dos casilleros, a E4, faltaba un movimiento. La doctora hizo un último movimiento fallido, caballo a A6, justo detrás de la torre. Ana hizo el movimiento final, caballo a F6, comiendo al peón, la pregunta ya no importaba, el juego había acabado.

-Jaque mate- levantó la cabeza, la doctora ya la estaba mirando, con una sonrisa. La satisfacción desapareció del rostro de Ana- me dejaste ganar- dijo con espanto.

-Tal vez, tal vez no- sonrió nuevamente y guardó las piezas y el tablero en la caja- terminó nuestra sesión, gracias por el juego, terminó siendo muy útil, en realidad.

Ana la veía perpleja, sin poder reaccionar, se sintió estafada, salió de la habitación lo más rápido que pudo.

Miró el reloj, eran las diez, respiró, con cierta dificultad, dejando que el rencor por la psiquiatra tomara lugar mentalmente en su cajón de venganzas, donde hasta ahora, sólo había tres nombres.

Capítulo 29

Capítulo 30

Golpeó el escritorio con el puño, frustrado, el café se sacudió amenazadoramente en la taza, se llevó las manos a la cara y se frotó los ojos.

El estrés se hacía evidente en su rostro, con las arrugas más acentuadas y las manchas debajo de sus ojos más oscuras; estaba rodeado de notas, con fechas, nombres y horarios, un montón de datos sumamente útiles que, sin embargo, no lo llevaban a ninguna parte. Golpearon la puerta y entraron sin esperar respuesta.

-Dijo que no- se limitó a decir el recién llegado, miró al piso para evitar la cara de decepción y enojo del hombre.

-No puede ser, estuvo con esa mujer más de una década ¿Y en ningún momento le mencionó que había tenido una hija? ¿Nunca se le escapó nada?

-Se tomó muy en serio lo de dejar atrás el pasado- dijo Billis, intentando reducir la tensión, Bianchi no rio.

-Es ella- dijo levantando una foto, la de Ana, una mucho más joven- hubieras visto cómo me miró, es ella.

-Capaz- dudó pero siguió hablando- no es ella, capaz solamente odiaba a esta mujer y se alegraba de esto. No tiene ninguna relación con los otros dos, no tenía motivos para matarlos- un tercer hombre entró a la oficina, había estado escuchando la conversación desde afuera.

-¿Y si sólo la mató a ella? Copió el modus operandi del asesino y aprovechó para matarla sin parecer sospechosa.

-Y de casualidad había otro cuerpo en donde fue a dejar ese ¿No?- respondió Bianchi, volviéndose a llevar las manos a la cabeza- ni siquiera tendríamos que estar haciendo esto. Es cosa de la policía federal, no se quieren hacer cargo.

-¿Y si le allanamos la casa?- preguntó Sánchez, aunque conocía la respuesta.

-Ya pasó más de un mes, la poca evidencia que pudo haber ahí ya no está.

-¿Entonces? No hacemos nada y esperamos a que siga matando.

-¿Te parece que me estoy rascando las pelotas? Hace meses que venimos trabajando con esto y nada. LLamala- se levantó del escritorio, guardando todos los papeles en un cajón- a ver si todavía cuenta el cuento igual.

-¿Y si no viene?

-Va a venir- salió de la habitación con la taza en la mano, volcó el contenido en la pileta de la cocina y salió del edificio.

Todavía seguía en el auto cuando la vio llegar, caminaba tranquila, con las manos en los bolsillos de una campera común. La vio abrir la puerta del edificio y entrar despreocupada. La detestó, tomó un minuto para recordarse la importancia de hacerla equivocarse, se recordó su suerte, al tener a una sospechosa sin abogado, y se dijo que aprovechara la situación. Salió del auto, palpándose los bolsillos sin motivo, entró al edificio con la misma actitud de la chica.

Estaba sentada en una silla de plástico, sonrió cuando lo vio entrar, una sonrisa de superioridad, con ojos entornados y los puños cerrados. Una sonrisa que gritaba "juguemos". Hizo un gesto con la mano, indicándole que pasara, se sentaron enfrentados, con el escritorio de por medio.

-¿Me extrañó, detective?- dijo con una sonrisa.

-Me encantaría poder decir que sí- se limitó a decir- ¿Me podría decir dónde estuvo el día del homicidio entre las doce y las tres de la mañana?- la joven miró el techo, aunque ambos sabían que la respuesta ya había sido ensayada.

-En un bar, cenando.

-¿Qué comió?

-Tenía bastante alcohol en el cuerpo en ese momento, creo que entenderá que no me acuerde.

-¿Qué tomó?

-No tengo idea, pero tenía un sabor espantoso.

-¿Y volvió manejando, aunque estaba alcoholizada? Me había parecido una mujer muy prudente, Ana- notó como el pronunciar su nombre le

generaba una tensión en el cuello.

-No fue muy inteligente, pero en su momento no lo pensé.

- ¿Se considera una persona impulsiva?

-No tanto.

-¿Agresiva o violenta?

-Para nada- sonrió.

-¿Dónde estaba entre las doce y las tres de la mañana el día del homicidio?- repitió

-Cenando, en un bar.

-¿De qué trabajaban sus padres?

-Ella era enfermera y él profesor.

-No son trabajos muy bien pagados ¿Qué materias?

-Nos las arreglábamos. Historia y literatura.

-Entonces siguió sus pasos. ¿No está estudiando letras?

-El profesorado y la licenciatura en letras son profesiones distintas, pero sí, teníamos gustos similares- la sonrisa se le había borrado por completo.

-¿A qué jugaba cuando era chica?- la pregunta la descolocó, se removió pensativa.

-¿A qué viene esa pregunta? No la veo importante para su investigación.

-¿Dónde estaba entre las doce y las tres de la mañana el día del homicidio?- repitió

-Cenando, en un bar.

-La estudio para ver si me miente- dijo, respondiendo a la pregunta anterior.

-No jugaba demasiado, dibujaba y leía cuentos, y cocinaba- agregó- A veces jugaba a las muñecas, pero no me encantaba.

-¿De verdad? No tuvo una infancia muy corriente. Yo si jugaba, por si le interesa, los libros eran caros, jugábamos al gato y al ratón, es un juego divertido- la miró a los ojos- hacían una ronda y había un gato y un ratón, subían los brazos para dejar entrar y salir a otro, y el gato tenía que cazar al ratón. Yo siempre era el gato, nunca perdía.

Se mantuvo en silencio unos minutos, examinándole la cara, que se mantenía seria, carente de cualquier emoción.

-Sí, pero, que el gato cazara al ratón dependía de la ronda, si ellos no lo dejaban pasar o no los encerraban juntos, el gato no podía ganar, no dependía de usted- lo desconcertó ligeramente, aunque se esforzó por no demostrarlo.

-No estará tratando de quitarme el crédito de mis logros ¿No?- rio, una risa muy forzada.

-Para nada, señor Bianchi, aunque sí le tengo una pregunta, si no le molesta- el hombre asintió- ¿Es casado?- volvió a asentir y ella se miró las manos, quizá para no mostrar la ligera sonrisa- ¿Y no tiene miedo?

-¿Miedo de qué? ¿De mi mujer?- no pudo evitar soltar la risa.

-No, de que algo le pase- el rastro de la sonrisa de la carcajada desapareció- digo porque, si yo fuera un homicida, lo querría muy despistado y ¿Qué mejor manera de distraerlo que matando a su mujer?- se puso de pie y se llevó las manos a los bolsillos- tengo un compromiso así que me tengo que retirar- salió de la habitación, sin esperar respuesta.

Bianchi se quedó paralizado, mirando a la pared, la vio por la ventana, subiéndose al auto con media sonrisa, le pareció que le había guiñado un ojo, aunque era imposible que lo viera desde afuera.

-Billis- llamó sin moverse del asiento. El hombre apareció segundos después- No me importa cómo hagas, pero busca la manera de que esa mina esté vigilada- dijo y salió del edificio, palpándose los bolsillos de nuevo, sin saber bien qué buscaba.

Se subió al auto y llevó las manos al volante, cerró los ojos y de pronto supo lo que buscaba, el anillo. Se palpó nuevamente, esperando sentir el metal del anillo contra lo que hubiera dentro del bolsillo, no lo sintió; se miró las manos, efectivamente, había una marca pálida donde, por años, había llevado la alianza plateada. Sus latidos cambiaron de ritmo y volvió a llevarse las manos al rostro.Capítulo 30

Golpeó el escritorio con el puño, frustrado, el café se sacudió amenazadoramente en la taza, se llevó las manos a la cara y se frotó los

ojos.

El estrés se hacía evidente en su rostro, con las arrugas más acentuadas y las manchas debajo de sus ojos más oscuras; estaba rodeado de notas, con fechas, nombres y horarios, un montón de datos sumamente útiles que, sin embargo, no lo llevaban a ninguna parte. Golpearon la puerta y entraron sin esperar respuesta.

-Dijo que no- se limitó a decir el recién llegado, miró al piso para evitar la cara de decepción y enojo del hombre.

-No puede ser, estuvo con esa mujer más de una década ¿Y en ningún momento le mencionó que había tenido una hija? ¿Nunca se le escapó nada?

-Se tomó muy en serio lo de dejar atrás el pasado- dijo Billis, intentando reducir la tensión, Bianchi no rio.

-Es ella- dijo levantando una foto, la de Ana, una mucho más joven- hubieras visto cómo me miró, es ella.

-Capaz- dudó pero siguió hablando- no es ella, capaz solamente odiaba a esta mujer y se alegraba de esto. No tiene ninguna relación con los otros dos, no tenía motivos para matarlos- un tercer hombre entró a la oficina, había estado escuchando la conversación desde afuera.

-¿Y si sólo la mató a ella? Copió el modus operandi del asesino y aprovechó para matarla sin parecer sospechosa.

-Y de casualidad había otro cuerpo en donde fue a dejar ese ¿No?- respondió Bianchi, volviéndose a llevar las manos a la cabeza- ni siquiera tendríamos que estar haciendo esto. Es cosa de la policía federal, no se quieren hacer cargo.

-¿Y si le allanamos la casa?- preguntó Sánchez, aunque conocía la respuesta.

-Ya pasó más de un mes, la poca evidencia que pudo haber ahí ya no está.

-¿Entonces? No hacemos nada y esperamos a que siga matando.

-¿Te parece que me estoy rascando las pelotas? Hace meses que venimos trabajando con esto y nada. LLamala- se levantó del escritorio, guardando todos los papeles en un cajón- a ver si todavía cuenta el cuento igual.

-¿Y si no viene?

-Va a venir- salió de la habitación con la taza en la mano, volcó el contenido en la pileta de la cocina y salió del edificio.

Todavía seguía en el auto cuando la vio llegar, caminaba tranquila, con las manos en los bolsillos de una campera común. La vio abrir la puerta del edificio y entrar despreocupada. La detestó, tomó un minuto para recordarse la importancia de hacerla equivocarse, se recordó su suerte, al tener a una sospechosa sin abogado, y se dijo que aprovechara la situación. Salió del auto, palpándose los bolsillos sin motivo, entró al edificio con la misma actitud de la chica.

Estaba sentada en una silla de plástico, sonrió cuando lo vio entrar, una sonrisa de superioridad, con ojos entornados y los puños cerrados. Una sonrisa que gritaba "juguemos". Hizo un gesto con la mano, indicándole que pasara, se sentaron enfrentados, con el escritorio de por medio.

-¿Me extrañó, detective?- dijo con una sonrisa.

-Me encantaría poder decir que sí- se limitó a decir- ¿Me podría decir dónde estuvo el día del homicidio entre las doce y las tres de la mañana?- la joven miró el techo, aunque ambos sabían que la respuesta ya había sido ensayada.

-En un bar, cenando.

-¿Qué comió?

-Tenía bastante alcohol en el cuerpo en ese momento, creo que entenderá que no me acuerde.

-¿Qué tomó?

-No tengo idea, pero tenía un sabor espantoso.

-¿Y volvió manejando, aunque estaba alcoholizada? Me había parecido una mujer muy prudente, Ana- notó como el pronunciar su nombre le generaba una tensión en el cuello.

-No fue muy inteligente, pero en su momento no lo pensé.

- ¿Se considera una persona impulsiva?

-No tanto.

-¿Agresiva o violenta?

-Para nada- sonrió.

-¿Dónde estaba entre las doce y las tres de la mañana el día del homicidio?- repitió

-Cenando, en un bar.

-¿De qué trabajaban sus padres?

-Ella era enfermera y él profesor.

-No son trabajos muy bien pagados ¿Qué materias?

-Nos las arreglábamos. Historia y literatura.

-Entonces siguió sus pasos. ¿No está estudiando letras?

-El profesorado y la licenciatura en letras son profesiones distintas, pero sí, teníamos gustos similares- la sonrisa se le había borrado por completo.

-¿A qué jugaba cuando era chica?- la pregunta la descolocó, se removió pensativa.

-¿A qué viene esa pregunta? No la veo importante para su investigación.

-¿Dónde estaba entre las doce y las tres de la mañana el día del homicidio?- repitió

-Cenando, en un bar.

-La estudio para ver si me miente- dijo, respondiendo a la pregunta anterior.

-No jugaba demasiado, dibujaba y leía cuentos, y cocinaba- agregó- A veces jugaba a las muñecas, pero no me encantaba.

-¿De verdad? No tuvo una infancia muy corriente. Yo si jugaba, por si le interesa, los libros eran caros, jugábamos al gato y al ratón, es un juego divertido- la miró a los ojos- hacían una ronda y había un gato y un ratón, subían los brazos para dejar entrar y salir a otro, y el gato tenía que cazar al ratón. Yo siempre era el gato, nunca perdía.

Se mantuvo en silencio unos minutos, examinándole la cara, que se mantenía seria, carente de cualquier emoción.

-Sí, pero, que el gato cazara al ratón dependía de la ronda, si ellos no lo dejaban pasar o no los encerraban juntos, el gato no podía ganar, no dependía de usted- lo desconcertó ligeramente, aunque se esforzó por no demostrarlo.

-No estará tratando de quitarme el crédito de mis logros ¿No?- rio, una risa muy forzada.

-Para nada, señor Bianchi, aunque sí le tengo una pregunta, si no le molesta- el hombre asintió- ¿Es casado?- volvió a asentir y ella se miró las manos, quizá para no mostrar la ligera sonrisa- ¿Y no tiene miedo?

-¿Miedo de qué? ¿De mi mujer?- no pudo evitar soltar la risa.

-No, de que algo le pase- el rastro de la sonrisa de la carcajada desapareció- digo porque, si yo fuera un homicida, lo querría muy despistado y ¿Qué mejor manera de distraerlo que matando a su mujer?- se puso de pie y se llevó las manos a los bolsillos- tengo un compromiso así que me tengo que retirar- salió de la habitación, sin esperar respuesta.

Bianchi se quedó paralizado, mirando a la pared, la vio por la ventana, subiéndose al auto con media sonrisa, le pareció que le había guiñado un ojo, aunque era imposible que lo viera desde afuera.

-Billis- llamó sin moverse del asiento. El hombre apareció segundos después- No me importa cómo hagas, pero busca la manera de que esa mina esté vigilada- dijo y salió del edificio, palpándose los bolsillos de nuevo, sin saber bien qué buscaba.

Se subió al auto y llevó las manos al volante, cerró los ojos y de pronto supo lo que buscaba, el anillo. Se palpó nuevamente, esperando sentir el metal del anillo contra lo que hubiera dentro del bolsillo, no lo sintió; se miró las manos, efectivamente, había una marca pálida donde, por años, había llevado la alianza plateada. Sus latidos cambiaron de ritmo y volvió a llevarse las manos al rostro.

Capítulo 30

Capítulo 31

Se llevó las manos detrás de la cabeza, no había dormido nada aquella noche, aún así sonreía. Miró la mancha de humedad del techo y vio como la luz del sol se desplazaba a través de ella a medida que amanecía, golpearon la puerta a la hora acostumbrada y miró el reloj, le pareció que las manecillas se movían más lento, igual que se habían movido las piezas en su partida de ajedrez mental, que acababa de ganar.

Se había sentido humillada, desafiada, se había negado a pronunciar palabra durante las siguientes 48 horas, la habían engañado, la habían dejado ganar. Ni siquiera había certeza de que la información que le había dado era verdadera, no había certeza de nada.

Se vistió en silencio, pensaba en que seguramente así se sentiría ella con cada sesión, desafiada. Así debió sentirse Bianchi cuando la vio entrar a su auto e irse de la comisaría, sabiendo que no había nada que pudiera hacer para meterla presa. Así debían sentirse sus profesores, al encontrarse con un alumno que eran incapaces de manejar, cuando el alumno superaba al maestro… quizá incluso así se habían sentido sus víctimas, si se podían llamar víctimas, quizá, solo quizá así se sentía la impotencia. Pensó que así se había sentido cuando la maestra se había burlado de ella, pequeña y humillada, impotente. Pensó, mientras se cepillaba el pelo frente a un espejo invisible, que no se iba a permitir sentir eso nunca más.

Salió de la habitación pensando en eso, caminando rápido, más de lo común, probablemente a ese paso llegaría con más de dos minutos de anticipación a la puerta del consultorio, no importaba. Se saltó el desayuno, como siempre, pero se detuvo en la entrada al comedor. Buscó con la mirada a la mujer, no la encontró. Probablemente hubiera tenido un ataque de nervios cuando se encontró sola pensando que estaba embarazada, sonrió al imaginársela, siguió caminando.

Eran las nueve y media cuando estuvo a exactamente doce pasos de la puerta del consultorio, ella estaba de pie en la puerta, esperándola, ambas sonreían, ambas pensaban que iban ganando. Se corrió a la derecha para indicarle que pasara pero no lo hizo, giró cuando faltaban diez pasos para llegar y dobló por el pasillo, un pasillo cuya existencia ni siquiera recordaba, pero que tenía justo lo que necesitaba.

Empujó la puerta con el codo, no pensaba tocar esa cosa, era una puerta pesada, pintada de gris, con el dibujo de una persona con un triángulo por cuerpo. El baño de mujeres. Dentro estaba ella, se encontraba agachada debajo de uno de los lavamanos, pasando un trapo por un tubo que ya

estaba completamente limpio, no se giró para mirarla.

-Podés pasar, allá ya está limpio- Ana pensó en lo imprudente que podía ser dar la espalda tan despreocupadamente en un lugar lleno de enfermos mentales, pero se mantuvo callada hasta que la mujer volvió a hablar- Sino podés ir al otro baño, sigo limpiando los lavamanos- finalmente se dio media vuelta y se levantó, la cara apenas le cambió al verla.

-¿Entonces?- hizo su sonrisa más falsa- ¿Es varón?- la chica se dio media vuelta y empezó a restregar el trapo encima del lavamanos, no respondió hasta darse cuenta de que no se iba a retirar.

-Me hice un test y dio negativo, me asustaste para nada- sonaba tranquila, Ana sabía que no lo estaba.

-Me alegro, seguro es varón- la mujer se dio vuelta con brusquedad, cualquier rastro de tranquilidad se había esfumado.

-Te dije que dio negativo- la miró a los ojos, con las cejas bajas.

-¿Y vos de verdad confiás en un test casero? Te tenías que hacer análisis de sangre- las cejas volvieron a su posición original, la preocupación reapareció en su rostro- esas cosas fallan siempre, ya está, no llegás a hacerte análisis, te juro que va a ser varón- su cara se ponía cada vez más pálida.

-¿Por qué ya no llego a hacerme análisis?

-Ya debés tener como cuatro meses, mirate la panza- estaba completamente plana, ella no la vería así- eso hinchazón no es.

-¿Y si son cuatro meses qué tiene?- retrocedió, a la defensiva.

-Ya no vas a poder tomar misoprostol.

-Capaz lo quiera tener.

-¿y pensás que él se va a hacer cargo? ¿Si ni siquiera tuvo la responsabilidad de usar un preservativo? ¿Vos sola? ¿Con tu trabajo?- estaba a punto de largarse a llorar, contuvo la risa- ¿Vos sabés lo que es mantener un chico? Cuando se enteren te van a echar, a nadie le conviene tener una empleada embarazada, en dos meses no te vas a poder ni mover, nada de alcohol, nada de fumar, restricciones por todos lados ¿Y relaciones? Nada por mucho tiempo, nadie busca una paternidad que ni siquiera es suya.

-No me pueden echar- fue lo único que dijo para defenderse.

-Vos sabés como son las cosas en este país, sos inteligente, te van a sacar apenas sepan. ¿Cómo vas a pagar el alquiler?, ¿El transporte?, ¿La comida? Capaz seguís a tiempo, pero en el hospital van a tardar como una semana en hacerte esos análisis. Y esas pastillas no son fáciles de conseguir, a menos que tengas algún amigo doctor por acá- negó con la cabeza- Entonces vas a tener que ahorrar para comprar pañales, porque dudo que te animes a otra cosa… así que no queda de otra.

Dio media vuelta y salió del baño, dio dos pasos antes de que la mujer saliera a detenerla.

-¿Animarme a qué?- Ana sonrió para sus adentros. Le agarró el brazo y entraron nuevamente al baño.

-A robarlas, obvio. Acá tiene que haber, seguro. Bajo llave pero eso lo podes resolver también.

-¿Robar? No, mirá si me encuentran. Además seguro tienen todo contado.

-Errores de cálculo tiene cualquiera.

-No me puedo meter ahí… si me ven me corren y no vuelvo a conseguir trabajo.

-Yo puedo entrar- dijo y sonrió- estoy acá siempre, hay horas donde no hay nadie, solo necesito la llave- la mujer la miró a los ojos, pensando, considerando los riesgos- pensá, sino ¿Qué vas a hacer? Vos sacas la llave y yo hago todo en cinco minutos, te doy la llave y la pones en su lugar, no se entera nadie.

-¿Y si te ven?

-Soy una enferma mental ¿Te olvidas?

Tardaron menos de cinco minutos en ponerse de acuerdo; y Ana llegó con diez minutos de retraso al consultorio.

Capítulo 31

Capítulo 32

-Nunca habías llegado tarde- se limitó a decir.

-Técnicamente no lo hice- la doctora no preguntó por qué había tardado tanto en el baño.

Ella entrelazó los dedos y Ana la miró a los ojos, la estaba estudiando, como si a través de sus ojos pudiera leerle la mente.

-Ya tenés el permiso para usar la computadora ¿Sabías?

-Me había llegado cierta de esa información, sí- respondió fría, aún con la mirada clavada en ella.

-Y así y todo todavía no la usaste.

-No, todavía no.

-¿Por qué?- Ana no respondió, le apenaba confesar que le desagradaba la idea de redactar una tesis con un par de ojos vigilándola. Tal vez sí podía leerle la mente porque asintió.

-¿Nunca pensaste en escribir?

-No, mi única pasión son los homicidios- la doctora no había parecido entender el chiste, no rio- y la lectura- cruzó una pierna sobre la otra, dejando la mano en medio, aplastada. La mujer se inclinó sobre el escritorio, con la barbilla sobre las manos, mirándola a los ojos.

-¿Por qué?

-¿Por qué, qué?

-¿Por qué disfrutas de hacer sufrir a la gente?- meditó unos segundos la respuesta.

-Capaz porque soy una psicópata- la mujer negó con la cabeza- es como un orgasmo- ella asintió y escribió en la libreta, Ana se sintió imponente por no poder leerla.

-¿Y cómo es un orgasmo?

-Es una pena que no conozcas esa respuesta- se limitó a responder. La mujer la miró por varios segundos, como intentando descifrar si era en

serio o solo le tomaban el pelo, pareció decantarse por la segunda.

-¿Y vos la conocés?- la cara se le matizó ligeramente rosada, lo suficiente como para que ambas lo notaran, ella por el color y Ana por el calor.

-Conozco la teoría- la doctora inclinó la cabeza a la izquierda, con el ceño fruncido.

-¿Nunca tuviste un orgasmo?- supuso que el rosado se había intensificado. Sintió algo similar a cuando la habían humillado en el colegio a los ocho años.

-No- respondió cortante.

-Ni siquiera ¿Auto infligido?

-No.

-¿Por qué no?

-El reloj está torcido- dijo mirando a la pared, era cierto. A ella le sorprendió la respuesta y dirigió la mirada a la pared, asintió ligeramente y volvió a escribir en la libreta.

-No importa.

-A mí me importa- se levantó y agarró el reloj con las dos manos, lo guardó en el cajón del escritorio; el mismo donde estaban los dibujos de las personas con muñones en vez de manos.

-¿Por qué no?- repitió.

-Porque no- anotó dos palabras en la libreta y la miró seria.

-Que particular manera de evadir lo que no te gusta- dijo, se dio cuenta de que reprimía una sonrisa, se imaginó quemándole el párpado con un cigarrillo. En ese momento sintió la inmensa necesidad de fumar, se preguntó cuándo habría sido la última vez que lo había hecho.

-Y ¿Cuándo fue el tuyo?- Había entendido la pregunta.

-¿Mi qué?

-Tu último orgasmo- sus mejillas también enrojecieron, quizá más que las de Ana.

-Eso no te incumbe.

-Entonces hace poco- se quedó callada- esta mañana ¿No?- no pronunció sonido, tampoco la miraba- sí… se te nota en la piel, y en la cara. Sonreís como pelotuda- lo consideró pero no se ofendió- fue lo que denominás auto infligido, supongo- no hizo falta que dijera nada para confirmarlo. Ana asintió, satisfecha- no debería darte vergüenza, la masturbación es de lo más sana- amplió más la sonrisa.

-Sí, lo es, no me explico por qué no te interesa hacerlo… o capaz me mentís- Ana no respondió.

-¿Fumás?- pareció indignarle el cambio de tema.

-Soy médica.

-No te pregunté por tu profesión.

-No, no fumo.

-Yo si- la miró a los ojos, pensando que quizá mentía, y volvió a escribir- y vos también.

-Y eso lo decís porque…

Se levantó y caminó hasta la otra punta de la habitación, al tacho de basura, lo dio vuelta y cayeron varios papeles. Los movió con el pie y se dejó entrever el cilindro anaranjado, lo agarró con dos dedos.

-Podés provocar un incendio por tirarlo ahí- dijo y lo dejó en el escritorio. Respondió a la pregunta antes de que la formulara- los terapeutas fuman, y las mamás divorciadas fuman a escondidas, no me preguntes por qué.

-Ese es un prejuicio importante.

-Pero no me equivoco ¿O sí?

-Podría ser de alguien más- volvió a agarrar el cigarrillo con dos dedos y mostró las marcas del labial, del mismo color que el que llevaba puesto. La mujer asintió- no entiendo por qué es importante.

-No lo es.

Capítulo 32

Capítulo 33

El corazón le palpitó con fuerza, se sintió impotente, inútil. Era una sensación apresante, como un veneno que sube por la garganta pero nunca sale. Le dio una patada al televisor, que osciló pero no cayó.

El hombre caminaba con una sonrisa triunfante, se veía incluso a través de la imagen borrosa del televisor de quince pulgadas, que ya tenía una densa capa de polvo sobre la pantalla.

Bajaba la escalera dando saltitos imperceptibles, detrás iba otro hombre, mirando al piso. Los rodearon periodistas con micrófonos que mostraban los logos de sus canales, el primer hombre habló en el más cercano, Ana no lo escuchaba, el televisor ya no tenía sonido, el hombre de atrás levantó la mano en señal de que no planeaba decir nada a la prensa. Ambos se subían a un auto gris y se iban, la siguiente imagen era de una de las periodistas, dando la nota.

Detrás aparecía una mujer, bajaba las escaleras con paso decidido sin mirar a las cámaras, nadie se le acercó a hacer preguntas, salía del plano tan rápido como había entrado.

Sintió calor detrás de las orejas, mientras comenzaba a maquinar el plan dentro de su cabeza, salió de la casa cincuenta minutos después. Con el último cigarrillo del paquete entre los labios. Lo fumó en silencio, sin prender la radio ni escuchar nada en su cabeza.

Paró frente a la casa de golpe, veía tres siluetas tras las cortinas, reconoció a los dos hombres de la televisión. Estudió el lugar con detenimiento, era una casa grande, con el pasto del frente bien cortado y las esquinas bien pintadas. Los vidrios estaban impecables, igual que la vereda. Ahí vivía una persona con mucho tiempo libre. Estacionó a la vuelta, en una calle que llevaba poco tiempo asfaltada, esperó en silencio, mientras sentía el sol pasar por su cuello, a medida que descendía.

Eran las seis de la tarde cuando miró el reloj, que ya tenía varias grietas en el cuero de la cinta, las agujas se movían lentamente mientras las observaba. A las nueve ya no quedaba nadie en la calle, el frío le erizó la piel de la nuca cuando bajó, no le importó demasiado.

Sacó el bidón del baúl y no se molestó en cerrar, la gente no robaba por esos barrios. Caminó inclinada por el peso del envase, tardó casi cinco minutos en llegar a la entrada, escuchaba las risas de los dos hombres a

media cuadra de distancia, festejando el triunfo.

Tardó otros cinco minutos en entrar a la casa, que ya estaba a oscuras, exceptuando por un par de habitaciones. Sintió una cercanía a las dudas cuando subió la escalera, escuchaba a los hombres brindar en el comedor, hablaban tan fuerte que no habían reparado en su presencia.

Había tres puertas en el segundo piso, entró por la que salía la luz. El vapor y el olor de las sales se sentía desde la puerta vio la ropa rosada tirada en el suelo, no distinguió ninguna silueta a través de la cortina, sabía que detrás había una mujer, un ama de casa que no tenía ninguna culpa de lo que pasaba, y aun así iba a terminar perjudicada. Sintió pena por lo que estaba por hacer. Sacó la llave de la puerta, sin pronunciar sonido alguno, la mujer tarareaba una canción mientras movía los pies en el borde de la bañera, acercando peligrosamente los dedos a la llama de las velas.

Le pareció un romanticismo estúpido, y peligroso, agregó, imaginándose las cortinas incendiadas. Quizá esperaba a su marido para festejar, y él la había plantado por el hombre de abajo, se alegró de no ser casada, y se estremeció ante la idea de tener que compartir todo con otra persona.

Esparció la mitad del líquido del bidón en el suelo, intentando no pensar en que quizá esa mujer soñaría con cortinas incendiadas el resto de su vida. Le sorprendió su propia empatía.

Había abierto nuevamente la puerta para salir cuando el pie de la mujer tocó la vela, que cayó, casi en cámara lenta, el suelo se incendió en menos de tres segundos. Ana salió, cerrando con llave, el humo comenzaba a salir por debajo de la puerta, quizá la mujer gritaba pero ella no escuchaba, se iba a asfixiar adentro.

Respiró profundo, repitiéndose que era algo que tarde o temprano iba a pasar y que era un mal necesario. Los dos hombres la miraron confundidos desde el pie de la escalera, efectivamente, la mujer estaba gritando.

El primero, dueño de casa, subió tambaleándose, ya llevaba varios tragos encima. No necesitó más que una patada en el pecho para caer encima del otro.

-No hay nada más inútil que dos hombres alcoholizados- pensó, o quizá dijo. Un vaso voló y se le rompió en la frente, el dolor apareció como un aguijonazo, y la sangre brotó de inmediato. Una mano se le enroscó en el tobillo y tiró, rodó un par de escalones, golpeándose la nuca, se había volcado parte del combustible del bidón encima. No supo cuál de los dos había sido, alguno se le había tirado encima y ella había dado una patada, que había terminado por romperle la nariz. El sonido sonó igual que la

columna del gato que había visto morir a sus nueve años.

El hombre se llevó las manos a la cara, a la vez que el pánico crecía dentro de ella. Dos manos le apretaron el cuello y enseguida dejó de sentir el aire en sus pulmones, miró arriba, el fuego ya había cruzado la puerta, los gritos ya no se escuchaban. Las cosas se volvieron borrosas pocos segundos después, se llevó las manos al cuello, sintiendo el ardor en el pecho.

La estructura colapsó cuando el segundo hombre subió los escalones, probablemente para buscar a su mujer; la madera de la escalera crujió bajo sus pies, enterrándole la pierna hasta la rodilla. El aire entró inmediatamente, al igual que el dolor de la pierna cortada por la madera.

El fuego se acercó estrepitosamente, los vecinos ya habrían llamado a los bomberos, quizá. Ambos hombres habían desaparecido de su campo visual. Sacó la pierna ensangrentada del agujero y rodó abajo, los pocos escalones que quedaban, se levantó con rapidez y sintió como el dolor se intensificaba. Se tambaleó hasta la cocina, allí estaba, forcejeando para abrir una puerta.

Actuó rápido, la adrenalina alejó el dolor el tiempo suficiente que agarraba el cuchillo y lo clavaba en la cabeza del hombre. Se escuchó un crujido y cayó al piso de inmediato. Y el dolor volvió.

Capítulo 33

Capítulo 34

El charco de sangre se formó en un par de segundos, alrededor de sus zapatos, el hombre ya estaba muerto. Lo agarró del cuello de la camisa, lo arrastró unos metros con fuerza que no sabía que tenía, abrió la puerta, las llaves estaban en una taza, al lado de la entrada. Quizá no lo sabía, o quizá no estaba dispuesto a volver tan cerca del fuego, que ya había ocupado la mitad de la casa.

Corrió una cuadra y se arrastró la media que quedaba, había dejado marcas de sangre por todo el camino desde la casa. Sintió alivio cuando subió al auto, no había miradas por las ventanas ni luces rojas en la calle. Ni el humo ni el fuego se veían desde la calle. El dolor le recorrió toda la pierna cuando pisó el acelerador, dio la vuelta a la manzana, no estaba segura de por qué, simplemente lo hizo.

El segundo hombre estaba saliendo de la casa, a la que ya la envolvía el humo. Tenía el brazo sobre la mitad de la cara cuando llegó a la calle, probablemente dispuesto a gritar para pedir ayuda, apenas había abierto la boca cuando el auto lo chocó.

El cuerpo salió disparado, varios metros por delante, cayó en una posición que indicaba varios huesos rotos, quedó inconsciente, pero no muerto. El dolor ya se había vuelto insoportable, quizá incluso había fracturas, la rodilla cedió ante su peso cuando bajó del auto, y volvió a doblarse involuntariamente cuando subió, con mucha dificultad, al hombre al baúl.

Salió del barrio a la velocidad permitida, pasó junto a los bomberos en la ruta, y poco después a la ambulancia. Ya no quedaría mucho que salvar.

No bajó al hombre del auto cuando llegó a la quinta, se arrastró a la puerta con los codos, como había visto en las películas de acción. La pierna y la frente sangraban, además de otras heridas que no estaba segura de cuándo se había hecho. El olor del combustible le impregnaba la ropa y el dolor la mareaba.

Gritó cuando suturó las múltiples heridas de la pierna con la caja de primeros auxilios que había llenado, en su mayoría de cosas robadas, su madre. No había tiempo para anestesia.

Se clavó la aguja varias veces a causa del temblor de las manos, gritó todavía más cuando enjuagó toda la sangre con alcohol, y gritó aún más fuerte cuando cosió la herida de la frente.

El dolor todavía le recorría el cuerpo cuando salió nuevamente, tambaleándose, a terminar lo que había empezado.

Capítulo 34

Capítulo 35

Estuvo viéndola durante cinco minutos, habían empezado a cosquillearle las rodillas por sostenerlas sobre la tapa del inodoro.

-¿Es algún fetiche?- dijo, continuando viéndose en el espejo. Ana se ruborizó y llevó ambas manos a las mejillas para bajar el calor, no respondió- ¿Siempre espías en los baños, o sólo yo tengo ese privilegio?- frunció el ceño y permaneció callada, no la había visto.

La doctora se dio vuelta, sacudiendo las manos mojadas, empujó la puerta con el pie, sonrió al verla, aunque no era una sonrisa feliz.

-No viniste a tu sesión- Ana permaneció inmóvil, el rostro de la mujer se relajó un poco.

-Me pareció más interesante tenerla fuera del consultorio- mintió.

-No te creo nada- puso las manos debajo del secador, hubo un minuto completo de silencio, exceptuando por la máquina, claro.

-Tu consultorio no me gusta, y a vos tampoco- no respondió, se apoyó en el lavamanos.

-No te había generado inconvenientes hasta el momento.

-Yo tenía un auto, ¿Sabías?- bajó los pies del inodoro y cruzó las piernas, igual que habría hecho en la silla frente al escritorio de la psiquiatra.

-¿Qué tiene mi consultorio que te incomode?

-Era un auto bonito- miró al costado, a una ventana invisible- sucio, muy sucio, pero bonito- siguió sin mirarla- el motor hacía un ruido raro, y me daba la sensación de que en cualquier momento el tanque explotaba, pero me gustaba.

-¿Qué tiene mi consultorio que te incomode?- reiteró.

-¿Dónde está mi auto?- la miró a los ojos, no parecía incómoda.

-No tengo idea, ¿Qué tiene mi consultorio que no te gusta?

-Capaz las flores, capaz la ventana, capaz el hecho de que ahí interrogas a

todo el mundo, ¿Dónde está mi auto?

-No te interrogo, te doy terapia. Tu auto o se entregó a terceros o pasó a ser del Estado.

-Nunca me dijiste tu nombre.

-No lo voy a hacer tampoco.

-Soy tu capricho- no respondió- hay muchos psicólogos, no deberías darme terapia.

-Sos mi loca más interesante- se miró las uñas, pintadas de rosado.

-No podés decirle locos a tus pacientes- fingió estar ofendida.

-Pero puedo decírtelo a vos.

-No sos muy buena terapeuta.

-Vos tampoco sos la paciente ideal- sonrió y se dispuso a salir- las sesiones son en el consultorio- bajó la manija pero no abrió la puerta- te va a tener que gustar.

-¿A dónde tan arreglada, Su?- tensó la espalda, quedó inmóvil- ¿Malos recuerdos?, ¿Cómo te decían en la escuela? ¿Su-Sue? Un apellido en inglés abre muchas puertas en este país, y elegiste un psiquiátrico público con un sueldo miserable.

-¿A quién le preguntaste?

-Los escucho hablar por los pasillos, Su, no me tomes por estúpida ¿Seguimos nuestra sesión?

-No, tu horario terminó, y el mío también- Salió del cubículo y puso una mano sobre la puerta, algo insignificante, pesaba al menos diez kilos menos que esa mujer. Aun así permaneció inmóvil.

-¿Preferís Susi?- la mujer apretó la mano sobre la manija, aunque sin moverla.

-Prefiero Doctora, si no te molesta- bajó la manija pero Ana sostuvo la puerta, ninguna se veía alterada para nada.

-No me molesta en absoluto, Doctora- sonrió, sin apartar la mano.

-Te vas a causar problemas vos sola.

-Las dos sabemos que las cámaras en los baños son ilegales, ni siquiera tendrías que estar acá en primer lugar- se quedó callada, no la miraba a los ojos- nunca trabajé en un loquero, pero dudo que los pacientes y sus terapeutas compartan baño- siguió callada- o capaz la que no tenga que estar acá sea yo, pero lo dudo.

-Si la intención era dar miedo, no lo estás logrando, Ana.

-Prefiero Licenciada, si no te molesta- sonrió.

-Te recibiste.

-Me recibí hace dos años- llevó la mano libre a la nuca de la mujer y la golpeó contra la puerta y cayó al suelo llevándose ambas manos a la nariz sangrante. El bolso que le colgaba del hombro cayó y todo su contenido se desparramó en el piso, se lanzó rápidamente contra la mujer, la sujetó por el cuello, de espaldas, apretó con fuerza- es la magia de vivir en Argentina, nadie verifica nada- la mujer clavó las uñas en el brazo de Ana pero siguió apretando, su rostro pasó de blanco a rojo y de rojo a azul hasta que finalmente dejó de moverse, la soltó- a los nenes caprichosos siempre los terminan castigando.

La sangre siguió brotando de la nariz, corrió ambas piernas del paso de la puerta con el pie y se arrodilló junto al bolso, vació todo el contenido.

-Pura basura- dijo separando todo el maquillaje- diez pesos a que es rosa- se apostó a sí misma y sacó el teléfono, la funda era rosada- típico- sonrió y arrugó la nariz.

Desbloqueó el teléfono y entró a los mensajes, se reprochó a si misma por no contemplar la opción de que tuviera contraseña, había tenido suerte, y la suerte siempre era limitada. Escribió el número de memoria, sonó tres veces y nadie contestó, buscó los mensajes, se acababa el tiempo. Solo escribió tres letras, lo suficiente para reclamar un favor: ANA.

Borró la llamada y el mensaje y guardó las cosas nuevamente en el bolso. Salió del baño, como si nada, caminó lento, casi esperando que alguien apareciera a la vuelta de la esquina, la encontró al final del pasillo, mordiéndose las uñas.

-Tardaste muchísimo.

-A una dama no se le apura a salir del baño- se limitó a decir, el pasillo estaba desierto, el baño estaba doblando la esquina, la chica comenzó a

pasar el trapo por el piso, nerviosa- ¿Las tenés?

-Sí- se llevó una mano al bolsillo del pantalón y sacó una llave- ¿Y si había cámaras?

-Es un hospital público, Estela.

-No me llamo Estela.

-Gracias a Dios porque es un nombre horrible- Se llevó la llave a la boca y la tragó- ¿Ahora no tenés que limpiar el baño?- no respondió y se fue.

Ana ya estaba frente al comedor cuando escuchó el grito, y en su cama cuando escuchó la ambulancia.

-Que irónico ¿No?- dijo en voz alta- un lugar lleno de doctores y aun así llaman a una ambulancia- no era un chiste pero aun así rio.

Siguió riendo cuando los enfermeros entraron, siguió riendo cuando sintió la aguja penetrar el músculo.

-¿Haloperidol?- preguntó, aún riendo. El enfermero no contestó.

Siguió riendo cuando inyectaron el Diazepam, siguió riendo hasta que se le cerraron los ojos y se quedó dormida.

Capítulo 35

Capítulo 36

Le temblaron las manos sobre el manubrio, nunca le temblaban las manos. Una taquicardia peligrosa le recorría el cuerpo, aunque no era ni de nervios ni de emoción.

-Maté- dijo o pensó, no estaba segura- maté sin motivo- Buscó a tientas la caja de cigarrillos pero no la encontró, se imaginó que tenía uno en la mano.

Buscó algo que interrumpiera el silencio, cualquier cosa. Recorrió cada centímetro de su mente pero ninguna melodía emergía. Se concentró en el sol que empezaba a subir por el cielo, no brillaba lo suficiente para encandilarla, durante un segundo quiso que lo hiciera, se llevó el cigarrillo imaginario a la boca e inhaló profundamente.

-El orden de los factores no altera el producto- dijo y no pudo evitar reír- en este caso no aplica- el silencio entre una palabra y otra le perturbaba- si ahora estuviera yendo a buscar al Cura por lo menos me podría confesar- volvió a reír ante la ironía y dio otra calada al cigarrillo invisible.

Sentía algo en el pecho, miedo. No, culpa. Era la primera muerte indeseada. Y todavía faltaban muchas más. Se cuestionó si no había algo mal en lo que estaba haciendo.

-Algunos dirían que matar está mal- se dijo- pero yo maté a un asesino- no, asesino no, se corrigió- hijo de puta pero no asesino- recordó la imagen del hombre saliendo del tribunal, triunfante después de ganar un juicio del que era culpable.

-Y también maté a una mujer- la sensación en el pecho volvió- una mujer que no había hecho absolutamente nada- que sepamos- una vida inocente- la última palabra le resonó en la cabeza mientras doblaba la esquina en una calle desierta, acababa de entrar a un pueblo.

-Inocente- repitió, ¿Realmente alguien lo era? La imagen del incendio regresó a su cabeza, recordó el humo entrándole por la nariz y quemándole los ojos- mi gato era inocente, y así y todo lo mataron- Se le erizó todo el vello al revivir el primer trauma de su vida, quizá ese fuera el segundo, ojalá el último-No, yo maté a un hipócrita, nada más.

Uno más, un abogado hipócrita de muchos otros, no podía matarlos a todos. Aun así habían ocurrido dos muertes inesperadas en la búsqueda del hipócrita. Una, no tan dolorosa, la de un hombre culpable, salido

impune, y otra; que prefirió no recordar.

El auto se sacudió levemente y escuchó un golpe. Abrió los ojos de par en par y tiró el cigarrillo invisible. No había matado a ningún abogado.

Debían ser como las siete de la mañana, el sol comenzaba a calentar. La calle seguía desierta, estacionó en silencio e inspeccionó el auto en busca de un arma, cualquier cosa. Los golpes se hicieron más insistentes, en cualquier momento iba a encontrar la fuerza para gritar.

Bajó del auto, con la llave en la mano, eso podía salir bien o extremadamente mal, miró el reloj pero las agujas estaban paralizadas, había que arriesgarse, golpeó dos veces el baúl y habló.

-¿Hola?- no hubo respuesta- capaz me lo imaginé- dijo a una persona invisible, los golpes volvieron a iniciar-¿Hola? Dame la llave, tiene que estar puesta- intentó no reírse ante la excelente actuación de voz. Giró la llave y abrió el baúl, en la cara del hombre se veía una esperanza estúpida. No la reconocía.

-¿Te podés mover?- preguntó lo más alterada que pudo actuar.

-No- el dolor de las fracturas, varias de ellas expuestas, pareció incrementarse cuando habló- sácame de acá, ya- no le gustó el tono de voz, muy demandante para un hombre secuestrado, hizo el ademán de levantarlo, en su lugar sacó la caja de plástico negro que se encontraba debajo suyo.

-A mí me hubiera gustado hacer esto en un lugar más privado-dijo, mientras buscaba en la caja, finalmente encontró la llave en forma de cruz, cerró nuevamente la caja y la dejó encima del hueso asomado por la pierna, el hombre se retorció de dolor- pero no va a poder ser- Golpeó con la llave el espacio entre los ojos, el hombre gritó cuando escuchó el crujido del cráneo rompiéndose, atestó otro golpe, más a la izquierda, y otro a la derecha, uno más fuerte que el anterior. Golpeó dos veces más después de que el hombre quedó inerte, tiró la llave encima de lo que quedaba de cabeza, estaba llena de sangre y demás cosas rojas que prefirió no identificar. Cerró nuevamente el baúl y subió al auto. Prendió otro cigarrillo imaginario, la calle seguía desierta.

Prendió la radio y el relator dijo que eran las siete y tres de la mañana, hora de levantarse para ir al colegio.

O a trabajar, pensó y la sensación en el pecho desapareció.

Manejó un rato, paró a recargar gas dos veces, escuchó las noticias, que decían que alguien había incendiado la casa del abogado del acusado de agresión sexual. El acusado y la esposa del abogado habían muerto y el abogado estaba desaparecido.

No hablaron de la sangre que probablemente hubiera en el asfalto frente a la casa, ni del cadáver que había en la cocina. La víctima había dicho que lo agradecía, no le había importado parecer éticamente incorrecta al decir lo que pensaba. A Ana le agradó.

Dio varias vueltas más antes de volver, el cadáver parecía pesar menos que antes, quizá fuera por la satisfacción de que estuviera muerto, o los litros de sangre que había perdido.

-Con vos ya ni tiene sentido que te pongamos lindo- rio, tiró el cadáver al piso, no se molestó en subirlo a la mesa, ni en hacer los cortes, no merecía nada de eso.

Limpió la sangre seca del vientre con algodón y alcohol, del botiquín que había usado para suturarse, cortesía del ahora cadáver. El dolor apareció cuando recordó lo sucedido, le recorría el cuerpo como una oleada eléctrica, una muy desagradable.

Utilizó un marcador negro, indeleble, escribió en letra cursiva, ayudándose con la guía que alguna vez le había hecho su abuela.

Admiró su obra, más desprolija que las anteriores, ya no tenía demasiado sentido limpiar las huellas, en la casa debía estar lleno.

Sintió que faltaba algo, un elemento sorpresa. Miró alrededor en busca de inspiración, la encontró en la cocina.

Primero envolvió la cabeza, el papel transparente se había tornado rojo, dibujó un moño con el marcador negro, era casi imperceptible, un regalo.

Tardó una hora en limpiar el baúl, acabó oliendo a desinfectante de jazmín, el cadáver envuelto entró con más dificultad que la primera vez. Sonrió.

-¿A dónde te llevo?- Cerró el baúl y subió al auto por tercera vez en el día.

Capítulo 36

Capítulo 37

El hombre le había hecho preguntas, muchas preguntas, no respondió a ninguna. Habían pasado cuarenta minutos en silencio.

-La Doctora Sue me había informado que iban mejorando, con ella hablabas ¿Por qué conmigo no?

-La Doctora me caía bien.

-¿Y ahora?

-Ahora son las diez menos cuarto- no tomó nota, ella habría tomado nota de su broma.

-¿No te arrepentís de lo que hiciste?

-En absoluto.

-¿Culpa?

-Ninguna.

-¿Cuál era la intención?

-Yo te podría matar en cinco minutos.

-No, no podés.

-Claramente no, con semejante desventaja.

-Hay que tomar precauciones cuando un paciente ataca a su terapeuta.

-Tuvimos un encuentro en un lugar y momento desafortunados, nada más.

-En este momento sos impredecible.

-¿No lo fui siempre? Me ofende muchísimo doctor, me subestiman.

-Un cambio de actitud tan brusco- dijo pero no lo anotó, Ana sintió la necesidad de golpearlo, lo hubiera hecho de estar fuera de la cama.

-Atarme contra mi voluntad es brusco, y seguramente ilegal.

-Atacaste a una médica en el baño, nadie va a estar a solas con vos sin seguridad ¿Qué esperabas?

-Los terapeutas de este hospital son demasiado directos, poco prudente de su parte ¿Será que se conocen?- permaneció callado- ¿Hermanos?, ¿Parientes lejanos?, ¿Amantes o algo así?- siguió sin emitir sonido- ¿Ex amantes?

-No estamos hablando de mí, Ana.

-Vos no me podes decir Ana, pedí permiso la próxima vez.

-Disculpame, es la costumbre ¿Cómo preferirías que te llame?

-Preferiría… que llamaras a un psiquiatra diferente- sonrió, burlándose.

-No soy psiquiatra- se sintió indignada- soy psicólogo.

-¿Y a qué se debe semejante disminución de calidad de atención?

-A que vos atacaste a la única que podía brindarte la calidad de atención que querías.

-Que pésimo uso de recursos ¿Un psiquiatra para todo el edificio?

-Qué te puedo decir, recortes.

-Solicito que me desaten.

-Denegado, Señorita López- anunció el nombre con un dejo de burla.

-Licenciada López, tengo un título igual de importante que el tuyo.

-Cierto, Licenciada. Tengo más pacientes, que descanses- se dirigió a la puerta.

-Así estamos como país- le gritó antes de que saliera, el hombre sonrió, aunque el comentario le había desagradado.

Pasó veinte minutos gritando hasta que el enfermero entró, ambos se miraron con desprecio.

-Esto es un abuso, además quiero ir al baño- la miró con desconfianza- me porto bien.

Caminó despacio, disfrutando cada segundo fuera de la cama.

-Puedo entrar sola.

-No, no podés.

-Es el baño de mujeres- abrió la puerta e inspeccionó, estaba vacío. No se molestó en revisar cada cubículo.

-No hagas nada de lo que te vayas a arrepentir, por favor- no supo bien a qué se refería, pero entró. Hubo un largo silencio, hasta que la voz del cubículo de al lado habló.

-Te recontra pasaste.

-Vos querías tiempo, te di tiempo.

-No me refería a que la atacaras, te decía que le sacaras charla mientras buscaba la llave- abrió la puerta del cubículo y cerró los ojos al verla sentada- ¿Cuándo vas a entrar?

-Hoy- salió del cubículo y se apoyó en el lavamanos- bueno, esta es la parte fea- la miró.

-¿Esta? La parte fea es que casi matas a una persona- se dio vuelta y comenzó a lavarse las manos.

-Maté a siete, Estela, creeme yo sé cuándo casi mato a alguien, la dejé inconsciente nada más.

-¡Inconsciente por falta de aire!, y le rompiste la nariz, casi me muero cuando la encontré. Y ya te dije que no me llamo Estela.

-¿Y cómo te llamas, entonces?- la mujer la comenzaba a irritar, casi era como si realmente estuviera embarazada.

-No te lo pienso decir.

-Entonces no te quejes y buscá la llave- la miró sin comprender. Señaló el reflejo del inodoro- ¿Querés esa pastilla o no?- La chica parecía dispuesta a discutir pero prefirió no hacerlo, utilizó dos guantes y reprimió tres arcadas- Bien, todo sea por una buena causa- desinfectaron la llave con lavandina y Ana salió del baño, con la llave en el zapato.

Escuchó una discusión en el pasillo, desaceleró el paso, doblaron la esquina, donde estaba la puerta del consultorio.

-Pero tomate un par de días al menos- era el psicólogo, tenía la mano levantada, frustrado.

-No me tomo un carajo, tengo pacientes- no pudo evitar sonreír al verla, había temido matarla cuando la dejó en el piso del baño. Abrió los ojos con satisfacción, era la primera vez que no la veía calmada, le resultó divertido. Tanto ella como el enfermero se detuvieron inconscientemente para ver la discusión- y vos no tenés ningún poder de decisión en mi vida ya.

-Susana, por favor pensá- juntó las manos como para rezar y se las llevó frente a los labios, rogando- Por poco te matan, necesitas reposo, terapia.

-Ya tengo terapia, no necesito más terapia, menos de la tuya- quiso abrirse paso al consultorio pero el hombre bloqueó la puerta, el corazón le latió con fuerza, si entraba iba a notar la ausencia de cierta llave.

-Vos no estás bien, no podés atender a nadie. Estás histérica, Su- el rostro de la Doctora enrojeció de ira.

-No me digás así- hizo otro intento de abrir la puerta, el hombre no dejó de bloquearla. Ella le sacaba por lo menos diez centímetros, sin tacones. El hombre se llevó el pulgar y el índice a los ojos.

-Estoy yo, hay más psiquiatras, andate a casa, unos días nomás, va a estar todo bien.

-Y vos que sabrás de mis pacientes, no sabés ni de mí- sonrió, al ver la conexión.

-Dijimos que no íbamos a discutir más del tema- los vio de reojo y enrojeció ligeramente, ninguno de los dos espectadores se movió.

-No- ella todavía no los veía, seguía haciendo intentos por abrir la puerta- dijimos que no íbamos a discutir más frente a Felipe, y yo a Felipe por acá no lo veo, solo veo a un pelotudo- Ana contuvo la risa, vio el odio en los ojos de la mujer.

-Dijimos que no íbamos a discutir temas personales en el trabajo, Susana- la mujer enfurecía cada vez que pronunciaba su nombre.

-Seguro que no le molestaba cuando lo decía gimiendo- dijo en voz baja el enfermero sin percatarse de que no hablaba con un amigo, aun así Ana rio.

Él le dijo algo al oído y ella se giró para verlos, en silencio. El enfermero se dispuso a seguir caminando pero Ana se quedó quieta sin romper el

contacto visual.

El enfermero tiró del brazo y finalmente se movieron, le guiñó un ojo a la doctora. No la miraba con miedo, ni con odio, simplemente la miraba, casi con curiosidad.

-Tenés turno a las seis- dijo en voz bastante alta antes de que doblaran por el pasillo- en el consultorio- agregó, pero Ana ya no la veía.

Capítulo 37

Capítulo 38

Contaba lento, segundo por segundo. El enfermero la agarraba del brazo, sin fuerza, aparentando; como si los dos no hubieran estado escuchando una conversación que no debían, solo que a él podía costarle su trabajo.

La cruzaron menos de cinco segundos, lo suficiente.

-Buenos días, Estela- dijo, y milagrosamente la chica entendió, afirmó imperceptiblemente con la cabeza, mirándola a los ojos. El enfermero veía al piso. Caminaron más de lo necesario, ella guiaba, aunque él la llevaba.

-No va a ser necesario que me ates a nada, querido- dijo, el hombre seguía con la mirada perdida, no parecía recordar lo que tenía que hacer. Ana se metió en la cama y se tapó únicamente con las sábanas- sos mi favorito- le dijo cuando se acercó a la puerta- podrías ser doctor, si quisieras- el hombre se dio vuelta, la miró extrañado, no acostumbraba las amabilidades, abrió la boca para decir algo pero Ana siguió hablando- estaba pensando en una producción casera de serotonina-levantó la mano debajo de las sábanas- a no ser que planees ayudarme, te vas a tener que retirar- no enrojeció, simplemente salió por la puerta, sin cerrar.

Ana sonrió y se sentó sobre la cama, la mujer tardó alrededor de diez minutos en llegar, le temblaban las manos.

-Te noto más gorda- dijo cuando se asomó por la puerta.

-Todavía no entró, siguen peleándose afuera- ignoró el comentario.

-Es lo que tienen las relaciones sexuales- comenzó a decir mientras se ponía nuevamente las zapatillas, con la llave ya en mano- siempre terminan mal-la miró y sonrió- vos lo sabés más que nadie.

-Apurate.

-¿Pensás que a Da Vinci lo apuraron para robar la Mona Lisa?

-Me da igual- Ana se indignó ante la falta de corrección.

-Que poco culta, con razón te embarazás- la mujer volvió a ignorar el comentario- vamos- caminaron juntas hasta el final del pasillo, hasta la puerta, Ana no se preocupó por ver que nadie la viera, giró la llave y entró.

Era una habitación sin ventanas, con muchas estanterías, miró los medicamentos al azar, buscó un rato en las benzodiacepinas, se detuvo en el clonazepam; al menos eso no la iba a matar; sacó varias, eran redondas, frunció la nariz. Pensó en voz alta.

-Si pensaba que Da Vinci era chorro, no se va a dar cuenta- las guardó en el bolsillo del pantalón, se tensó al escuchar la voz de la mujer afuera.

-No podés pasar, está mojado- Buscó un lugar donde esconderse, no lo había. En el peor de los casos la echan, pensó y aguantó la risa. La mujer discutió un rato con la voz de un hombre, que al final se alejó con pasos pesados. Golpearon la puerta, en señal de que se apurara.

-No las encuentro- le dijo en voz baja y se agachó ante la heladerita de la esquina. Se escuchó el ruido del vidrio chocando entre sí cuando la abrió, había un sinfín de frasquitos adentro, metió la mano hasta el fondo, donde aguardaban los de tapa roja, engomados, para que entre la aguja. Guardó el frasquito en el otro bolsillo y cerró con cuidado.

Golpearon nuevamente la puerta y no se molestó en contestar, abrió un cajón de plástico, sacó una jeringa al azar, era grande, hizo lo mismo con la aguja y los guardó en el mismo bolsillo.

La mujer dio un respingo cuando salió por la puerta, el pasillo estaba desierto, y mojado. Ana giró la llave y comprobó que estuviera cerrada, se mojó los labios y sonrió, tiró la llave en el balde de agua con lavandina.

-Llevala rápido, que la veo a las seis, y después vení a buscar tu caramelo- sonrío nuevamente y caminó, dejando las marcas de las zapatillas en el piso.

La mujer pasó el trapo detrás suyo, de mal humor. Ana le guiñó un ojo antes de doblar la esquina, por el pasillo se acercaba un hombre, el que le había dado un intento de terapia, y el que se había ridiculizado discutiendo con su mujer en el pasillo.

-¿A dónde tan peinado, licenciado?- la miró de reojo y tuvo el impulso de llevarse la mano a la cabeza, que brillaba, sin un solo pelo. Sonrió a la fuerza y siguió caminando- Descabellada discusión, la que tuviste con tu mujer- Ana soltó una carcajada, el hombre se paró de golpe.

-¿Vos que hacés acá?- se puso seria, dándose cuenta de lo que acababa de hacer, el hombre se le acercó, con las cejas demasiado juntas- no podés salir sola.

-Ser amiga de una psiquiatra tiene sus privilegios- se limitó a decir y siguió caminando, el hombre la agarró del brazo, igual que había hecho el enfermero, pero con más fuerza- no me estoy resistiendo, no hay

necesidad de utilizar la violencia- Dejó de hacer fuerza con las piernas y dejó caer todo su peso al vacío, se le doblaron las rodillas y cayó al suelo, empezó a gritar.

Debían ser gritos fuertes porque enseguida cinco personas estaban en el pasillo, viendo el escándalo. El psicólogo intentaba levantarla y pedirle que se calmara, lo pateó en la cara y gritó más, temió que se hubiera roto el frasquito.

-ANA- gritaron, y se detuvo, la mujer la veía desde arriba con desaprobación- basta- Ana le sonrió. La doctora le tendió una mano al hombre, que tenía ambas manos en el rostro, sobre la nariz- y así querés atender a mis pacientes- lo dijo bajo, para que sólo él lo escuchara, aunque Ana también lo hizo.

-Prefiero licenciada, si no te molesta- le dijo mientras los enfermeros la levantaban- con razón te dejaron- soltó una carcajada ante la cara del hombre- A las seis, no te olvides- fue lo último que le dijo antes de la inyección.

Llevaba unas horas de sueño cuando la despertaron, se llevó las manos a los bolsillos y comprobó que todo seguía ahí, intacto.

-Pasá, rápido.

-¿Cómo se te ocurre? Semejante escándalo ¿Vos estás loca?- Ana asintió y volvió a reír.

-No estoy acá de vacaciones, Estelita- sacó las pastillas del bolsillo derecho y se las dio- una ahora y la otra en veinticuatro horas- no sabía si era correcto, pero no la iba a cuestionar- ¿La llave?

-La dejé mientras limpiaba, todavía está hablando con el tipo, ya lo curaron. No le rompiste la nariz de pedo.

-No soy partidaria de la violencia- volvió a reír por la ironía- pero no me dejó otra.

-¿Decís que lo echen?

-No, a este hospital le encanta contratar boludos, nada más mirate- el comentario pareció afectarle pero a Ana no le importó, quería dormir. La mujer salió sin decir nada.

Capítulo 38

Capítulo 39

No se movió cuando escuchó el teléfono por primera vez, ni la segunda, ni la tercera, ni la cuarta, tampoco se movió cuando el celular dejó de sonar y el fijo inalámbrico sonó al lado de la cama, sólo se movió cuando sintió el manotazo de la mujer de al lado.

-Atendé, carajo- dijo y se dio vuelta. Bianchi atendió el teléfono pero no dijo nada.

-Otro- dijeron y enseguida cortó.

Capítulo 39

Capítulo 40

Lo vio en las noticias mientras masticaba semillas de girasol, lo habían encontrado tirado en la calle, envuelto en papel film. Habían tardado una semana en informar a la prensa, y habían omitido muchísima información entretenida, como la particularidad de la “firma” de Ana.

Apagó el televisor del botón, porque el control se había perdido hacía años. Se levantó y caminó con una lentitud desesperante al pasillo, había tres puertas, todas exactamente iguales, dos que permanecían cerradas desde hacía varios años.

Abrió las primeras dos, que estaban enfrentadas, la izquierda era la del baño, el frío parecía venir incluido con la habitación, se le erizó la piel de los brazos y volvió a cerrar. La de la derecha era la despensa, sonrió internamente al ver el congelador, pero no entró.

Se detuvo a dos pasos de las otras dos puertas, estuvo completamente quieta por lo menos cinco minutos, finalmente abrió la puerta de la izquierda, su puerta.

Era una habitación simple, cuadrada, y pintada de gris. El gris la representaba, se había dicho alguna vez, cuando todavía era común. El gris era el color más aburrido de todos, como ella, la más común de todas, con el nombre más común de todos, en la ciudad más común de todas. Ella había sido gris, evitó imaginar qué color sería ahora.

La cama estaba debajo de la ventana, que permanecía cerrada con las persianas. La luz no prendía, caminó hasta la ventana y abrió las persianas, que se quejaron con un chirrido. Observó la que había sido su habitación con detenimiento, era completamente aburrida.

Esta sería la habitación de un psicópata, se dijo, estaba totalmente despersonalizada. Abrió el armario en busca de algún dibujo, póster o foto, pero ambas puertas estaban impecables. No había rastro de cinta en ningún lado, ninguna evidencia de que allí alguien había pasado su adolescencia.

Se sentó frente al escritorio, al que recubría una densa capa de polvo, ahí había empezado a escribir su tesis, había elegido el tema antes de empezar la carrera, y la había borrado al menos diez veces hasta el momento. Sintió algo que bien pudo ser nostalgia, pero que nunca admitiría. Admiraba su determinación, seguramente tuviera el promedio más alto, aunque no le interesaba. Era complicado repartir el tiempo entre una carrera universitaria y una de homicidios, había elegido la segunda.

Quizá se arrepentía.

Se enojó, no estaba segura de con quién, con sus padre por arruinarle la vida, con su madre por nunca volver a buscarla, con sus abuelos por morirse y con el cuarto por recordarle todo eso. Y consigo misma, aunque no entendía por qué.

Salió y dio un portazo, se quedó quieta casi escuchando los pasos de la que la había criado, hasta le pareció que la veía venir por el pasillo dispuesta a tirarle de la oreja por golpear la puerta. Sintió algo en el pecho cuando entendió que no iba a pasar, se quedó mirando la puerta de en frente, no había entrado desde que habían muerto, primero ella y después él.

Posó la mano en el picaporte, pero no la movió, se le aceleró ligeramente el pulso. Sentía el contacto con el metal frío, le disgustaba. Bajó la manija pero no abrió, tocó la puerta y entró. La habitación parecía más chica con la cama de dos plazas, que ya tenía el colchón hundido, con la forma de los cuerpos que alguna vez habían dormido ahí. Solo había dos mesitas de luz y una cajonera, no había escritorio como en su cuarto. Inhaló profundo pero no sintió ningún olor, la sensación en el pecho se volvió más fuerte.

Se sentó en la cama, recordó como una vez había saltado y roto una de las maderas del soporte del colchón, la habían golpeado fuerte, aun así sonrió. En esa cama había nacido su padre, pensó, habían querido que ella naciera ahí también pero su madre se había negado a parir en cualquier lugar que no fuera un hospital, había sido una suerte porque requirió de una cesárea.

-Yo no salí, a mí me sacaron- pensó en voz alta, como si eso fuera una respuesta a algo. Se frotó los ojos aunque no estaba llorando y salió. Intentó no preguntarse qué pensaría su abuela de lo que estaba por hacer, pero lo hizo.

Capítulo 40

Capítulo 41

Reprodujo en su mente una melodía de Mozart, no le gustaba Mozart, pero no recordaba nada más. Esperó cuarenta y cinco minutos afuera de la casa de la mujer, le temblaban ligeramente las manos, se sentía observada, juzgada.

Vio a la mujer bajar de su auto y caminar a la puerta de la casa, y la vio volver porque se había olvidado las llaves, prendió y apagó las luces del auto, invitando a la mujer a que se acercara, la mujer dudó, Ana movió una mano y dijo "vení" sin producir sonido, la mujer se acercó con desconfianza a la ventana, Ana la bajó completamente.

-¿Qué necesitas?

-No me prende el auto.

-Pero si me acabás de hacer juego de luces- lo hizo rápido, estaba cansada, clavó el cuchillo en el abdomen de la mujer y la metió al auto por la ventana. Debía pesar unos noventa kilos, varios más que ella, intentó no pensar hacía cuánto no comía. La mujer no gritó, estaba en shock, le pareció oportuno dado que era un barrio transitado. Comenzó a gritar cuando el auto se puso en movimiento y no paró hasta que llegaron. Había intentado golpearla y abrir las puertas, sin mucho éxito.

-Si te movés y ese cuchillo se sale, te morís, Gloria- No sabía si ese era su nombre, pero había entendido. Se limitó a gritar y a pedir ayuda hasta que llegaron, no quiso bajar hasta que le dijo que en el auto se iba a morir desagrada. Prácticamente la arrastró hasta el sillón. La miraba con horror.

-¿Quién sos?- dijo y Ana la golpeó en la cara.

-Shhhh, que ya te escuché todo el camino. Movete y te morís- caminó a la cocina y buscó el botiquín, quedaban dos frasquitos de anestesia, debía estar vencida- A ver, yo te curo, pero te la tenés que aguantar- La mujer no habló- Elegí, eso o te morís- La mujer siguió sin responder- bueno- buscó debajo de la mesada, había varias botellas de vino- tendrá que ser algo natural- sacó dos, pero solo abrió una, sirvió una buena cantidad del líquido en una copa y la acercó a los labios de la mujer- Si no te coso sin nada, y te la bancás- la mujer tomó, atragantándose, se notaba cómo el alcohol le quemaba la garganta, buena parte del vino se cayó- bueno, ya va a hacer efecto- le golpeó la cabeza con la botella cerrada, el vidrio se rompió y el líquido se desparramó por todos lados. Machó el sillón y a la

mujer, y cayó al piso.

Gritó y se movió ligeramente, abría y cerraba los ojos, Ana la volvió a golpear y los ojos no se volvieron a abrir.

-Como dije, natural- sonrió y soltó una carcajada, tardó más en enhebrar el hilo nylon en la aguja quirúrgica que en suturar a la mujer. Había perdido mucha sangre, pensó, cabía la posibilidad de que no se despertara. Los puntos estaban torcidos y demasiado separados, volvió a reír- menos mal elegí Letras y no Medicina- volvió a abrir los ojos veinte minutos después, hizo una mueca de dolor. Ana estaba en el sillón de enfrente.

-Te detesto- le dijo a la mujer- no es personal, es a los hipócritas en general- la mujer no respondió, parecía perdida, casi ni la miraba- yo lo maté ¿Sabías? Al tipo- la mujer pareció recordar que estaba viva, la miró con atención, Ana sonrió- a los dos.

-Y a esa pobre mujer- deliraba de dolor, debía saber que no se iba a salvar.

-Un efecto adverso.

-¿Ahora me vas a matar a mí?

-Efectivamente, señora- hizo una pausa, la mujer miró al techo- ¿O preferís que te diga señora Jueza?

-Hice mi trabajo, no me podés culpar de nada.

- Te puedo culpar de dejar salir como si nada a un violador.

-Sos amiga de la chica ¿No?

-Para nada, ni siquiera la conozco.

-¿Y entonces?

-No me estás prestando atención, Gloria- la mujer tuvo la prudencia de no corregirla- a mí los violadores no me importan, los hipócritas sí. Vos y el abogado fueron muy hipócritas- la miró a los ojos- a mi parecer- agregó.

-¿Y los otros?

-No hace mal matar alguna que otra lacra, me faltabas vos. La que decidió ignorar su promesa de justicia.

-¿Soy una hipócrita?

-Efectivamente.

-¿Y vos?- Ana se paralizó, no estaba segura de por qué, por primera vez la mujer sonrió- ¿No sos vos la más hipócrita de todos?- Ana sintió como el poco color de su cara se iba perdiendo, la falta de alimentación se hizo presente- ¿No es hipócrita llamar hipócrita a los demás? Que nos juzgues por errores humanos ¿No te hace una hipócrita?, ¿No es hipócrita que nos mates?- Ana no respondió, dejó de sentir los dedos de los pies- ¿Nos vas a matar a todos? Tendrías que empezar por vos.

Ana la miró y tuvo una arcada, aunque tenía el estómago completamente vacío. Agarró el cuchillo y lo clavó nuevamente, rompiendo los puntos. La mujer gritó, Ana sacó el cuchillo y se lo clavó en la cara, la sangre salía a chorros, la mujer no dejaba de gritar, aunque ni siquiera lo había clavado por completo. Volvió a clavarlo, esta vez más arriba, sobre el ojo, se escuchó un crujido y la mujer calló. Lo volvió a clavar tres veces más, en ambos ojos y en el pecho. La mujer estaba empapada en sangre. Tiró el cuchillo al suelo y caminó a la cocina.

Se estaba lavando las manos, nuevamente con arcadas, cuando sonó el teléfono. Lo mojó cuando atendió, era la voz de un hombre, una voz que no le era familiar.

-Ana ¿No? Ana López, en un gol blanco, en un lugar donde me parece que no tenía que estar- Dejó de sentir el resto del cuerpo, estaba por hablar cuando se empezaron a formar puntos negros en su visión.

-¿Quién habla?- dijo antes de perder el conocimiento.

Capítulo 41

Capítulo 42

-Entonces, ¿De qué querés hablar?

-Yo de nada, la que me mandó a llamar fuiste vos.

-Sí, porque soy tu terapeuta- tenía los labios rosados, y el pelo planchado.

-¿Te arreglaste tanto para mí?- Puso las manos sobre el escritorio y movió los dedos.

-Todo puede ser- sonrió y anotó algo en la libreta.

-No parecés muy afectada por eso que los psicólogos llaman- miró al techo- trauma.

-Qué te puedo decir, soy una caja de sorpresas- sonrió, y a Ana le desagradó la sonrisa.

-Me alegro que esté bien, doctora ¿O ya te puedo decir susi?- la sonrisa desapareció y se tensó sobre la silla- Ahí está el trauma ¿Cómo está Felipe?- la incomodidad de la mujer se intensificó, no respondió- Tu hijo.

-Estamos los dos muy bien, gracias.

-¿Ya aprendió a escribir?

-Está en segundo grado.

-No te pregunté eso- no dijo nada más-Felipe, que nombre poco original, seguro lo eligió tu marido- la mujer no la corrigió- ¿Te gustó estar casada?- se quedó callada, hasta pensó que no iba a responder, Ana cruzó una pierna sobre la otra y la mujer habló.

-Me gustó casarme, estar casada no sé.

-Espero que Felipe no se parezca a su papá- dijo levantando las cejas, recordando al psicólogo.

-¿Y vos?

-No me gustaría casarme- respondió, evadiendo lo que en realidad preguntaba- imaginate compartir cama con alguien por el resto de tu vida,

espantoso.

-¿Te parecés a tu papá?- Ana no respondió, miró por la ventana, el cielo estaba gris y el pasto mojado, aunque no llovía.

-No siento la lluvia desde hace mucho- intentó recordar cuándo había salido por última vez, no lo logró.

-¿Te parecés a tu mamá?- Ana se quedó callada- ¿Ana?

-Antes leía- dijo a modo de respuesta, todavía mirando por la ventana- leía mucho, así que estudié Letras.

-¿Y qué pasó?

- Maté a alguien que no tenía que matar.

-Mataste a mucha gente.

-Gente que se tenía que morir.

-¿Te parecés a tus papás?

-No- la miró a los ojos, enojada.

-¿Por qué no?- Se quedó callada- ¿No te trató de matar tu papá?, igual que vos, solamente que él no pudo.

-¿Qué pensás que sintió tu hijo cuando casi te morís?

-No se lo dijimos.

-¿Qué pensás que hubiera sentido?

-Seguramente se hubiera largado a llorar.

-¿Y qué sentirías vos si le pasara a él?- Se puso muy seria y la miró a los ojos.

-Me sentiría mal, tan mal que sería capaz de hacerle la vida imposible a una de mis pacientes.

-¿Y cómo sería eso?

-Declarándote mentalmente sana- Ana subió las cejas- o inestable, psicótica y violenta, con necesidad de calmantes las veinticuatro horas del

día, y vigilancia constante- sonrió y juntó las manos.

-Entendido, doctora- sonrió también.

-Ya te podés retirar- Ana miró el reloj, marcaba el 6 y el 4, la mujer se levantó y caminó a la puerta.

-Faltan cuarenta minutos.

-No creo que tengas nada interesante para decir hoy- abrió la puerta, Ana se levantó, esperando que le informara que era un chiste. La mujer levantó la mano apuntando a la puerta- que tengas buena tarde.

Ana salió indignada, caminó por los pasillos sin buscar nada en específico, contaba los cuadrados bancos y negros del piso, llegó a la puerta, no había nadie en el patio. Salió.

Hacía frío, se le erizó la piel, se paró encima de la rayuela medio borrada por la humedad, pero no saltó. Se tiró al suelo, mirando al cielo, cuyo gris se volvía más oscuro.

-Hay que hacerte enojar para que salgas- levantó la cabeza, la doctora estaba parada en la puerta, tenía puesto un saco y traía un paraguas.

-Hay que romperte la nariz para que reacciones- dijo y volvió a recostar la cabeza en las baldosas- podemos seguir charlando si querés- dio dos palmaditas en la baldosa de al lado, indicándole que se acostara.

-Me estaba por ir- levantó el paraguas- se va a largar a llover- se sentó en el borde del cantero de al lado de la rayuela- no me pienso acostar ahí.

-Como prefieras- juntó las manos sobre el vientre.

-¿Por qué los mataste?- Ana la miró, había abierto el paraguas, caía una leve llovizna.

-Ya te había respondido- se levantó y se sentó en el cantero, la mujer no parecía preocupada por tener a la persona que casi la mata a un par de centímetros. Se acomodó abajo del paraguas, que solo le cubría la mitad del cuerpo- eran unos hipócritas.

-Eso me habías dicho- sacó del bolsillo un paquete de cigarrillos y se llevó uno a los labios, manchándolo de labial- pero ahora quiero escuchar la verdad- Ana extendió la mano- no sé, soy tu médica- Ana no respondió, la mujer le dio la caja y Ana sacó otro cigarrillo- No sabía que fumabas- prendió su cigarrillo, pero no le dio el encendedor- no, esto no te lo puedo dar- se llevó el cigarrillo a los labios y la mujer acercó el encendedor a la

punta del cigarrillo. Inhaló profundo antes de responder.

-Yo tampoco sabía que vos fumabas.

-Sí, pero vos no tenías por qué saberlo, además empecé hace poco.

-Sos médica.

-Vos homicida- se la quedó mirando unos segundos, decidiendo si ofenderse o no, optó por la segunda.

-¿Por qué volviste?

-Supongo que sos mi nicotina

-Preferiría ser una anfetamina- la mujer sonrió.

-¿Por qué los mataste?

-Lo que te dije era la verdad.

-Sí, pero fue una verdad a medias.

-Supongo que matar es mi nicotina- no pareció satisfecha con la respuesta pero no volvió a preguntar.

-¿Extrañás algo?- la miró- de antes de todo esto.

-Leer.

-¿Nada más?

-Matar- la doctora se miró los pies- te gustaría haber anotado eso ¿no?- sonrió.

-Sí- empezó a llover. La mujer apagó el cigarrillo y se levantó, esperando que Ana hiciera lo mismo.

-Me voy a quedar un rato más.

La saludó con una sonrisa y se fue. Ana miró al cielo, pero con los ojos cerrados. El cigarrillo ya se había apagado, lo tiró al suelo. Inhaló profundo mientras se le mojaba el pelo, le cayó una gota en la nariz y abrió los ojos. Había otra persona sentada al lado, no era la doctora.

Capítulo 42

Capítulo 43

Le dolía la cabeza. Fue lo primero que pensó cuando empezó a sentirse consciente de su propio cuerpo, todavía tenía los ojos cerrados, no sintió la necesidad de abrirlos. Lo segundo que pensó fue que tenía hambre, no quiso recordar cuándo había comido por última vez.

Estaba boca abajo, con la cabeza a la misma altura del cuerpo. Se le habría caído la almohada mientras dormía, tenía la boca seca, pero no se quería levantar a buscar agua ¿Qué hora sería? No se escuchaba la radio así que debía ser temprano.

Sonó el teléfono, pero no se inmutó. Al tercer timbrazo bajó las cejas, todavía con los ojos cerrados, y las sintió duras. El teléfono sonó por cuarta vez.

-El teléfono- gritó, pero no contestó nadie y se escuchó otro timbrazo- abuela, el teléfono- gritó con más fuerza, no contestó nadie. Abrió los ojos, ya medio enojada porque no había dormido bien.

Se llevó la mano a la cara y la sintió endurecida, como cuando le sangraba la nariz dormida. Miró al costado y vio el sillón, y un segundo después a la mujer que se había desangrado ahí.

Siguió con los ojos el camino de la sangre, y entendió que no le había sangrado la nariz. Volvió a sonar el teléfono y sintió la realidad golpearla como su le hubieran metido un hielo en la espalda mientras dormía. No estaba acostada en su cama, ni se le había caído la almohada, sus abuelos estaban muertos y el que llamaba era el que la había visto llevarse a la jueza que ahora estaba muerta en su casa.

Se levantó de golpe y caminó hasta el teléfono, lo levantó y cayó al piso, pero con el teléfono en la oreja.

-¿Hola?- Del otro lado del teléfono no habló nadie por un minuto entero.

-Ana López- dijo al fin, era una voz masculina, cargada de burla- no te escuché más y tuve que cortar, te llamé tres veces más hasta que contestaste ¿Qué pasó?

-¿Qué querés?- Se sentó en el piso y agarró el teléfono con la mano izquierda- ¿Me vas a chantajear? Porque mucha plata que digamos no tengo.

-¿Por qué pensás eso? ¿No te sueno como un buen ciudadano que le va a avisar a la policía?

-Se ve que no, porque yo estoy sola en mi casa, sin policías.

-Bueno, sola sola no ¿O ya la mataste?

-Está muerta, y si tuvieras intenciones de llamar a la policía ya lo habrías hecho, y no estaríamos hablando.

-O capaz te hablo para hacer tiempo mientras llegan a tu casa.

-Puede ser, pero lo dudo- hubo un silencio largo- ¿Qué querés?

-Quiero saber, nada más- no contestó, imaginó que el hombre querría dar un monólogo sobre quién era y qué quería- ¿Por qué la mataste?

-Era una hipócrita.

-¿Al abogado y al otro también los mataste vos?

-Sí- sabía que había una posibilidad de que le hubieran intervenido la línea, pero ya no tenía demasiada importancia.

-¿Porque eran hipócritas?

-Exactamente.

-¿Y vos escribiste eso que tenía en la piel?

-"Y si no, Él y la Patria os lo demanden"

-El final del juramento, sí ¿Fuiste vos?

-"¿Juráis a Dios y Prometéis a la Patria, observar y defender la Constitución y las leyes de la República, y cumplir fielmente los deberes de vuestro destino?-Sí, juro. -Si así lo hiciereis, Dios os ayude, y si no, El y la Patria os lo demanden." Siempre me pareció estúpido que dijeran los juramentos en castellano, estamos en Argentina, hablen bien.

-Él rompió el juramento ¿No?

-Él y todos los demás.

-¿Al sacerdote?, ¿La mujer? A todos ellos los mataste también ¿No?

-Te felicito, hiciste un trabajo mejor que el de la policía-no respondió, parecía estar asimilando lo que acababa de escuchar- ¿Me viste por

casualidad? ¿O me esperabas?

-Un poco de las dos, la esperaba a la jueza, para preguntarle si creía que la iban a ir a buscar y si le habían dado algún tipo de protección, y entonces vi cómo se bajaba del auto y se acercaba al tuyo. Lo de después no hace falta repetirlo.

-¿Y el número de teléfono?

-Busqué la patente, el auto estaba a tu nombre, y con tu nombre este número de teléfono.

-No pudiste buscar mi patente sin ayuda de la policía.

-Soy periodista, nena. Tengo amigos por tooodos lados- empezó a pensar, si tenía influencia en la policía tenía que ser un periodista importante ¿Haría periodismo audiovisual?- a lo mejor podemos juntarnos a charlar- ¿Periodismo escrito?, ¿Radiofónico?- me encantaría escribir una nota tuya, para el diario- Periodismo escrito, trabajaba en un diario conocido. Empezó a buscar nombres en su mente- una biografía, capaz, sería interesante, ganaría muchísima guita. Y claro, no te acusaría con la policía.

- ¿Qué evitaría que me acusaras?- Seguía buscando nombres, pero no aparecía ninguno- Me podrías acusar justo después de que te cuente todo.

-No sería muy conveniente para mí, sería cómplice. En cierto modo ya lo soy.

-Me agarrarían en cuanto saliera la nota.

-No damos tu nombre, y digo que la información me "llegó" de algún lado. Una carta, capaz- la idea del hombre tenía agujeros por todos lados, no había forma de que funcionara.

-Si digo que no me vas a acusar, así que sí. Trabajemos juntos, dame tu dirección y voy para que charlemos.

-Tan pelotudo no soy, nos vamos a ver en un lugar donde haya mucha gente, y muchas cámaras.

-Primero me tengo que ocupar de la mujer ésta.

-Anotá- Ana abrió el cajón de la mesita donde estaba el teléfono y sacó una libreta. Rebuscó a tientas hasta que encontró un lápiz, anotó la

dirección- A las doce, si no llegás, llamo a la policía y les cuento todo.

-¿Qué te hace pensar que no me voy a escapar? ¿Cómo sé yo, que no me estás cagando?

-Vos vas a tener que confiar en que no te estoy cagando, y yo voy a tener que confiar en que no te vas a escapar- hizo un silencio para esperar su respuesta, que no llegó nunca- nos conviene a los dos, Ana, si te escapás te van a agarrar- pero Ana ya no estaba, el teléfono quedó colgando del cable.

Capítulo 43

Capítulo 44

Abrió la heladera, estaba vacía. El estómago le dolía horrores, y amenazaba con hacerla desmayarse nuevamente cada vez que hacía un movimiento brusco.

Eran las diez de la mañana, estaba a dos horas de encaminarse a su posible perdición, e iba a tardar por lo menos cuarenta minutos en llegar.

La mujer seguía en el sillón, con la mirada en el techo y la sangre en laguitos a su alrededor. Ana se enjuagó la cara en el baño y el agua salió roja, al principio, y marrón grisácea después.

Tiró el cadáver al suelo y lo miró desde arriba, había empezado a sentir que la vista no la acompañaba del todo, sino que iba más lento que sus propios ojos.

La creatividad la había abandonado por completo, no tenía idea de qué hacer con el cuerpo. Recordó la conversación que habían tenido antes de apuñalarla y se encaminó al galpón. Revisó en las estanterías, llenas de herramientas que nunca habían usado, y la encontró, una sierra manual para cortar fierros, o en ese caso huesos.

Repitió la conversación en su cabeza mientras cortaba, cuando se le cansaba el brazo escuchaba la palabra “hipócrita” y serruchaba más fuerte. Ya había cortado ambas piernas y brazos para las once, y se empezaba a sentir mareada.

-No te podés desmayar- se dijo en voz alta-no podés, no podés.

Sacó fuerzas de algún lado, capaz las había absorbido de la mujer muerta que acababa de cortar en partes, logró ponerla en bolsas. Ocupó tres bolsas grandes, cada una con una nota, una parte del juramento, el juramento que ella había roto. La demostración de su hipocresía.

La subió al auto, eran las once, iba a llegar tarde.

Manejó veinte minutos, tiró la primera bolsa al costado de la ruta, a la vista de todos, como solía hacerse. Le tocaron bocina cuando se asomaron las bolsas y cáscaras de banana de la punta, había sido buena idea poner basura, con la basura real de la hipocresía.

Tiró la segunda bolsa veinte minutos después y la última la dejó en basural de la entrada a la ciudad, miró el papel con la dirección, tardó

otros veinte minutos en llegar.

Era un restaurante, lo miró por la ventana, no sabía su aspecto físico pero sabía que era él. Todavía no sabía qué iba a hacer.

Caminó despacio, él también la miraba, con ojos de zorro, como quien ve a una araña en una esquina con un zapato en la mano. Empezó a ver puntos negros, temió volver a desmayarse y se apuró.

-Ana- dijo el hombre y se levantó, llamó a la mesera con la mano- pidamos primero, no hay apuro, a menos que te espere algo en la casa- sonrió, no respondió.

Los puntos se hacían cada vez más grandes, veía la taza de café a medias, se concentró en eso, en el azúcar, en las manchas en los mantelitos de papel de la cafetería, la misma que le había dado coartada, la misma de siempre.

-¿Y para ella?- la voz la trajo de vuelta a la realidad, y se dio cuenta de que escuchaba un silbido.

-Lentejas- se limitó a decir. Y se acordó nuevamente de su abuela. Se había olvidado de su muerte ¿Cuándo había sido?, se llevó una mano a la cabeza y cerró los ojos, ¿Cómo?, se acarició los párpados con las yemas de los dedos. Seguramente algún día simplemente había dejado de despertar. Buscó en su memoria, ¿Cómo habían muerto sus padres?

-Una hamburguesa para el señor, y lentejas para la señorita- dejó la jarra de agua en medio y se fue, Ana se llevó una cucharada a la boca, las de la abuela eran mejores, pensó.

-¿Ya te sentís mejor?

-Hagamos un acuerdo- se limitó a decir, y se llevó otra cucharada del guiso a la boca, disfrutando del picor en la punta de la lengua.

-Un libro, un par de entrevistas, vos te vas del país mientras yo lo pulo, lo publico y todos felices.

-Sin nombres, fechas exactas ni nada de eso.

-Y me quedo con todas las ganancias, por supuesto.

-¿Y cuando la policía te pregunte?

-Ficción- no le dijo lo incoherente que le parecía su plan.

-No pienso contarte nada en una cafetería.

-No tenés por qué, aunque obviamente no pretenderás que vaya abajo de la cajita con el palo y el hilo.

-Un lugar, solos. Donde quieras.

-En mi casa, ante cualquier cosa rara que hagas, llamo a la policía.

-Me parece bien- ya había matado a dos personas en su casa. Le tendió la mano y la estrechó.

-Tenemos un trato, Ana

-Tenemos un trato.

Capítulo 44

Capítulo 45

-No te pienso decir un carajo, pelado.

-Ana- le tiró la cajita de jugo del desayuno, la que le habían obligado a consumir.

-López, para vos soy la licenciada López.

-López- miró al grupo de personas detrás suyo, invitándolas a salir, ninguna se movió- no tuviste ningún avance con ella, no te estamos pidiendo que la dejes, sino que hagas el tratamiento completo, como todos los demás pacientes.

-¿Cuántos de tus demás pacientes salieron en la tele por matar a siete personas, pelado?

-Bueno, vamos haciendo avances. Al menos aceptás que sos mi paciente.

La doctora estaba al fondo, era difícil decir qué cara tenía, él no la ponía contenta, la situación parecía divertirla.

-¿No tienen una política de no trabajar con ex parejas o algo por el estilo?- no respondió y volvió al grupo, la doctora tampoco rio. Otra mujer se acercó.

-Tenés anemia, Ana. Te salteás comidas, comés poco… tu plan de alimentación está hecho para que comas lo que tenés que comer, no lo que quieras.

-¿Y vos, sos…?

-Tu nutricionista, Ana- seguía acostada en la cama, se había desmayado en el pasillo. La última persona del grupo se acercó.

-Hola, Ana. Me llamo Giselle, todavía no nos conocimos.

-Hola, Giselle, yo sí que te conozco y la respuesta es no- se tapó con las sábanas.

-Las terapias pueden ser muy beneficiosas, nunca intentaste una, y llevas mucho tiempo acá.

-Por algo es- se levantó de golpe- ya tengo terapeuta, como lo que necesito y no quiero hacer manualidades en grupo- La nutricionista se

adelantó, al parecer era la líder del grupo.

-Tu psiquiatra no es tu terapeuta, necesitás un terapeuta. No mostraste casi ningún avance con la doctora Sue, no tomas medicación ni comés como corresponde. Hiciste buen vínculo con la Doctora, por eso te dimos con el gusto de seguir con ella y ver si tenías un mejor progreso, ella decidió hacerse cargo de vos después de que la atacaste, a pesar de que correspondía un cambio. O cooperás, o vamos a hacer el cambio de psiquiatra que correspondía hacer en su momento- todos se quedaron en silencio un minuto, Ana miró a la doctora, ella miraba al suelo.

-Las terapias de hacer manualidades siempre fueron optativas.

-Lo podemos negociar- Dijo- de momento, me preocupa que comas, y tengas a un terapeuta que te dé terapia y una psiquiatra que te dé los medicamentos que necesites- Salió por la puerta, y las tres mujeres salieron detrás de ella.

-Entonces, López. ¿Querés hablar de cómo te hizo sentir eso?

Capítulo 45

Capítulo 46

Miró por la ventana mientras se llevaba la tostada a la boca, había gente a la izquierda, gente a la derecha, gente por todos lados. Lo odiaba.

-¿Y vos por qué entraste?-preguntó la mujer de al lado, Ana no quiso responder y volvió a morder la tostada.

-López-gritó la enfermera desde la otra punta, le agradeció a algún Dios imaginario y se levantó, tirando el pan quemado en la mesa. Se acercó a la mujer- cuando termines de desayunar, te esperan.

-¿Quién me espera?- la mujer ya se estaba alejando.

-Te vinieron a ver.

-¿Dónde está?

-Cuando termines, dije- volvió a la mesa, la tostada ya no estaba. Miró a la enfermera y ella le revoleó los ojos, estaba harta de obligar a la gente a comer.

-Prefiero verla en el patio- dijo mientras caminaba con la enfermera a la sala común, era la segunda vez que iba ahí.

-Se lo decís a ella cuando la veas- entró a la sala, una habitación con paredes amarillentas y ventanas grandes que iluminaban poco, estaba sentada al lado de la puerta.

-¿Los trajiste?- la miró y casi pareció feliz de verla, le mostró el paquete de cigarrillos-Vamos- señaló la puerta. Se sentaron en el cantero, igual que la última vez, solo que ahora no llovía-nunca me dijiste tu nombre- dijo llevándose un cigarrillo a los labios, caminó a la puerta, de la que colgaba un encendedor, y lo prendió.

-María.

-Nunca me gustaron los clichés.

-¿Te parece que mi nombre es un cliché?

-Me parece que nuestra relación es un cliché.

-No tenemos una relación, tenemos una deuda, yo tengo una deuda que

te juré que te iba a pagar cuando te vi ese día en el juicio.

-Supuse que te habrías arrepentido, te tardaste varios meses.

-Los mataste- dudó- Ana.

-Los querías muertos, María.

-Sí, y no me siento mal por eso.

-Yo tampoco- le sopló el humo en la cara y María arrugó la nariz, Ana sonrió.

-¿Qué sabés de mi auto?

-Todo lo que estaba a nombre tuyo pasó a ser propiedad del Estado, se vendió todo.

-¿Mi casa?

-Todo.

-Hijos de puta- terminó el cigarrillo de dos caladas más- ¿Bianchi?

-Se fue de CABA, trabaja en el área privada.

-¿Dónde?

-Le hiciste plata, ahora vive en Las Grutas. Los otros dos siguen acá.

-Ellos no me importan. Necesito un auto.

-¿De dónde pretendés que saque un auto?

-Estoy segura de que vas a encontrar la manera. Podés pedir un préstamo.

-¿Qué querés hacer, Ana?

-Es mejor que no sepas.

-No te podés escapar de acá.

-Es mejor que no sepas.

-Si te compro un auto voy a estar implicada.

-Compralo usado, pagá en efectivo, nadie te va a implicar, María, vengo planeando esto desde que me encerraron, sólo me faltabas vos.

-No voy a ir a la cárcel por vos.

-No pretendo que lo hagas.

-¿Para cuándo?

-Tres semanas.

Capítulo 46

Capítulo 47

Empujó el carrito con fuerza, la rueda de la derecha estaba rota, así que se giraba para ese lado.

-Todo funciona para la mierda en este país- dijo agarrando un pote de crema y poniéndolo en el carro, junto con las papas y el vino. El hombre llegó con una bolsa.

-Un kilo de lomo, estás muy flaca nena, necesitás una buena comida- lo miró con desagrado. Esa iba a ser la última comida de uno de los dos.

Manejaron veinte minutos hasta una casita en un barrio tranquilo; alejado. Era una casa gris, con ventanas grandes y angulosas. Moderna y aburrida, La casa de un periodista.

-Vos pelá las papas- le dijo y se arremangó la camisa, Ana le hizo caso, lavó peló y cortó las papas mientras él fileteaba el lomo bien fino.

El periodista cocinó, y ella lo miró cocinar, pensando.

-Entonces, Ana López ¿Cuándo te volviste una asesina? Eras de esas nenas que matan gatos ¿O fue rebeldía adolescente?- rio, Ana tosió, y de pronto le faltó el aire. El hombre la miró. Se llevó una mano al cuello, inhalando profundo, tocando la cicatriz-¿Cómo te hiciste eso?

-Nunca maté gatos, nunca maté a nadie que no mereciera morir-dijo, recuperando la compostura.

-Que interesante- la miró- pará, cuidá la carne, que voy a buscar la libreta- salió de la cocina, era ahora o nunca. Abrió el cajón, había cuchillos, espátulas, tenedores, un palo de amasar, una espumadera y un batidor- repetime lo que me habías-entró y lo golpeó con el palo de amasar en la cabeza, cayó al piso, todavía sin sangrar, la estaba mirando- hija de- intentó ponerse de pie, volveó a golpearlo, esta vez le apareció una línea roja en la frente, volvió a golpear en el mismo lugar y escuchó un crujido, el hombre gritó y la sangre empezó a brotar con fuerza.

La pateó en el vientre y cayó de espaldas al horno, golpeándose la cabeza, el hombre se incorporó con una mano en la herida, Ana intentó hacer lo mismo y recibió otra patada, esta vez en las costillas.

-Lo íbamos a hacer bien, hija de puta, pero la tenías que cagar- le dio otra patada, esta vez ella gritó. Sentía como las costillas le quemaban. Le apoyó un pie en el cuello y puso todo su peso encima, Ana sintió como el

aire disminuía enseguida- Te vas a despertar atadita, y me vas a contar todo- la cabeza le palpitaba, la sentía grande, hinchada, le dolía. Los pulmones le quemaban, los dedos se le retorcían. La sartén con el lomo empezó a hacer humo, el hombre la miró, sin dejar de apretar. Levantó el brazo con el palo de amasar y lo golpeó entre las piernas, el aire volvió en un segundo y por instinto se puso de pie.

-No hay cosa más hipócrita que un periodista- dijo y lo golpeó en la cabeza otra vez, esta vez en la nuca. El hombre cayó con los ojos cerrados. Ana miró la sartén con la carne quemada y apagó la hornalla, sacó el paquete de cigarrillos del bolsillo y prendió uno.

Capítulo 47

Capítulo 48

-Doctora- saludó.

-¿Cómo estás?- abrió la puerta y entró sin esperar.

-Viva.

-Me alegro, yo igual- Tenía su libreta abajo del brazo, se sentó en la cama- ¿Seguís enojada? -No respondió- yo no tuve nada que ver, lo sabés bien.

-Te casaste con un pelotudo- se quedó en silencio un rato.

-Sí, pero no era un pelotudo cuando lo conocí-Abrió la libreta- no fuiste al consultorio hoy, así que no vamos a poder hacer la actividad que tenía planeada.

-¿Qué actividad?

-Dibujar- sonrió.

-¿Y qué vamos a hacer?

-¿Qué tenés ganas de hacer?

-Dormir.

-¿No estás durmiendo bien?- Ana lo pensó, después respondió.

-Duermo perfectamente, pero no quiero hacer nada hoy.

-Hablemos de tu familia.

-Hablemos de la suya, ¿Cómo está su hijo?

-Está muy bien, se sacó un diez en matemáticas ¿Te incomoda hablar de tu familia? Hablame de tu mamá.

-¿Qué querés que te diga? Ya sabés todo. Era enfermera, se casó con un profesor y se quedó embarazada.

-¿Por qué la mataste?

-Sigue preguntándome lo mismo, doctora. Y yo voy a seguir respondiendo lo mismo. Eran hipócritas. No tolero la hipocresía.

-La hipocresía es parte del ser humano, es lo que nos caracteriza como personas.

-No lo hace más tolerable.

-¿Vos no sos hipócrita?

-Menos que ellos.

-¿Yo lo soy?

-Seguramente.

-¿Por qué los mataste, Ana?- la miró, la pregunta ya empezaba a molestarle.

-¿Es un chiste? ¿Qué pretende que responda?

-La verdad.

-Esa es la verdad, eran todos unos hipócritas, llegó un punto en que no los soporté. Los maté y el mundo se hizo un lugar un poco más decente.

-¿Es mejor una asesina que un par de hipócritas?

-Yo me animé a hacer lo que todos fantasean, no tendría que estar acá, saqué del mundo a gente que no merecía pisarlo.

-¿Cómo el violador y el abogado?

-Sí.

-¿Sabés que me parece? Que me estás poniendo excusas- Ana rio con ganas- un asesino tiene que buscar el coraje para matar, más un asesino en serie como vos. Tiene que sentir cierta satisfacción en lo que hace, tiene que haber algún grado de psicopatía. Y vos no lo tenés.

-Disfruté muchísimo matar a cada uno de ellos.

-No lo dudo, pero no porque fueran hipócritas- abrió la cartera, sacó una carpeta de hojas blancas, era su caso.

-¿De dónde sacaste eso?

-Le dije al juez que tenía dudas de la veracidad de tu enfermedad mental. Alegaste locura en el juicio, lo entiendo, seguramente cualquiera en tu situación lo hubiera hecho. Pero creo que estás completamente sana, Ana.

-Maté a seisj personas, no siento ningún remordimiento por lo que pasó, viví eventos traumáticos cuando era chica y no sé sentir empatía. Soy una psicópata, doctora.

-No, no lo sos- abrió la carpeta en la página setenta y ocho- El sacerdote, uno de tus ataques más violentos.

-Un hipócrita.

-Un pederasta, un violador de menores- señaló con el dedo la foto al pie de la página, se veía al hombre con unos cincuenta chicos, puso el dedo debajo del rostro de una de ellos y con la otra mano le señaló una foto suya a los doce años, en un abrazo entre sus abuelos- Sos vos ¿No? -Ana no respondió- Tu tercera víctima, tu mamá. La mataste por dejarte, por abandonarte, por dejar que te maltrataran y te traumatizaran y después desaparecer, la mataste por no darte su amor incondicional.

-Basta- fue a la página ciento trece.

-La cuarta y la quinta, el violador se explica solo, y el abogado, lo mataste por defender a una mala persona, por dejar libre a alguien que había lastimado a una chica inocente. Y la sexta, la jueza, que fue cómplice de todo eso, a la que se le presentó toda la evidencia de la violación y aún así lo dejó libre.

-Doctora- no la dejó terminar.

-Y la séptima, el periodista, lo mataste porque amenazaba con terminar con tu justicia social, por puro impulso, porque estabas desesperada.

-¿Y la primera? Todo empezó con hipocresía y terminó con hipocresía, no hay más vueltas en ese asunto.

-A ella la mataste como prueba. Para probarte que podías, para demostrar que eras capaz de quitarle la vida a una persona. La elegiste al azar, elegiste un motivo al azar, y buscaste la manera de que todas tus víctimas cumplieran con ese motivo. No sos una psicópata, Ana, mataste por lo que creías era justicia. Por sufrimiento, por venganza. Sentiste empatía por esa chica violada y, a tu manera, le ayudaste a sacarse ese hombre de encima- cerró la carpeta- tenés una concepción del mundo mucho más cruel que la del resto de nosotros, por todo lo que te pasó, viviste la violencia y el abandono desde que eras chica. La realidad te golpeó desde una edad tan temprana que te formó así, pero no te generó una patología,

solo un gran resentimiento; resentimiento contra el mundo que permitió que todo eso te pasara. Con tu madre por verlo directamente y no interferir, con la iglesia por colaborar, con la justicia por no ayudar, y al final con el periodismo, que se encargó de hacerlo público, que se ocupó de que todos conocieran a Ana, la nena maltratada, frágil, vulnerable- ella miraba al suelo, procesando todo lo que escuchaba- y esa mujer, la primera víctima- le buscó la mirada- en el informe no lo dice pero tampoco fue al azar ¿No? Ya la conocías.

-Vivía arriba.

-Ella escuchó todos los gritos y los golpes, y nunca hizo nada ¿no?

-Todos eran unos hijos de puta.

-Y te tragaste tu propia mentira. Realmente creíste que matabas por hipocresía. Capaz conscientemente lo hacías, pero inconscientemente era toda una venganza.

-Pero nunca sentí culpa.

-Sí, Ana, sí que la sentiste.Capítulo 48

-Doctora- saludó.

-¿Cómo estás?- abrió la puerta y entró sin esperar.

-Viva.

-Me alegro, yo igual- Tenía su libreta abajo del brazo, se sentó en la cama- ¿Seguís enojada? -No respondió- yo no tuve nada que ver, lo sabés bien.

-Te casaste con un pelotudo- se quedó en silencio un rato.

-Sí, pero no era un pelotudo cuando lo conocí-Abrió la libreta- no fuiste al consultorio hoy, así que no vamos a poder hacer la actividad que tenía planeada.

-¿Qué actividad?

-Dibujar- sonrió.

-¿Y qué vamos a hacer?

-¿Qué tenés ganas de hacer?

-Dormir.

-¿No estás durmiendo bien?- Ana lo pensó, después respondió.

-Duermo perfectamente, pero no quiero hacer nada hoy.

-Hablemos de tu familia.

-Hablemos de la suya, ¿Cómo está su hijo?

-Está muy bien, se sacó un diez en matemáticas ¿Te incomoda hablar de tu familia? Hablame de tu mamá.

-¿Qué querés que te diga? Ya sabés todo. Era enfermera, se casó con un profesor y se quedó embarazada.

-¿Por qué la mataste?

-Sigue preguntándome lo mismo, doctora. Y yo voy a seguir respondiendo lo mismo. Eran hipócritas. No tolero la hipocresía.

-La hipocresía es parte del ser humano, es lo que nos caracteriza como personas.

-No lo hace más tolerable.

-¿Vos no sos hipócrita?

-Menos que ellos.

-¿Yo lo soy?

-Seguramente.

-¿Por qué los mataste, Ana?- la miró, la pregunta ya empezaba a molestarle.

-¿Es un chiste? ¿Qué pretende que responda?

-La verdad.

-Esa es la verdad, eran todos unos hipócritas, llegó un punto en que no los soporté. Los maté y el mundo se hizo un lugar un poco más decente.

-¿Es mejor una asesina que un par de hipócritas?

-Yo me animé a hacer lo que todos fantasean, no tendría que estar acá, saqué del mundo a gente que no merecía pisarlo.

-¿Cómo el violador y el abogado?

-Sí.

-¿Sabés que me parece? Que me estás poniendo excusas- Ana rio con ganas- un asesino tiene que buscar el coraje para matar, más un asesino en serie como vos. Tiene que sentir cierta satisfacción en lo que hace, tiene que haber algún grado de psicopatía. Y vos no lo tenés.

-Disfruté muchísimo matar a cada uno de ellos.

-No lo dudo, pero no porque fueran hipócritas- abrió la cartera, sacó una carpeta de hojas blancas, era su caso.

-¿De dónde sacaste eso?

-Le dije al juez que tenía dudas de la veracidad de tu enfermedad mental. Alegaste locura en el juicio, lo entiendo, seguramente cualquiera en tu situación lo hubiera hecho. Pero creo que estás completamente sana, Ana.

-Maté a seisj personas, no siento ningún remordimiento por lo que pasó, viví eventos traumáticos cuando era chica y no sé sentir empatía. Soy una psicópata, doctora.

-No, no lo sos- abrió la carpeta en la página setenta y ocho- El sacerdote, uno de tus ataques más violentos.

-Un hipócrita.

-Un pederasta, un violador de menores- señaló con el dedo la foto al pie de la página, se veía al hombre con unos cincuenta chicos, puso el dedo debajo del rostro de una de ellos y con la otra mano le señaló una foto suya a los doce años, en un abrazo entre sus abuelos- Sos vos ¿No? -Ana no respondió- Tu tercera víctima, tu mamá. La mataste por dejarte, por abandonarte, por dejar que te maltrataran y te traumatizaran y después desaparecer, la mataste por no darte su amor incondicional.

-Basta- fue a la página ciento trece.

-La cuarta y la quinta, el violador se explica solo, y el abogado, lo mataste por defender a una mala persona, por dejar libre a alguien que había lastimado a una chica inocente. Y la sexta, la jueza, que fue cómplice de

todo eso, a la que se le presentó toda la evidencia de la violación y aún así lo dejó libre.

-Doctora- no la dejó terminar.

-Y la séptima, el periodista, lo mataste porque amenazaba con terminar con tu justicia social, por puro impulso, porque estabas desesperada.

-¿Y la primera? Todo empezó con hipocresía y terminó con hipocresía, no hay más vueltas en ese asunto.

-A ella la mataste como prueba. Para probarte que podías, para demostrar que eras capaz de quitarle la vida a una persona. La elegiste al azar, elegiste un motivo al azar, y buscaste la manera de que todas tus víctimas cumplieran con ese motivo. No sos una psicópata, Ana, mataste por lo que creías era justicia. Por sufrimiento, por venganza. Sentiste empatía por esa chica violada y, a tu manera, le ayudaste a sacarse ese hombre de encima- cerró la carpeta- tenés una concepción del mundo mucho más cruel que la del resto de nosotros, por todo lo que te pasó, viviste la violencia y el abandono desde que eras chica. La realidad te golpeó desde una edad tan temprana que te formó así, pero no te generó una patología, solo un gran resentimiento; resentimiento contra el mundo que permitió que todo eso te pasara. Con tu madre por verlo directamente y no interferir, con la iglesia por colaborar, con la justicia por no ayudar, y al final con el periodismo, que se encargó de hacerlo público, que se ocupó de que todos conocieran a Ana, la nena maltratada, frágil, vulnerable- ella miraba al suelo, procesando todo lo que escuchaba- y esa mujer, la primera víctima- le buscó la mirada- en el informe no lo dice pero tampoco fue al azar ¿No? Ya la conocías.

-Vivía arriba.

-Ella escuchó todos los gritos y los golpes, y nunca hizo nada ¿no?

-Todos eran unos hijos de puta.

-Y te tragaste tu propia mentira. Realmente creíste que matabas por hipocresía. Capaz conscientemente lo hacías, pero inconscientemente era toda una venganza.

-Pero nunca sentí culpa.

-Sí, Ana, sí que la sentiste.

Capítulo 48

Capítulo 49

Tardó veinte minutos en cargar el cuerpo en el auto, estaba más que segura de que las cámaras la habían visto.

Se sentía mareada, otra vez, el cuerpo le pedía que parara, que descansara, que comiera. Se miró la piel de las manos, totalmente seca.

El cuerpo iba en el asiento de al lado, con el cinturón puesto, porque no había sangrado casi nada.

Manejó por Buenos Aires con la mirada borrosa, con los brazos entumecidos y las piernas hormigueantes, manejó por varias horas, hasta que simplemente se hartó.

Pensó en lo que le había dicho la jueza.

Era cierto.

¿Qué había más hipócrita que un asesino de hipócritas?

Paró en un semáforo, pensó en su mamá.

Pensó en que ella era la única que le sabía hacer trenzas, su abuela nunca se las hizo, y ella sola no podía.

Pensó en que ella le contaba cuentos. Siempre con moraleja, eran los únicos que consideraba aptos.

Y le cantaba. Hasta que se quedaba dormida. Le daba miedo la oscuridad. En ese momento la calle se sintió muy oscura.

Intentó cantar. Se sabía el arrorró y el arroz con leche, pero ninguna de las dos le salía. Quería que ella le cante.

El semáforo se había puesto en verde, la calle estaba sola, a oscuras. Desabrochó el cinturón del asiento de al lado y abrió la puerta; lo dejó caer y aceleró hasta que la puerta se cerró con el envión. Ni siquiera miró por el espejo.

Quiso ir a su palacio de la memoria, pero las puertas estaban cerradas. Ya no escuchaba a Bach en su mente, reinaba el silencio, le retumbaban los pensamientos.

Conocía esa sensación, pero no estaba dispuesta a admitirlo.

¿Y si se había equivocado?

Le cayeron dos lágrimas del ojo derecho.

¿Y si había ido muy lejos?

Le salió otra lágrima, esta vez del lado izquierdo.

Ya no había vuelta atrás.

Manejó a ciento cuarenta por la autopista, hasta llegar a la quinta. Su quinta. Pensó en sus abuelos, en qué pensarían de ella. La entenderían, al final ellos le hubieran aceptado cualquier cosa. Lloró con las manos en el volante, frente a la tranquera, no estaba segura de por qué, a lo mejor lloraba por el gato que había matado su papá, o por el abandono de su madre, capaz lloraba por la muerte de sus abuelos o porque extrañaba a su mamá.

Llegó a la puerta tambaleándose, le quedaba poco tiempo antes de perder el conocimiento. La jueza seguía sentada en el sillón, con el cuchillo clavado en el pecho y agujeros por toda la cara. Ana sonrió, y después tuvo una arcada, no vomitó, ni siquiera tenía bilis.

Caminó hasta el galpón, en su mente sonaba el arrorró, con la voz de su mamá. Tropezó dos veces antes de llegar, cayó una. Usó toda la fuerza que le quedaba para abrir la puerta de metal. Sacó la soga que estaba colgada y se la puso en el hombro, volvió a la casa.

Tardó quince minutos en lograr hacer pasar la soga por las maderas del techo y cinco minutos más en hacer las trece vueltas para hacer el nudo. Le temblaban las manos. No le importaba. Se subió al sillón, el del frente del cadáver, se pasó el nudo por el cuello y se lo ajustó en la nuca. Cerró los ojos y saltó.

Por un momento fue feliz, mientras se sofocaba y el cuerpo le temblaba de tantos espasmos, hasta que escuchó su voz, y después lo sintió agarrarla de las piernas y levantarla. Salvarle la vida.

Capítulo 49

Capítulo 50

-Bianchi me contó, eso no lo pusieron en los informes.

-No era algo de tu incumbencia.

-Te intentaste suicidar, Ana.

-Entre tantas otras cosas que hice.

-Porque sentías culpa.

-No, no sentía culpa. No estaba dispuesta a ir presa. Y no lo fui-la doctora la miró, ambas sabían que eso era mentira.

-Vos no tenés que estar acá, Ana. Estás perfectamente sana- el corazón le empezó a latir más rápido, le empezó a faltar el aire.

-Dijiste que tenía un trauma.

-Necesitás terapia, pero no hace falta que estés en esta institución para eso. Estás tomando placebos hace tres meses, no estás psicótica, ni disociada de la realidad, no tenés episodios de ansiedad, no estás deprimida, dormís bien. Podés seguir con tu tratamiento con una ´sicóloga en una institución penal.

-Me voy a suicidar.

-No lo vas a hacer, te da pánico la muerte. Y vos misma lo dijiste, ya no sentís culpa- se levantó de la cama- esta va a ser nuestra última sesión, fuiste una paciente muy interesante, pero realmente no podés estar acá.

Salió por la puerta, sin decir nada más. Hizo lo primero que se le vino a la cabeza, golpeó la ventana. El vidrio se rompió en varios pedazos, la doctora entró de vuelta, Ana ya tenía uno en la mano, en lo que la mujer gritaba llamando al enfermero, ella ya se había cortado todo el antebrazo.

Vio suceder el resto de la escena en cámara lenta, el enfermero llegar con el botiquín, abrirlo a lo bruto y que las vendas y el alcohol rodaran bajo la cama, él ni siquiera lo notó. Le vendó el brazo con fuerza, ni siquiera le había dolido. Se dio cuenta de que estaba gritando y se tranquilizó.

La ataron a la cama con sus propias sábanas, el enfermero salió, enojado,

la doctora se le quedó mirando. Ambas estaban en silencio.

-No quiero ir a la cárcel, doctora.

-No puedo hacer nada, Ana. Ya le notifiqué al juez, ya se hizo la audiencia, todos los profesionales que estamos a tu cargo estuvimos de acuerdo. Te vas la semana que viene- se quedó en silencio varios minutos, meditando la traición.

-Voy a matar a tu hijo.

-No, no creo- Abrió la puerta.

-Doctora- la mujer se dio vuelta- ¿Me deja un último cigarrillo? – sacó el paquete de su cartera y lo dejó en la mesita de luz. Salió por la puerta.

Ochenta y cinco minutos después, el enfermero volvió a entrar, tenía el teléfono en la mano.

-Teléfono.

-Nunca me habían llamado antes.

-Está afuera, pero estás castigada- le desató las manos y le dio el inalámbrico. Salió.

-¿Hola?

-Te conseguí lo que me pediste.

-Lo necesito urgente.

-Es un modelo viejo, se cae a pedazos, pero te va a servir para lo que sea que quieras hacer.

-Dejalo listo.

-Ya está todo, como dijimos la última vez. Es rojo.

-Gracias.

-Ya no me hables más- cortó.

Miró la hora en el reloj de pulsera, tenía el vidrio roto. Eran las nueve de la noche. Se arrodilló debajo de la cama, sacó el alcohol. No era mucho, pero era suficiente, también sacó las vendas, las hizo un bollo del tamaño

de su puño. Lo escondió todo debajo de la almohada.

-Señor- gritó, el enfermero apareció unos segundos después, le dio el teléfono- ¿Me prendes el cigarrillo? -Agarró el último regalo de la doctora y se lo puso en los labios.

-No podés fumar acá.

-Pero tampoco puedo salir. Y todos fuman a escondidas- el hombre giró los ojos y se sacó un encendedor del bolsillo. Prendió el cigarrillo y se dio la vuelta para salir- esperá- volvió a darse vuelta y sintió el alcohol entrarle a los ojos, empaparle la cara y el cuerpo.

Lo bañó en líquido inflamable, también mojó la cama. Dio una calada al cigarrillo y se lo tiró. Se prendió fuego al instante. Gritó pero ella le metió las vendas en la boca, lo tiró a la cama, se quemó las manos.

Abrió el placard y sacó el frasquito que había robado con ayuda de la chica de limpieza. Había esperado ahí por varias semanas. También sacó la jeringa.

La habitación ya se estaba prendiendo fuego, y él ya estaba muerto. El olor a carne quemada le pareció desagradable. Salió de la habitación.

Caminaba rápido, había hecho ese camino cien veces. Llenó la jeringa con el líquido del frasquito.

No golpeó la puerta, simplemente entró. La doctora estaba agarrando su bolso. La miró con las cejas levantadas.

-¿Quién te dejó salir?- La pateó en el estómago y la mujer cayó de espaldas, corrió el escritorio a la puerta, impidiéndole salir. A ambas el corazón les latía demasiado rápido. Se puso de pie rápidamente y dejó la cartera a un costado.

-Me caía bien doctora- la jeringa descansaba en el bolsillo trasero del pantalón- de verdad, a pesar de todo. Yo planeaba dejarla seguir con su vida.

-Todavía lo podés hacer- tenía una mano levantada, marcando el espacio entre las dos- esto te salió muy mal la última vez, Ana.

-No entiendo por qué, creí que nos llevábamos bien, que éramos amigas. Creí que te gustaba ser mi psiquiatra.

-Me gusta, Ana, tranquilicémonos.

-Te conté cosas que no le hubiera contado a absolutamente a nadie- sacó la jeringa del bolsillo-y me traicionaste así.

-¿Qué es eso?

-Supiste desde un principio que yo no tenía problemas mentales ¿Qué cambió?

-¿De dónde lo sacaste?

-Le hice una pregunta doctora- sonó la alarma de incendios, el fuego había llegado a la cocina.

-Te comprendí. Entendí que eras peligrosa justamente por eso, porque te entendía, incluso casi aprobaba lo que habías hecho. Hice lo que el código de ética dice que hay que hacer en estos casos, derivar.

-¿Derivarme a la cárcel?

-Vos no tenés que estar acá, esto es lo mismo que una cárcel, sólo que con otra gente.

-¿Te encariñaste, no? Te dio miedo.

-Hice lo que tenía que hacer, no me podés matar por eso- se le quebró la voz y a Ana se le humedecieron los ojos. Clavó la aguja en el brazo y apretó el émbolo. Volvió a patearla y la doctora cayó al piso.

-Es potasio. Mucho potasio ¿Sabe lo que hacen los excesos de potasio no?

-Arritmia cardíaca, paro cardíaco y muerte.

-Muy bien, entonces le conviene ir a ese cuartito que está allá e inyectarse algo antes de que pase- Abrió el cajón donde estaba la llave del cuarto de fármacos y la agarró, miró a la mujer en el piso y a la ventana, la alarma de incendios seguía sonando. Tenía los ojos cerrados.

Corrió el escritorio y abrió la puerta, empezó a correr. Apretaba la llave en la mano, tenía los cachetes mojados. Llegó al cuartito, giró la llave y entró. Fue al mismo lugar en donde había encontrado el potasio, buscó el calcio, estaba al lado. Sacó una jeringa y volvió corriendo.

La doctora todavía tenía pulso. Tardó menos de un minuto en encontrar la vena e inyectar el calcio. El corazón tardó cinco minutos en volver a las pulsaciones normales.

La mujer seguía dormida, escuchaba como evacuaban a la gente hacia el otro lado, se iba a morir asfixiada. Rompió la ventana y miró abajo.

Estaba a unos dos metros de altura. La arrastró, era menos pesada que un cadáver, intentó que no cayera de cabeza, sin éxito, pero al menos seguía viva.

Saltó y escuchó un crujido al caer, en seguida sintió un dolor insoportable subirle por la pierna. La calle estaba a un par de metros. Se convenció de que era solo un esguince y se puso de pie con un grito, arrastrando a la doctora detrás suyo.

Solo quedaba saltar la reja de dos metros.

Y hacer que ella también la saltara.

De algún modo sacó la fuerza. De esas fuerzas que nacen cuando uno de verdad lo necesita. La levantó hasta que casi pareció que podía pasar la reja.

Pero no podía.

La mujer cayó de espaldas. Se dijo y se repitió que ahí estaba fuera de peligro, que aprovechara para escaparse, que necesitaba cruzar esa reja antes de que alguien la viera.

Pero no quería dejarla.

Sentía los ojos cada vez más hinchados. Pensó que quizá así se había sentido su madre cuando la dejó.

No dejó de llorar cuando trepó por la reja, ni cuando saltó del otro lado y el dolor del pie se intensificó, ni cuando corrió por la vereda hasta toparse con el Renault 12 rojo lleno de tierra, ni cuando subió y sacó de debajo de la alfombra las llaves, ni cuando arrancó, ni cuando se alejó del hospital. Ni siquiera cuando salió de Buenos Aires, ni cuando paró a cargar gas.

Lloró todo el viaje, mientras en su cabeza sonaban una mezcla de canciones que iban desde Bach hasta el arroz con leche.

Lloró cuando llegó, y cuando vio la noticia de su desaparición en la tele. Lloró mientras escuchaba como decían que quizás había muerto en la explosión de la cocina, que ella no recordaba. Lloró cuando las cámaras la enfocaron, ella también estaba llorando.

Capítulo 50

Capítulo 51

En Usuahia hacía mucho frío. Tenía sed, no podía tomar agua porque las cañerías se habían congelado.

Estaba pegada a la estufa, escribiendo. Trabajaba en internet, escribiendo reseñas de libros. Le pagaban una miseria, pero le mandaban libros gratis.

Prendió la televisión, el cuadradito diminuto del monoambiente de cinco por doce en el que vivía, había una foto suya.

“A un año de la desaparición de Ana López, la asesina serial más reconocida de la Argentina”

Se sirvió una copa de vino, seguía desagradándole el sabor, pero sintió que su éxito en la huida se merecía el festejo.

Tocaron la puerta, giró los ojos, supuso que eran los testigos de Jehová de nuevo. No contestó. Volvieron a golpear. Se levantó con brusquedad y abrió la puerta. Quedó inmóvil.

-Ana- saludó la mujer.

-Doctora.